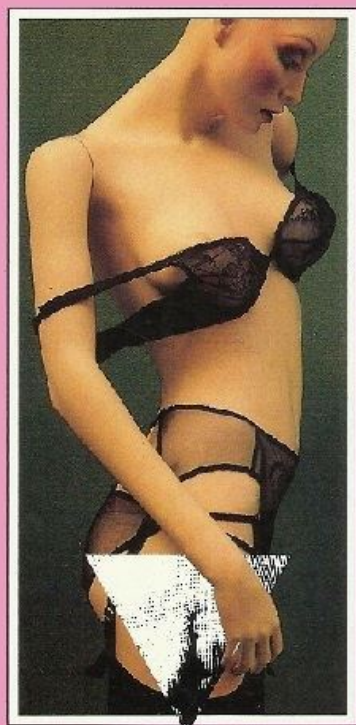


Alina Reyes
Satisfaction



La sonrisa vertical



La autora aborda en esta obra las fantasías y los mitos eróticos de la clase media estadounidense. Sus protagonistas, Babe y Bobby, son jóvenes, atractivos, y se aman. Babe da clases en la universidad y Bobby, un fanático de los Cadillac y de Elvis Presley, trabaja en un concesionario de coches. El matrimonio vive en el anodino World Village, forman lo que se denominaría una pareja feliz y, no obstante, su sexualidad acusa el paso de los años. La casi indiferencia a la que han llegado se termina una noche en que Babe se despierta y descubre que su marido está en el sótano de la casa, en compañía de una morena despampanante, «voluptuosa, entregada, del todo sumisa», a la que hace el amor sobre el capó del Cadillac rosa. Así se inicia esta novela en torno a las relaciones matrimoniales y a la obsesión erótica. Pues la morena en cuestión resulta ser una muñeca hinchable que no suscita precisamente la aversión de Babe, sino todo lo contrario.



Alina Reyes

Satisfaction

La sonrisa vertical - 122

ePub r1.0

Titivillus 27.04.15

Título original: *Satisfaction*

Alina Reyes, 2002

Traducción: Amelia Ros

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre.org

¿Qué haréis el día del exterminio,
cuando os llegue la devastación que
de lontananza viene?
¿A quién acudiréis para pedir socorro?

Isaías 10, 3

Love me tender.

Elvis Presley

«Las mujeres nunca son estúpidas. Sus facultades intelectuales son más que suficientes para garantizar la mínima dirección necesaria para su cuerpo. En definitiva, sólo son órganos genitales articulados. ¿Acaso creáis que tenían alma?», preguntó Fairchild.

William Faulkner

Me veía ya administrándoles un potente somnífero a la madre y a la hija para acariciar a la niña hasta el alba con total impunidad (...). Lolita apenas respiraba mientras dormía y estaba tan quieta como una muñeca pintada.

Vladimir Nabokov

«En verdad se diría que está viva»,
murmuró.

Kawabata Yasunari

Está en su boca. Es enorme, duro, bueno. Le llega hasta la garganta. Topa con el paladar, la lengua, los labios. Es grande, pesado. Duro, bueno. La roza, la toca, la golpea, la llena. La sacia, le llega al vientre, la desborda. Le corre por las comisuras.

Entonces se siente en la gloria. Su boca entreabierta, liberada, esboza una sonrisa. Sus ojos languidecen. Absorta en su plena satisfacción, abandona este mundo.

El pecho, la teta, la nata, la leche de mamá.

Babe da vueltas en la cama, sin abrir los ojos. Cada vez que se gira, abre una puerta por donde se escapa el bienestar y se cuela la inquietud. Gime, jadea con los ojos aún cerrados y la cara tensa de angustia.

Una muerte láctea y caliente almidona las sábanas. Surge de la oscuridad a chorros convulsivos, la deja helada, como si un corsé de piedra le ciñera el cuerpo. «Quiere matarme», piensa Babe, «quiere mi pellejo». La cosa se le adhiere a la piel. La serpiente fría y pegajosa sube desde los pies de la cama, se le enrosca, la oprime. Le aprieta los muslos uno contra otro, le desencaja las vértebras.

A toda máquina, por la ventana, irrumpe en la habitación un tren de la Southern Pacific, ruidoso, silbante, que cruza la noche como un asteroide sonoro.

«¡Oh, Dios, tú bien sabes lo que hemos hecho Bobby y yo en este lecho, lo que antes hicieron nuestros padres y los padres de nuestros padres, el crimen inmemorial, la semilla del Mal plantada en el cuerpo del hombre y de la mujer! ¡Señor, absuélveme, atraviésame con tu perdón!».

Alrededor de la cama, la noche honda y brillante la

observaba fijamente con ojos de lechuza. Ella seguía clavada, paralizada, atenta al estruendoso silencio de las tinieblas, con sus mil soplos y crujidos amplificados. Sin embargo, ya no le llegaba el lúgubre ulular que, a su parecer, la había sacado de ese sueño cataléptico donde enterraba desde hacía años un buen tercio de su vida.

La muerte había entrado en la casa, estaba segura. Imágenes de cuchillos, hachas, sierras gigante y enormes *guns* le traspasaban el ánimo y el pecho con punzadas atroces y exquisitas.

No hay tiempo para respirar. Las páginas del lecho son cortantes, están cerradas. Se encuentra atrapada en el interior de un libro, uno de éstos con cubierta en forma de lápida, cuajada de grandes letras doradas y espeluznantes; una de esas viejas historias donde el cadáver resucita bajo tres metros de tierra recién removida. En el colmo del terror, *the corpse* da golpes y puñetazos contra la tapa de su negro, negro ataúd... Y el cementerio, las miles y miles de estelas funerarias alineadas como un ejército a la luz de la luna, el campo macabro, las almas muertas, los versos de tierra, la carne descompuesta, los esqueletos burlones, todo permanece en completo silencio. Babe querría gritarle al mundo: «¡Se trata de un error! ¡NO ESTOY MUERTA!». Demasiado tarde, nadie la escucha... Dentro de unos años, cuando los saqueadores de tumbas abran el féretro, descubrirán sus helados dedos agarrados a los bordes y, aunque apenas le quede piel sobre los huesos, su rostro contraído en una mueca de espanto...

Babe abrió de pronto los ojos y se quedó quieta, boca arriba, al acecho. Era un disco rayado. Ese despertar sobresaltado, esa noche total e irreversible, ese pánico: el disco de su vida.

Sus labios esbozaron dos oes sucesivas, la primera un poco cerrada y la segunda muy abierta. Sin embargo su «*O God!*» se le quedó en la garganta, no llegó a emitir siquiera un murmullo.

¿Una pesadilla? Intentó poner en marcha su memoria,

pero apenas recordaba quién era ella y dónde se encontraba. Los barbitúricos volvían sus miembros pesados como el plomo. Fue necesaria la presencia de una inquietud incierta y superior para que hiciera el esfuerzo de sentarse en la cama, extender el brazo y, a tientas, dar con el interruptor de la lámpara de la mesilla.

Un seno blanco como la luna se escapaba de su camisón corto de satén malva. El fino tirante se había deslizado por su brazo rollizo. De su carne emanaba un olor acre y dulzón a la vez, y, al notarlo, a Babe le entraron ganas de masajearla, de comérsela. A su lado, la almohada de color rosa pastel, a juego con el edredón, tenía la huella de la cabeza de Bobby. Pero él no estaba allí.

Babe se puso la mano en el corazón, que se agitaba entre las costillas con todas sus fuerzas, como un animal atrapado en un cepo. Se dio cuenta de su semidesnudez y se recompuso lentamente, mientras recorría la habitación con la mirada para descubrir al intruso que estaría observándola. Un rostro lleno de agujeros la contemplaba con aire sorprendido desde el fondo del espejo, en el oscuro armario. Y ese ser, velado por la luz tenue, no parecía en realidad una mujer madura, sino el fantasma de un niño precioso.

Hizo acopio de coraje y abrió la boca una vez más para llamar a su marido. Pero un gemido procedente de las profundidades de la casa la hizo callar.

Era una voz, una especie de canto melancólico y obsceno que subía del sótano.

Tuvo la impresión de que la azotaban con un cinturón de seda, y se despertó del todo. Las puntas de sus senos, a la vez que sus cabellos, se erizaron, y su espalda se arqueó.

El quejido había sido prolongado, largo como el bufido de una gata en celo y lúgubre como el ulular de una banda de fantasmas. Esperó el siguiente, excitada.

Permaneció unos minutos sin moverse, con la mirada puesta en la puerta cerrada. Si Bobby se había levantado para ir al baño o a la cocina, ¿por qué no la había dejado abierta?

La casa estaba obstinadamente silenciosa. Babe retiró el edredón, se puso de pie y caminó descalza. Cuando abrió la

puerta del baño contiguo a la habitación, el pálido resplandor que entraba por la ventana se escurrió hasta las paredes del pasillo.

Babe dio un vistazo a la estancia. Tenía una apariencia espectral. Las piezas de porcelana, la grifería y los espejos lanzaban fríos reflejos en todas direcciones. Parecía un quirófano o una sala de tortura. Casi se sorprendió de no encontrar allí el cuerpo de su Bobby. Desmayado en el suelo, inconsciente, contusionado, ensangrentado. Destripado, descuartizado, decapitado, yaciendo exangüe en medio de una charca negruzca de líquidos coagulados.

Se quedó un momento cautivada por su visión. Un sudor frío se deslizó lentamente entre sus senos y por el interior de sus muslos hasta llegar a las rodillas, que empezaron a temblar. En el suelo, al lado de la bañera, un charco redondo brillaba como una bandeja de plata. Babe se acercó despacio y reconoció su espejo de aumento, el de maquillaje. La luna ribeteada de metal había rodado hasta allí por sí misma, para incitarla a hacer lo que iba a hacer.

Se colocó encima, en cuclillas, con los muslos separados, y se recogió el camisón en el escote para dejar a la vista su entrepierna. Abierto, su sexo aumentado parecía un tomate mordido o un gran molusco sin ojos. Del espejo subía un frío que le acariciaba su fina piel. La carne roja relucía en el azogue y parecía ondularse. El vello la lamía como una llama. Despedía un olor tan tangible y potente como los tentáculos de un pulpo. Babe abrió la boca y aspiró el lenguaje embriagador de su intimidad. Desde el fondo de su ser, su cuerpo hablaba. Llamaba.

La carne, cada vez más húmeda, brillaba como el Diablo en persona. Babe comprendió que el Diablo podría salir por esa puerta y, como no quería verlo, la cerró, apretó los muslos y se incorporó con brusquedad. Salió del cuarto de baño, se apoyó en la pared y avanzó por el pasillo con la respiración entrecortada.

Un poco de luz llegaba a los primeros peldaños de la escalera, y ésta luego se precipitaba en un pozo de tinieblas. Con una mano en la barandilla, el cuerpo tenso, empezó a

bajar. Cada vez que hacía crujir la madera, se paraba y se levantaba el camisón a la altura de su vientre negro para secarse el sudor de la frente.

En la planta baja, Babe comprobó que Bobby, vivo o muerto, no estaba en el salón ni en la cocina. Envuelta en una oscuridad aún más profunda, posó los dedos de los pies en los escalones que conducían al sótano, utilizado también como garaje.

Tras un tramo, la escalinata hacía un ángulo recto. Desde allí, Babe vio un rayo de luz que se filtraba bajo la puerta. También se escapaban ruidos ahogados, fragmentos de voz esporádicos, incomprensibles, como salidos de la boca de un durmiente.

El deseo de saber la inundó e hizo que olvidara su miedo. Resistió la tentación de escuchar tras la puerta, tenía una idea mejor. De pronto se sentía febril, casi feliz. La curiosidad la excitaba, la llenaba de algo aún más agudo que el deseo sexual. No se había sentido tan agitada desde hacía siglos. La vida afluía a ella, ardiente. Estaba dispuesta a todo.

Subió la escalera del sótano a toda velocidad y, superando sus fobias, salió de la casa. Llegó a tiempo de ver desaparecer la luna gredosa y casi llena tras una nube gigantesca, compacta como una montaña. Entonces el jardín se quedó en completa oscuridad, y en ella se introdujo Babe. Su cuerpo perdió toda consistencia para penetrar y fundirse en la masa de la noche, en esa fortaleza cuyos laberintos arquitectónicos se construían a cada paso que daba. Avanzaba a tientas a lo largo de la pared, deprisa y en silencio. Rodeó el edificio hasta llegar a una mancha de luz, detrás del seto.

A cuatro patas, Babe se acercó al tragaluz. Debido a la humedad del jardín y a su sudor, el satén se le pegaba a sus carnes blancas, calientes, palpitantes, dotadas de propia vida, una vida animal, incontrolable y triunfante. El aire fresco era una bendición para sus nalgas, expuestas a la brisa. Un fuerte olor a tierra y a barro le subió hasta las fosas nasales. Sobre sus ojos caían sus cabellos de rubia teñida. Al retirarlos, se embarró las mejillas con los dedos, que estaban manchados. Le entraron ganas de comerse la fragante hierba mojada que

tenía a unos centímetros de la cara, y también la tierra. La tierra, enriquecida con todos los muertos que había absorbido, era buena y traía paz. Cualquier cuerpo habría tenido ganas de entrar en la tierra o de hacer que la tierra entrara en él.

En circunstancias normales, Babe se habría precipitado sobre una pastilla de jabón, pero sin duda no se encontraba en su sano juicio, porque en lugar de ese higiénico reflejo le venían ideas extrañas que propagaban en su interior una especie de bienestar exagerado, casi doloroso a fuerza de inundarla.

Con mucha lentitud acercó la cabeza, hasta que, a través de las rejillas, pudo atisbar en el sótano. El cristal del tragaluz, retranqueado en el muro, estaba sucio, pero enseguida vio a su marido. La Tierra empezó a girar al revés y tuvo una visión vertiginosa de Bobby haciendo el amor, y de ella misma, de ella misma espiándole, chispeante de curiosidad, concentrada, convertida en miniatura por esa curiosidad, como una polvareda celeste lanzada a toda velocidad a través del espacio por un deseo monstruoso, cósmico, *dust to dust*. Tuvo esa visión sobrecogedora y vertiginosa de algo que debió haber visto mucho tiempo atrás.

«Ah, *les femmes...*!», decía siempre mi padre. Eran las únicas palabras francesas que se había traído de su desembarco en Normandía. Por eso, durante mucho tiempo creí que la segunda guerra mundial había sido una enorme batalla organizada para conquistar a una especie de feminidad indeterminada. ¿Mujer ideal? ¿Mujerzuelas? Un hombre de verdad las desea a todas; sin embargo, sólo el que tiene *the power* puede poseerlas a todas.

Era obvio que las cosas no estaban tan claras en mi mente —hasta ahora nada lo ha estado—, pero tengo mi propia manera de verlas. Por ejemplo, si hiciera una película sobre esa guerra, mostraría a millones de soldados sacrificados como... espermatozoides en su carrera hacia el óvulo. Un óvulo llamado espacio vital, o paz...

Exacto, eso es, se sentirían como hechizados. El enfrentamiento de los machos por una promesa luminosa... Una madre enorme..., gigante..., devoradora..., deleitosa... ¿Os imagináis lo que se podría conseguir con efectos especiales? Debería haber sido director de cine, en Hollywood nadie tiene ideas como las mías. En las películas se dedican a matarse unos a otros. Lo cual hace soñar, sin duda. Pero si las dirigiera yo, añadiría poesía a la violencia. Es decir, en vez de una persecución de coches corriente, la situaría en el corazón de un huracán, con multitud de obstáculos que es preciso evitar: personas, animales, árboles, tejados..., todos ellos proyectados sin cesar contra el parabrisas. ¿Una familia asesinada por mañosos? Vale, pero colguemos a los hijos gemelos de los pechos de la madre y veamos correr la leche junto con la sangre. Eso o cualquier otra cosa. En realidad, improviso, sólo trato de decir que no me faltan ideas. El único problema es que no me gustaría la

vida que se lleva en Hollywood. Allí todo es sexo, droga y demás. Y yo soy un tipo sencillo. Si cayera en todo eso, probablemente me revolcaría en ello por completo y no sabría salir. Una pena. Con mis ideas, los habría aplastado a todos.

El caso es que durante la guerra, la de verdad, como en las películas, los machos americanos —entre ellos Johnny Wesson, futuro padre de un Bobby que no le llegaría ni a la suela del zapato— surgían cual superhéroes por mar y aire para darles a los debiluchos de los europeos una buena lección de humildad. Mi padre no cesaba de repetirlo, las mujeres a las que liberaban iban a arrojarse en tropel a sus pies (a sus cojones, precisaba cuando las latas de cerveza vacías se acumulaban sobre y bajo la mesa de la cocina, donde los amigos se reunían para contarse año tras año las mismas historias de faldas y borracheras).

Las europeas se volvieron completamente locas por los americanos, por su corpulencia, sus chicles, su simpatía y su música. Y luego sus hombres, tan avergonzados y confusos como el resto del mundo, no tuvieron más remedio que someterse. Así nos convertimos en los amos del planeta.

«Ah, *les femmes*...!» Papá pensaba que bastaba con subyugarlas y que él lo hacía muy bien. Es posible, pero, como reconocía en voz alta varias veces al día, eso no le ayudaba a comprenderlas. «No te comprendo, Mary... Nunca comprenderé a las benditas mujeres... Joder, ¿pero qué tenéis vosotras en la cabeza?». Etcétera, etcétera.

Una noche, mamá salió de casa cuando todo el mundo dormía. Papá debía de estar borracho porque ni siquiera oyó arrancar el viejo Plymouth familiar. Mi hermano y yo tampoco lo oímos. Bueno, a mí me despertó, pero no dije nada, ni me moví. Como ella no puede contarle, nadie lo sabrá nunca. Ni usted. Ni yo.

Mamá condujo hasta el amanecer. Aparcó en Daytona Beach, la única playa del mundo donde la gente circula en automóvil, y continuó a pie. Se dejó puesta la llave de contacto. Era el único coche de la casa. Nos lo robaron.

Abandonó sus zapatos sobre la arena, un par de escaarpines

blancos sin tacón apenas, como se llevaban entonces, a finales de los sesenta. Caminó en línea recta hacia el agua, con su vestido azul cielo. No se detuvo cuando chocó con las primeras olas. No sabía nadar, estaba segura de que no fallaría. Era nuestra única madre. El mar no podía rechazarla.

Y así lo perdimos todo de golpe. Como ella siempre decía, las desgracias nunca vienen solas. Si pretendía vengarse de papá, nada mejor que dejarle sin coche y sin mujer al mismo tiempo.

Si quería vengarse de Bobby y de Timmy por sus peleas, que le producían jaqueca (cuyas consecuencias pagaba papá por la noche), nada mejor que privarles de su madre y dejarlos en manos de su padre.

Pero si buscaba vengarse de sí misma, podía haber hecho algo mejor que quitarse la vida: quedarse con su marido.

Ese día yo cumplía ocho años. No lo celebramos porque no estaba mamá para preparar el pastel y todo lo demás. Papá, enfurecido, daba vueltas y puñetazos, y se presionaba las sienes con ambas manos para que no le estallara el cráneo. Dando rienda suelta a su disgusto, gritaba cosas del estilo: «¡No es posible que se haya ido esa zorra!», y también: «Pero ¿cómo voy a ir ahora al trabajo sin coche?».

Timmy lloriqueaba. Tenía cuatro años y todavía era un bebé para ella (siempre pegado a sus faldas, a mí me daban ganas de matarlo).

Fue como si, de pronto, me hiciera mayor. Me ocupé de mi hermano, nos vestimos, preparé el desayuno y, antes de irme al colegio, lo dejé en casa de la vecina, que aceptó amablemente quedarse con él.

Después de esto, Timmy y yo no volvimos a llorar jamás. Ni siquiera seis días después, cuando supimos que habían encontrado a mamá en una playa, completamente desnuda, verde, medio devorada por los cangrejos, y que no recuperaríamos nunca el coche. (O quizá lloramos mucho los dos, agarrados a papá, él también derrumbado por la conmoción, y más tarde, por la noche, aferrados el uno al

otro, en mi cama. Recuerdo vagamente llantos violentos y dramáticos, pero me resulta imposible saber si los imaginé o si los viví...).

Ya lo sé, esto explica muchas cosas. De no ser así, no lo contaría. No soy de esos que le dan vueltas al pasado, pero es sabido que todo el mundo, en algún momento de su vida, siente la necesidad de hacer balance, y a mí me ha llegado ese momento. Es la primera vez que intento reconstruir el rompecabezas de mi vida, y en realidad no hay tantas piezas, no debería llevarme mucho tiempo. Babe no estaría de acuerdo. Ella lee revistas femeninas llenas de tests psicológicos y cree que somos todos muy complicados, especialmente yo (la gente me cree complicado y misterioso, pero el único misterio es que soy muy simple. Todos los individuos son muy simples, como *puzzles* para niños, pero les duele admitirlo).

Tras la muerte de mi madre pasé de casi-fracaso-escolar a casi-buen-alumno-casi-autista (cuando me creía adulto). Un poco más tarde, al tiempo que empezaba a crecerme el vello, descubrí un nuevo consuelo: mi polla.

Es ocioso describirlo, cualquiera se lo sabe de memoria. Masturbaciones una tras otra, rebeldía, conflictos con el padre, primeras *girlfriends*, borracheras, deseos de morir... Sean cuales sean las variantes, nadie se libra, es preciso pasar el infierno de la adolescencia. Se puede salir pertrechado de sistemas de seguridad, como un coño que conoce el rancio olor bajo su cinturón de castidad, o fascinado y sangrando como un condenado.

El caso es que salí, no me pregunten cómo. (No me pregunten nada. Podría montarme películas del estilo: «¿Puedo hacer algo por ustedes?». Aquí tienen mi bella cara, mi cuerpo de atleta. Ustedes se creen, satisfechos, que son más inteligentes que yo..., «Y sin embargo esos ojos... ¿Y si no fuera tan tonto como pretende hacernos creer? Pero no, no es posible, es un imbécil ¡Venga, busquen el secreto!»).

Con mi primera mujer la cosa no duró mucho. «Se acabó, ya no aguanto tus mentiras», gritaba, rígida, con los huesos a punto de descoyuntársele y los ojos fuera de las órbitas.

Lo repitió durante varios años, antes de largarse con nuestro hijo.

¿Mis mentiras? Pero ¿qué quieren ellas, en definitiva? Siempre pretenden sacarnos algo. Aunque les demos todo lo que tenemos —nuestros cojones, nuestra pasta—, ¡nunca tienen bastante!

OK. OK. Babe me ha enseñado a no hablar así. Es el fantasma de mi padre, una especie de demonio. De vez en cuando entra en mí, me posee, el muy cabrón, habla por mi boca, me hace agitar los brazos como una marioneta ridícula. Para expulsarlo, debo imponerme un exorcismo, una prueba cada vez más dura, cada vez más violenta. Y más frecuente.

Después de aquello, pasé bastante tiempo sin pareja. Encontré un trabajo en el Road Forks Garage que me bastaba para ser feliz. En esa época no confiaba mucho en las mujeres. Y llegó el sexo por Internet. Durante años hice el amor a montones sin tocarlas. Sin enfermedades ni problemas, era perfecto. Pero todo lo bueno se acaba y terminé por venirme abajo. Babe no fue la primera de la red que quiso conocerme, pero sí la única con quien acepté tener una cita.

Nunca había visto nada tan encantador como su cara. O su cuerpo. No era una mujer-niña, era una mujer-bebé. Su carne olía a pan de molde, tierna y con ese aroma que abre el apetito. Enseguida supe que no estaba recién caída del nido, pero tenía ese aire inocente y sorprendido de quien acaba de llegar al mundo.

Me encantan las mujeres, creo que tienen razón al luchar por sus derechos, estoy completamente de acuerdo con ellas. Pero esa nueva forma de atacar frontalmente a los chicos para acostarse con ellos, la verdad, me espanta. En fin, ¡allá se las compongan los que caigan en la trampa!

Babe era diferente, del todo diferente. Ella y yo nos gustamos, y miren, pronto hará diez años. Nos casamos el fin de semana siguiente a nuestro primer encuentro. El jefe accedió a prestarme un Cadillac blanco que acababa de entrar en el garaje. Me la llevé a Las Vegas y para la ceremonia conseguimos un Elvis de los mejores. Era un Elvis

de la última época, con largas patillas, carrillos abultados, traje blanco, a juego con nuestro coche, y chaqueta de grandes solapas con diamantes incrustados.

Su voz era más fuerte y menos aterciopelada que la del original, pero cantó *He touched me* con mucha más exaltación, y le dio cierto aire trascendental al matrimonio (y a mí me puso más cachondo que un mono en celo). Cada vez que nuestro King entonaba y repetía «O, *he touched me*», el hombre parecía profundamente imbuido en su papel, como si Jesús, o Babe, le tocaran de verdad y él nos hiciera partícipes de su emoción con franca generosidad. Y mientras cantaba se acercaba a Babe, metiendo la cabeza por la ventanilla del coche, luego se alejaba y volvía a acercarse. Miraba a la novia como si él estuviera en trance y fuese a alcanzar el orgasmo enseguida. A continuación, el pastor, un tipo flaco y expeditivo como una escoba, nos hizo jurar fidelidad. Nos pusimos las alianzas y arrancamos.

Una bonita boda, la verdad. Creo que, en ese momento único en la vida, los *drive-in* aportan solidez y sexo a la vez. A todo el mundo se le empina en una carrocería preciosa. Nos sentimos solos sobre la Tierra, y libres, todopoderosos, ¿no es así?

Otros coches esperaban detrás de nosotros, pero el nuestro era, con mucho, el que tenía más clase. Luego fuimos a comer a un *super*

tex-mex

, y pasamos nuestra primera noche juntos en el Caesar's

Palace, en una habitación de lujo por el precio de un motel. Fue una noche inolvidable, como debe ser. (Sobre todo para Babe). (Es broma).

Para un hombre, es una gran suerte haber encontrado a la mujer de su vida. No entiendo a la gente que se divorcia por un sí o por un no. Con Babe he tenido muchos síes y muchos noes. Y bien, ¿tendría que perderla por eso? Es una mujer magnífica. Nos comprendemos en casi todo.

Casi todo.

Gracias a ella he podido reconciliarme con mi hijo Tommy. El hecho de no haber tenido hijos no le impide querer a los hijos de los demás. Mi rubia y yo envejeceremos juntos.

Bueno, eso pensaba yo. O, al menos, eso pensaba yo antes de que Babe descubriera a Carmen.

Agachada en la hierba, con el rostro inclinado hacia el tragaluz, Babe no sabe muy bien por qué le viene a la mente lo del agujero en la capa de ozono. Es como si el cielo se hubiera abierto y ella sobrevolara el sótano cual águila sobre la pradera. Desde allí ve la pistola de Bobby, su rostro inundado de un placer perverso. Está encima del capó, arrodillado sobre la cara de la chica, y se la mete hasta el fondo de la garganta, mete y saca, mete y saca.

«Una rubia entra en una óptica y dice:

»—Quisiera unas gafas negras.

»—¿Son para usted?

»—No, son para el sol».

Es la última de Shirley Gordon. Se permite hostigarme con sus chistes sobre rubias porque tiene el pelo negro como plumas de cuervo. Una no elige a sus vecinas, y ésta es una auténtica pesadilla. No deja de espiarnos y de provocar a Bobby. Hace años que tengo ganas de abofetearla, de insultarla, de clavarle las uñas en ese cuerpo de gorda, de destrozarle su asquerosa cara de gilipollas, de arrancarle los ojos, de limpiarme el culo con su melena, de despedazarla con el hacha.

Entre otras cosas.

Pero, en lugar de eso, le digo cosas inteligentes. Entonces tiembla de rabia y sale corriendo como Lucifer ante la Cruz. Por ejemplo le suelto:

—¿Sabes lo que dice el filósofo Pat Amodley en su último libro, *El culto y lo inculto*? «Perversión o religión, el voyeurismo es una pasión que puede tener diferentes valoraciones en toda la gama que va del bien al mal, de la

belleza a la fealdad, de lo espiritual a lo trivial. La fascinación excluye al *voyeur* del espectáculo, pero le vincula a los actores por su identificación con ellos. Mirar a hurtadillas puede constituir una experiencia de trance, de metamorfosis, incluso. La mirada fija acuchilla con su crueldad el Tiempo mediante cortes transversales, transcendentales. Los límites del cuerpo se extienden, se dilatan, y dejan orificios abiertos a los cuatro vientos por donde el espíritu se exorciza y se sataniza en el éxtasis de la fuga». No está mal, ¿verdad? ¿Sabes lo que hacían los indios americanos? Se aislaban en una tienda de sudación hasta salir de su propio cuerpo para explorar otra dimensión del mundo bajo la forma de un águila o de cualquier otro animal. ¿Tú qué serías, Shirley, una cerda o una rata?

A decir verdad, no he conseguido asestarle otro golpe como ése para dejarla descolocada. Pero ¿por qué me sentiré obligada a escucharla, a sonreírle a veces?

Es gracioso, la chica a la que Bobby le mete su pistola es como yo. Su cara es idéntica a la mía, pero morena en lugar de rubia.

Al parecer nuestra urbanización está construida sobre un antiguo cementerio indio. Me lo contó Shirley, pero Bobby no se lo cree. Según él, si nos ponemos así, toda América se levanta sobre un cementerio indio. Una vez ella se empeñó en que los muertos estaban entre nosotros. Está loca. Es la timadora timada. Como se pasa el día observando, necesita inventarse misterios. Yo, en cambio, si me escondo, es para conocer mejor la verdad.

No recordaba que Bobby tuviera una pistola tan grandota. Y la chica, ¿no se ahoga con eso?

Yo, Babe, estoy en la oscuridad. Invisible. Caliente, húmeda, negra. Como la noche. Y Bobby en la luz. Expuesto. Espío, y mi cuerpo es todo mirada, envuelto en su concha eléctrica, resplandeciente. Que se abra el párpado de mi caparazón y seré yo quien ilumine el espectáculo.

—¿Qué haces Bobby? ¿Qué estás haciendo con tu pistola?

—No es una pistola, Babe. Es una polla. Mi polla, Babe.

Antes, ella tenía miedo de la noche. De salir. De pisar un sapo. Cuando llueve, nos invaden unos sapos negros, enormes y pegajosos. Rodean la casa como trampas, inmóviles, mudos. Pueblan las noches húmedas con sus grandes ojos saltones y sus cuerpos repulsivos. Es el terror invisible de las noches sin defensa. ¿Quién sabe lo que puede suceder cuando no se ve? ¿Qué cosas podemos hacer sin saberlo? ¿Qué nos puede ocurrir? ¿Dónde podemos poner los pies? Hasta en el jardín mejor cuidado, la noche es una amenaza.

Sin embargo, ella lo ha hecho. Se ha precipitado al mundo oscuro, ha pisado la hierba mojada, secreta y prohibida. Esa que se llama Babe. Yo. *I am*. Yo soy la Noche. La noche está en mí. ¿Quién ve mi noche? Ni siquiera yo. La Noche me ve.

—Mira, Babe, es mi polla. Mírala.

Babe, esa que se llama como yo, se levanta por la mañana, se pasa la jornada haciendo las mismas cosas que el resto de las personas, y al caer la noche tiene la sensación de que los días son demasiado cortos.

Pues aunque ella se haya ajetreado mucho, haya trabajado, se haya ganado su hamburguesa con el sudor de sus axilas, el YO no ha hecho nada. No ha realizado nada verdaderamente profundo ni personal. No ha ejercido su libertad, su singularidad. Nunca tiene tiempo para el YO en un día corriente, aunque parezca ocuparse de sí misma: ir al gimnasio, ver a la gente, pensar en su carrera, en su belleza y llenar su vacío con lo que todo el mundo lo llena para tener la sensación de que existe... y que, en realidad, es mierda en bote, un todo mascado, aséptico, y que lleva a Babe a enriquecer a la industria farmacéutica para olvidar el mal gusto de su vida.

Porque ella, aun siendo mujer, no logra averiguar en qué

consiste eso de ser mujer. Los demás parecen saberlo muy bien, sobre todo los hombres. Ellos tienen claro lo que quieren que seas o que no seas. Como esa chica que Bobby se está tirando: es esa chica y, al tiempo, en absoluto es esa chica. Esa muchacha y su opuesta. Las otras mujeres también parecen saberlo. Hay féminas por todas partes: en las series de televisión, las revistas, la publicidad. Esa clase de mujer tiene gestos particulares, formas definidas, maneras precisas de hablar a los hombres. Babe se lo sabe de memoria desde siempre. Cualquier niña se sabe de memoria el modo de empleo de este incómodo cuerpo. Sin embargo, es como si necesitara consultar las instrucciones de la lavadora para cada colada. Se pulsa un botón u otro, pero, a la primera avería, es preciso reconocer que, en el fondo, no tiene ni idea de lo que hay dentro ni cómo funciona, y entonces una se encuentra en un apuro.

—Mi polla. ¿Qué dices a eso, Babe? ¿Has visto cómo le gusta a esta chica?

Un coche pasó despacio por delante de la casa y se alejó a través de las calles desiertas. Era una noche de finales de abril, pero ya cálida y húmeda. Ayer mismo lo había comentado Babe con Bobby: «¿Verdad que están alterándose las estaciones con el agujero en la capa de ozono? Ahora todo está desordenado, las estaciones han enloquecido y chocan unas contra otras, como si también fueran presa del pánico, como si tuvieran ganas de revolverse entre sí o de terminar con el viejo buen tiempo». «¿Te crees esas gilipolleces?», le comentó él. Y discutieron un rato sobre el tema, para estar entretenidos. Bueno, en serio, ella estaba segura de que ALGUIEN les ocultaba muchas cosas. Pero eso a él le importaba una mierda, pues no le impedía sacar brillo a los cromados de sus coches y venderlos.

A Babe le hubiera encantado tener un marido inteligente, pero era un bien escaso en el mercado. Y si encuentras uno,

te engaña, como el primer marido de Babe. La mayoría de las veces los hombres inteligentes son infieles o, peor aún, depresivos. Con Bobby, los años habían pasado, pero él seguía tal como lo conoció y le gustó: atractivo, contento con la vida y nada complicado. A pesar de su extraña mirada.

—¿La deseas, Babe? ¿Quieres que te la meta a ti también?

Al principio le daba un poco de miedo, como a todo el mundo, esa especie de ausencia en los ojos. Bobby parecía mirar fijamente un objeto dentro de sí mismo o en la lejanía, por encima de la persona a la que tenía delante, pero nunca la realidad normal. Pero eso no era nada, nada en absoluto.

—Para ya con tus chorradas. Te digo que me mires la polla.

—Tu polla, vale, ya lo sé. ¿Y bien? ¿Por qué es mejor decir «polla» que «pistola»?

En verdad era un buen chico, lo más casero del mundo; no le interesaba la política ni se emborrachaba en los bares. Pasaba su tiempo libre en el sótano, haciendo bricolaje o reparando su coche de coleccionista. Cenaban juntos mientras veían la tele y, de este modo, atravesaban sin angustia las horas vacías, previas al momento de acostarse.

Otras veces se instalaban en la salita contigua al salón para ver el DVD o chatear en Internet. Entonces el tiempo pasaba aún más deprisa. En resumen, nunca se aburrían, y todo sin correr ningún riesgo. Babe sólo aspiraba a conservar a su Bobby y sus comodidades, y Bobby sólo utilizaba su atractivo rostro y sus extraños ojos verdes para mantener su puesto de mejor vendedor del Road Forks Garage.

Agachada en la hierba, con el rostro inclinado hacia el tragaluz, Babe sobrevolaba la bodega y veía, contemplaba, la pistola de Bobby, su rostro inundado de un placer perverso. Estaba encima del capó, arrodillado sobre la cara de la chica, y se la metía hasta el fondo de la garganta, mete y saca, mete y saca. Tumbada en el Cadillac rosa, con su larga melena esparcida por el parabrisas, sus ojos rasgados fijos en la bombilla del techo, los brazos y las piernas abiertos, y las pantorrillas contra el parachoques, la chica miró de pronto hacia el tragaluz. Babe se retiró y se pegó contra el muro, con el corazón latiéndole a toda prisa.

Sensaciones violentas y contradictorias se atropellaban en su cuerpo. Miedo de haber sido descubierta, excitación sexual, celos, vergüenza, rabia. Se sentía culpable y amenazada. Todas esas emociones formaban en su entrepierna un desconocido cóctel a punto de explotar. Mataría, si pudiera.

Bobby sólo se ha dejado puestos los calcetines, como de costumbre. Babe está ahora agarrada a los barrotes con las dos manos. «Si esa zorra me ve, peor para ella. ¡Que lo diga y estalle todo! Lo único que sabe hacer es dejar que se la metan sin moverse, apoltronada en el capó de un coche, con los labios adheridos como una ventosa a la pistola. ¡Bajo mi propio techo!».

Cuando él se incorpora, la muchacha permanece tendida, inerte. Su boca sigue entreabierta de un modo ridículo, como si aún chupara un pene fantasma. ¡Sólo los muertos que no han hallado el reposo eterno se transforman en espectros! Su cara es idéntica a la de Babe, pero como más abierta. Y su cuerpo... Piernas largas, cintura fina, senos grandes y firmes, una monada bien dotada, redondita como un albaricoque. No mueve ni una pestaña. *A corpse*. Parece estar completamente drogada.

El cabrón de Bobby se inclina sobre ella. Con delicadeza, como si la puta fuera de caramelo, le pasa un brazo por los hombros y otro tras las caderas. La levanta, le da la vuelta y la coloca boca abajo. Le separa las nalgas, hunde su nariz, la saca, le introduce un dedo, y empieza a exhibir su pistola con

calma. Sin prisas, con una parsimonia que resulta profundamente irritante. Por fin se decide a penetrarla, y se la mete entera por el agujerito.

Parecía un vídeo de los que antes traía Bobby a casa. Al principio a Babe le gustaban mucho, la ponían incluso más cachonda que a él. Pero pronto comprendió que siempre sucedía lo mismo y que nunca vería lo que de verdad hubiera incitado a su fantasía: sexo entre hombres. Todas las películas contenían una escena de amor entre chicas, nunca entre chicos. El problema era que Babe no «se creía» a esas mujeres. Con sus cuerpos atléticos y sus pechos de silicona, no se parecían a ninguna conocida, a Shirley o a ella. Al final, de esas cintas tan sólo la excitaba ver a un tipo masturbarse en una esquina de la pantalla, mientras esperaba su turno. Era lo único creíble y con algo de misterio de todo el asunto. Lo demás le parecía siniestro, y lo percibía como un ataque personal contra su integridad y su belleza.

¿Consentir en ver cómo su rostro de ángel se transformaba en cara de perra impúdica? Jamás. Había nacido encantadora y así permanecería. Desde muy joven decidió correr un velo de pudor sobre su belleza, para que nadie se confundiera. Y, en efecto, a causa de su físico se le atribuían las virtudes más nobles.

—Mi polla, Babe. No te hagas la remilgada. ¡Pero si te vuelve loca!

No, no, en absoluto. Ni Bobby ni ella misma habían conseguido escapar de la visión ideal que todo el mundo tenía de Babe. Ésta terminó por cansarse del sexo y de todas aquellas imágenes lujuriosas que le inspiraban ideas deplorables: situaciones y posiciones grotescas, diálogos idiotas, coños y cuerpos masculinos depilados, penes gigantescos, orificios dilatados, senos rígidos, rostros estúpidos.

«Hace tiempo, aspiraba a convertirme en una mujer

refinada, sensible, culta. Entonces intentaba comprender el arte y la literatura. Pero habría tenido que luchar contra el mundo entero y no tuve fuerzas. En mi cabeza había una semilla de oscuridad, de renuncia, y la dejé crecer».

Parece una bestia, la insulta, gruñe. Nunca había visto a su Bobby en ese estado. Dios mío, se diría poseído por las fuerzas del Mal. Sufre por él, pero también lo comprende: la carne de esa zorra es ligera, voluptuosa, entregada, completamente sumisa. Se puede hacer con ella todo lo que se quiera... ¿Hay algún hombre capaz de resistirse a eso? Si hasta a una mujer le dan ganas de...

¡Y encima sobre el Cadillac! Bobby está loco por su «rey de reyes», como él lo llama. Desde que lo tiene, Babe le ha visto acariciarlo como si fuera una mujer, e incluso con más amor. Perteneció a Elvis Presley, se gastó una fortuna en comprarlo. Cuando lo llevó a casa, el mes pasado, estaba tan exultante que, tras pasarse más de una hora en el garaje para repararlo, quiso hacer el amor en plena tarde. Pero Babe tenía precisamente que hacer unas compras y lo rechazó, con la mayor delicadeza posible, antes de marcharse a toda prisa.

La pistola de Bobby va y viene entre las nalgas de la muchacha. Sí, sí, está más grande que nunca. Incluso él mismo la mira sorprendido. Por otra parte, su cuerpo, de pie y en tensión creciente, se asemeja a un pene gigante, erecto y un poco torcido. Como si litros de sangre se hubieran petrificado en sus venas... Parece sufrir, es horrible, es fascinante cómo se contrae su cara, cada vez más... Mueve la cabeza, la deja caer como un crucificado, cierra los ojos, vuelve a abrirlos, Dios mío, está como loco... El placer, cercano ya, lo desfigura, vamos, vamos, cabronazo, *motherfucker*, me las pagarás, cabrón, cabrón...

Babe preferiría no hacerlo, pero le resulta imposible reprimirse: sus manos se deslizan bajo el camisón, entre las piernas, donde Eso está húmedo y ardiente. El orgasmo le llega a toda velocidad, y regresa cuando Bobby se retira de un salto hacia atrás, suelta un bramido y lanza una ráfaga

con tanto ardor que el primer chorro alcanza la chapa rosa del coche, abrigada con tanto esmero.

Babe ya no duda en la oscuridad. Es como si viera con los ojos cerrados. Sus piernas tiemblan a causa del placer que las ha paralizado, pero se siente serena a pesar de la prisa. Cierra la puerta de entrada sin hacer ruido, sube la escalera. Está al fin en su habitación, acogedora como un vientre. Se desliza entre las sábanas y finge dormir, mientras oye cómo se aproxima Bobby a paso lento y pesado.

Hola, soy la madre de Bobby. Y éste es Timmy. Timmy lleva aquí una eternidad, no esperó mucho tiempo para reunirse conmigo. Reconozcámoslo, ¿no se está mucho mejor en este lugar, el seno de Dios, que al otro lado, donde sólo reina Satán?

Oh, no quiero que mi Bobby siga con vida. Siempre ha sido débil. Supongo que no puede evitarlo. Pero si ahora estuviera conmigo, como mi querido Timmy, no querría joder con una pseudomuerta, el muy cerdo. En fin, Bobby siempre ha sido malvado, ¿saben ustedes? Casi desde que nació. Una madre percibe esas cosas. Era un niño vicioso, como su padre.

Sin embargo Timmy siempre fue un ángel. Un cielo, silencioso, obediente, la inocencia personificada, y además me adoraba. Y eso son cosas que una no puede pedir. Y no me impidieron querer al uno tanto como al otro. Nadie podrá decir que fui una mala madre.

Pero les aseguro que yo, de estar en el lugar de Babe, le rajaría a su Carmen a cuchilladas, y sin decir ni mu. ¿Qué le habré hecho al Buen Dios para tener un hijo tan perverso? Bobby, mi chiquitín, deja de hacer tonterías, ven con mamá...

Mamá, por favor, ¿no ves que estoy ocupado? Y ya no soy un niño, ¿sabes? No, no lo digo para hacerte llorar. Pero no deberías hablar así delante de la gente. Soy un hombre, mamá, tengo mis necesidades. Y tampoco soy maricón. Soy como Elvis. ¿Quién osaría decir que Elvis es marica o, peor aún, que se volvió gay después de morir?

A veces pienso que tal vez Elvis esté detrás de todo esto. Las apariciones de mi madre (siempre inoportuna, dicho sea de paso, ¿pero ustedes han visto a una madre que no sea

inoportuna?) ocurren porque Elvis la empuja: «Pídele a tu hijo que se reúna con nosotros; aún tengo algo que cantarle»...

Yo era muy joven y él estaba muerto. Es decir, se le consideraba muerto. Ya lo sé, es extraño. Después le he dado muchas vueltas y creo que, en realidad, el hombre al que amé aquel día tal vez no estaba ni vivo ni muerto. Guardo este secreto desde hace más de veinte años. ¿A quién podría habérselo contado?

Si estuve callado tanto tiempo no fue sólo por miedo a que no me creyeran. Todas las personas que se han enfrentado a una confesión difícil me entenderán. Elvis, por ti me lanzo, tú que fuiste y sigues siendo grande, libre y generoso, estés vivo o difunto.

Era el verano de 1978. Para celebrar mis diecisiete años, decidí viajar en autoestop *on the road*. El tercer día me encontraba en la 40, cerca de Memphis. Anochecía, la carretera estaba casi desierta, nadie paraba. Los coches ni siquiera parecían verme. Empezaba a anochecer; sentí como si la poca luz que quedaba me aspirara a mí también y fuera a desaparecer con ella. Quizá la gente, al pasar, creía vislumbrar en el borde de la vía una especie de sombra, un esbozo de silueta, un fantasma... o nada en absoluto. Y aunque tuviera consistencia, era ésta tan fugitiva que ninguna mirada se volvía hacia el punto del paisaje en que me encontraba.

Empecé a preguntarme si no sería mejor volver a la ciudad y buscar un lugar donde dormir. Los pocos vehículos que circulaban se disipaban ahora en la luz escarlata del ocaso. Todo el inmenso cielo era una orgía de llamas. Al final, eché a andar en línea recta. Entonces un Cadillac enorme surgió detrás de mí, me adelantó y paró.

Tenía los cristales ahumados y era imposible ver nada ni a nadie en su interior. Parecía un gran coche fúnebre de color rosa. Era magnífico, rutilante, y los dedos de Dios, en forma de ardientes rayos de luz filtrados a través de las nubes, parecían acariciarlo. Fui hacia él, deseoso de tocar su carrocería lisa, brillante, con clase, pero me quedé mirándolo

como un estúpido, sin atreverme a mover un dedo.

La puerta se abrió; yo retrocedí un paso. Al ver la silueta negra del hombre al volante, me subí. Lo reconocí al instante.

THE KING! En agosto del año anterior me había enterado, como todo el mundo, de la noticia de su muerte. Pero cuando entré en el coche y lo vi vestido de cuero negro de arriba abajo, alto, grande y guapo, con su pelo oscuro y sus mejillas de niño... *The King!*, joder, ¡el Rey! Lo supe con tanta certeza como si fuera mi propio hermano o como si hubiera vivido siempre con él. Y en cuanto lo reconocí, lo amé por encima de todo.

—¿Adónde vas? —me preguntó Elvis.

—No lo sé —respondí cohibido.

Durante un tiempo no volvimos a pronunciar palabra. El coche devoraba la carretera, que se extendía como una larga cinta desenrollada hasta la última chispa de sol en el horizonte. A veces le miraba, y cada vez me impresionaba su belleza. Era tan hermoso y delgado como en su juventud, si bien al morir estaba hinchado y deteriorado. Allí, en el coche, mientras él tenía la vista fija en la calzada, me di cuenta de que era más maduro, de que tenía en realidad cuarenta y dos años. Había algo sombrío en su rostro siempre sonrosado, una especie de determinación penetrante, casi malvada, que lo volvía más atractivo que nunca. Los últimos tiempos vividos, la decadencia física —de la que parecía tan bien repuesto—, sus problemas personales, la tormenta que había debido de soportar... Sin duda, el hecho de haber superado todo eso le confería esa nueva expresión, una expresión que no le había visto en ninguna foto.

Lo sabía todo sobre él: su forma de cantar; sus ritmos, sincopados como coitos nerviosos; los gemidos y modulaciones de su voz, que recordaban el éxtasis y la extenuación del placer sexual; sus contoneos; el juego hipersensual de sus piernas; su cuerpo, su boca, sus ojos... Como el resto de la gente, sin darme cuenta sabía que todo él era una llamada al sexo. Parecía subir al escenario únicamente para susurrarte, suplicarte y gritarte: «¡Deséame!». Anhelaba tanto ser deseado que para eso se

convirtió en una estrella del rock y del escenario, para darse a millones de personas. Él, el artista, sensible y generoso, lo había dado todo en una medida infinita, hasta las últimas consecuencias, hasta dar su propia vida, y nadie podría devolverle nada de eso nunca. Lo comprendí de pronto, y supe también que todavía se entregaba, pues el mero hecho de estar sentado a su lado me llenaba de tanta felicidad que terminé por dormirme como un bebé, con la cabeza apoyada en el ángulo de su brazo.

Me despertó su voz. Mientras conducía, ahora en la completa oscuridad de la noche, cantaba *Are you lonesome tonight?* Permanecí recostado en su pecho sin moverme, para escuchar a la vez el latido de la sangre en su cuerpo. A *capella*, la canción era aún más bella. Supe que, desde siempre, su voz no sólo poseía encanto, sino que también transmitía una terrible alegría de vivir, y también que tenía algo de lamento. El vehículo atravesaba en silencio la noche de carbón. Nada existía salvo esa voz sobria, nada salvo nuestras dos almas desnudas en ese espacio cerrado.

Poco después, Elvis me dijo que yo le había llamado la atención porque me parecía a Debra. Me explicó que fue su primer amor, una niña negra que, como él, cantaba en el coro de la iglesia. Ella tenía doce años y él trece. Le contaba sus sueños. El día en que la mataron, creyó volverse loco de dolor.

Me pregunté para mis adentros cómo yo, un chico blanco, podía parecerme a una muchacha negra... Pero me sentía profundamente halagado y emocionado por representar para él una especie de reencarnación de su primer amor. «Te amo tanto como ella te amaba», le susurré. Me acarició el cabello con una mano y entonó en voz baja *Love me tender*.

Desde el primer momento, todo se desarrolló mejor que en un sueño, con una facilidad y naturalidad maravillosas. Mis dedos encontraron el cinturón y los botones de su pantalón de cuero y los desabrocharon. Mientras Elvis seguía cantando y conduciendo, deslicé mi rostro por su vientre y tomé su sexo en mi boca.

Pesaba, y era tierno; olía a bebé, como el mismo Elvis.

Sentía mi falo hincharse también bajo mi pantalón. Le acariciaba el suyo con toda mi alma, con un inmenso amor maternal y, a la vez, con toda la pasión física que la pequeña Debra no pudo demostrarle.

Experimentaba una felicidad tan extraordinaria que dudo que los ángeles del cielo hayan vivido algo más perfecto. Al final de la canción, sentí saltar en mi boca un delicioso chorro con sabor a leche condensada. Enseguida oí la risa sonora del King y, después de tragar, me eché a reír yo también.

Fue la primera y la última vez. Y sucedió con toda naturalidad, porque era él. No hubiera podido hacerlo, ni tampoco ahora, con ningún otro hombre, aunque supiera a leche condensada. De todas maneras, ninguno sería capaz de cantarme como él *Love me tender*, ni de repetir el milagro...

Después atravesamos una pequeña población. Aparcó delante de un Burger King y me mandó a comprar hamburguesas, una Pepsi y un batido para mí. Seguimos el viaje comiendo y riendo sin cesar, sin que viniera a cuento. De vez en cuando, Elvis cantaba y yo bailaba en mi asiento; otras veces me hablaba de su búsqueda de Dios, y yo le comprendía.

Cuando rayó el alba, le pedí que me dejara en el primer bar de carretera abierto. Sabía que no podía quedarme más tiempo con él. Fuertemente abrazados el uno contra el otro, *now or never, kiss me, my darling*
it's

, nos dimos un prolongado beso de despedida.

En la barra, los conductores que iban y venían me miraban con curiosidad. La camarera me dejó la cafetera cargada de café bien caliente. Me serví varias veces y de manera abundante, como las lágrimas que brotaban de mis ojos. Le oía cantar una y otra vez: *Shall I come back again?*

A las siete menos cuarto de la mañana, la MTV entraba en acción. El televisor, apagado, los veía dormir durante toda la noche, firme como un vigía frente a la cama de matrimonio, y se encendía automáticamente con la cadena de vídeos musicales. Hasta ese preciso instante, la pareja, de ordinario atiborrada de somníferos, aplastaba la almohada con un sueño compacto, sin sueños, una especie de agujero negro que les salvaba del caos angustioso de la vida. Luego, la voz chillona de una cantante, el bramido sincopado de un rapero o el martilleo obsesivo de una caja de ritmos penetraban en sus mentes oxidadas como un hilo de agua helada que se deslizara sobre las masas rosadas y polvorientas de sus cerebros dañados. La corrosión avanzaba día y noche, y no eran conscientes de ello, no se sentían más desgraciados que una veleta cuya herrumbre le impide girar con agilidad y ya no le importa indicar una dirección correcta o equivocada.

En consideración a los sufridores que elegían ese modo de retorno a la vida, la tele se encendía *piano*. Pero como, a esa hora, la misión de la tele era servir de despertador y no de nana, el programa subía rápidamente de volumen. En unos instantes llegaba al máximo. De pronto el ruido se volvía tan ensordecedor que era impensable dormirar medio segundo más. Entonces Babe abría unos ojos asustados, y gesticulaba y encogía la cabeza entre los hombros, como para protegerse de un bombardeo. Bobby se abalanzaba sobre el mando a distancia (siempre al alcance de la mano, en su mesilla) igual que Jackie Chan sobre un ejército de mañosos y, sin mirar, acertaba a la primera con el botón adecuado, el que permitía bajar el sonido a un nivel audible.

Entonces sus cuerpos se relajaban de golpe y se dejaban hipnotizar por la pantalla. En ella aparecían chicas

sobrenaturales, tiparracas alteradas ataviadas con botas, pantalón corto y top minúsculo sujeto a sus pezones como por arte de magia..., mientras exhibían generosamente, ante la mirada estupefacta de la población, el resto del pecho, el vientre y los muslos. Se mostraban tan seguras de sí mismas, tan arrogantes, que resultaba difícil imaginar que tuvieran una vida amorosa o sexual siquiera. Eran muñecas de cuerpos excitantes, pero inaccesibles. En varios vídeos (la cadena repetía sin cesar los mismos programas), salían tipos filmados entre las tres paredes de un pasillo sin puertas, y la perspectiva tenía un efecto vertiginoso y claustrofóbico.

Bobby y Babe permanecían atontados ante ese espectáculo, reiterado día tras día, unos minutos, el tiempo necesario para borrar de sus mentes cualquier vestigio de la noche y acordarse de sus obligaciones cotidianas. *Hey, Baby, hey, Baby, hey!*, repetía, incansable, una rubia en las últimas semanas. Entonces se levantaban, presa de un apremio inconsciente, como si huyeran de un peligro indefinido.

En realidad, la amenaza tenía una forma muy definida: la del sexo de Bobby en erección matutina. Por esta causa, aunque Babe se sentía especialmente embotada en el arduo momento del despertar, era la primera en salir del lecho conyugal y abandonar la habitación a toda prisa, para dejar que su marido se las apañara a solas con ese engorro recurrente.

En cuanto se levantaban, uno tras otro vaciaban su vejiga, se cepillaban los dientes y se manifestaban el placer de volver a verse con una mímica apropiada. Según progresaban los preparativos, la alegría y la excitación llegaban al culmen. El agua de la ducha corría con ímpetu, la televisión gritaba, los olores a colonia y a huevos revueltos circulaban y se cruzaban por toda la casa, aquello era la felicidad. Juntos untaban sus tostadas con abundante mantequilla y mermelada, y bebían a grandes sorbos el café traslúcido. La vida abundaba en bendiciones.

Luego, ella lo acompañaba hasta el umbral de la puerta y esperaba a que se montara en el Chrysler, aparcado delante de la casa.

Él se ponía al volante y encendía el motor. Ambos todavía tenían una expresión casi feliz, como si la jornada fuera a ser hermosa.

Se miraban el uno al otro y se encontraban mutuamente atractivos, tan bien conservados como legumbres en bote. Intercambiaban un gesto con la mano, Babe y Bobby, Bobby y Babe:

—*Bybye, honey!*

—*Bybye, my bee!*

A veces incluso se escapaba una lagrimita. Después, el coche se deslizaba con suavidad hasta el final del sendero del jardín.

En ese momento, ella lamentaba no haber hecho el amor con él esa noche.

Esta separación diaria era a la vez una liberación y un castigo.

Y los fines de semana, en que pasaban todo el día juntos, resultaban tan difíciles de soportar como los días laborables.

A Babe le hubiera gustado experimentar un sentimiento de fusión con su marido, pero de hecho se sentía sola, incluso cuando estaba junto a él.

Es culpa mía. He renunciado a los placeres de la carne y no hago ningún esfuerzo por reavivar la vida de pareja, por poner un poco de pasión. Soy fría, no sé hacerlo, he conseguido que a mi marido ya no le apetezca cumplir con el deber conyugal. Sin embargo, antes me gustaba mucho el sexo. No lo necesitaba tan a menudo como Bobby, pero lo buscaba. Quizás deba echarme un amante, eso me estimularía. O una querida. Entre mujeres, seguro que se disfruta. O eso creo. He pensado en ello con frecuencia. Incluso estuve a punto de hacerlo una vez, con una lesbiana. Me miraba con aire enamorado. Habría bastado con dejarme llevar, pero sólo sus ojos ya me daban asco. Si me hubiera tocado, yo habría pegado un grito. No quiero que me toque una mujer, vomitaría antes de lamer una vulva. O, *God*. Has envejecido, Babe, te sientes fea, te avergüenza tu cuerpo, no

te gustas, te detestas. Cuando te acercas a la cama, te conviertes en una única palabra, NO, y sólo piensas en sumirte en el sueño. A pesar de todo, de vez en cuando él te posee. Como no abusa, le dejas hacer, con sencillez,
clic-clac

, algo higiénico. Al principio finges, para que se acelere el tema. A fuerza de simular, al final sientes algo, sí, pero demasiado tarde. Gracias a tu actuación, él cree que ya tienes tu parte de placer, pero cuando la cosa comienza en serio para ti, para él ha terminado. En cualquier caso, lo único que deseas es no hablar de ello y que el agujero negro vuelva a engullirte.

Y ya ves: como todas las mañanas, él se va y tú te quedas sola de verdad.

Y odias a los hombres.

No entienden nada de nada.

Cuando él volvió a acostarse, la noche anterior, Babe estaba crispada de rabia. Hubiera querido colocarse al borde de la cama para evitar todo riesgo de contacto con ese cerdo. Pero no se atrevía a moverse. Hacerse la muerta era lo que mejor la preservaba.

Después de todo lo que había visto, sentía su cuerpo cortado en pedazos, descuartizado. Tenía la sensación de que el menor movimiento podría dispersar sus miembros por la cama y que éstos, hechos rodajas con el hueso en medio, rodarían y caerían al suelo con la única intención de huir. Y Bobby habría recelado.

Se sentía dividida entre el asco y el deseo de obligarle a follar. Habría sido un buen modo de humillarle, pues el arma de Bobby sólo permitía un disparo. Pero hacía demasiado tiempo que no se despertaba de madrugada, ardiente, en mitad de un sueño lúbrico, deseosa de apoderarse de su pistola como un submarinista de su tubo de oxígeno. Sin duda su actitud le habría resultado sospechosa. ¿Y cómo prever la reacción de un criminal descubierto?

Sin embargo, deseaba de veras hacer el amor. Sentir su

pistola. Le volvía la imagen de la chica, de la muchacha y Bobby... ¡Joder! ¡Había sido estupendo mirar sin ser vista! Babe empezó a masturbarse sin preocuparse por si lo despertaba con sus movimientos. Por encima del pudor estaba la necesidad. Y de nuevo experimentó un placer tan violento como no le sucedía desde la adolescencia, cuando descubrió el milagro de su cuerpo.

¿Bobby dormía o se hacía el dormido? ¿Y si se había dado cuenta de todo? Poco a poco esta pregunta iba abriéndose camino en la mente de Babe. Nunca, desde un día de su infancia en el que se negaba a pensar ahora, se había sentido tan aterrorizada. La peor sensación que se puede experimentar en este mundo es el terror. Empezó a preparar planes de defensa por si Bobby pretendía apuñalarla o estrangularla.

Notaba ya el impacto de los robustos dedos de Bobby en su garganta, los pulgares hundidos en su cuello... Se veía tensada como un arco por la presión, con la cabeza hacia atrás... Perdía el alma junto con el aliento.

Entonces, con un audaz estiramiento del brazo por detrás de la cama, ella tendría que alcanzar algún objeto contundente y estrellarlo contra el cráneo de su asesino... O levantar la rodilla para asestarle un buen golpe en los testículos... Lejos de tranquilizarla, estas improbables figuraciones sólo contribuían a aumentar su miedo de manera dramática. Presa de vértigos, se sintió desfallecer, volverse loca y terminó por perder el conocimiento.

Así, cuando la televisión se encendió, como todas las mañanas, Bobby y ella gruñeron y se agitaron, en perfecta sincronización, sobre sus respectivas almohadas. Luego Babe recuperó la conciencia con toda normalidad, es decir, con el agotamiento y el asqueo de siempre, y, no obstante, aliviada por haber cruzado de un salto en la oscuridad el vasto océano de la noche. No se acordaba de nada.

Se entregó a los rituales cotidianos en la nebulosa mental habitual. A esa hora siempre funcionaba con el piloto automático. Pero tras la partida de Bobby, cuando comprobaba por última vez su aspecto en el espejo de la

entrada, antes de salir, algo sucedió: YO le dije que bajara al garaje en lugar de ir a trabajar.

Si hubiera tomado medicamentos, como Babe, no habría sufrido el acoso de todas esas mujeres por las noches. Aparecidas, fantasmas, unas moralizantes, otras tentadoras, agujeros, vaginas, culos, tetas, bocas, éstas severas, aquéllas ansiosas, un ejército de sanguijuelas pegadas a mi entrepierna para hacerme confesar la vergüenza o la alegría...

«Para mí, el mar tiene siempre el sabor de sus lágrimas»... Cuando una chica no acababa de decidirse a acostarse conmigo, yo le contaba el suicidio de mi madre, sin adornarlo, y terminaba con esa frasecita, tras tragar saliva de forma ostensible. Efecto garantizado. Nada gusta tanto a las mujeres como la desdicha. Se arrojaban sobre mí cual ganado sobre sal que se le da a lamer.

También he atraído a unos cuantos hombres. Pero soy hetero. *Straight*. Puro y extraduro. Bobby no es maricón. Los chicos a los que gustaba buscaban lo mismo: músculo y desgracias.

Un secreto y una cicatriz bien purulenta. Si uno tiene ambas cosas y sabe utilizarlas, uno puede conseguir lo que quiera. Ahora el mundo no es como tú creías, papá: el héroe de nuestros días debe tener un defecto. Una gran falla como la que poseen las mujeres al final de su vientre. En la actualidad, ése es el requisito para ser *successful* y tener éxito.

Pero Bobby no está de acuerdo. Aunque procedas de un pueblo que ha sufrido mucho o seas un niño abandonado, no debes conservar toda la vida la marca de la desventura. Y no lo digo por mí. Entre mis ancestros sólo hay blancos, ricos e ilustrados. Ninguno de mis antepasados fue masacrado, escarnecido, pisoteado, dominado, degradado, explotado, embrutecido o sometido por una clase o nación enemigas. Me han criado padres afectuosos. Mi madre no me tiró a una

papelera de la calle nada más nacer yo, con el cordón umbilical enrollado en el cuello, ni me rescataron al ponerme a gritar desde mi lecho de basuras cuando una lata de cerveza me dio en la cabeza. Son cosas que pasan, pero uno no se condena por ello. Te condenan los otros. Nunca debes revelar tus debilidades a los demás, pues las utilizan para confinarte en ellas.

Bobby no se deja engañar por nadie y nunca se queja. Bobby es fuerte. Bobby está ahí, firme como una roca, y su mujer sabe que puede contar con él pase lo que pase. Bobby es un hombre. Tiene una gran polla y todo lo que hay que tener. Cuando se mete la mano en el pantalón para sopesar su virilidad, Bobby tiene motivos para estar contento consigo mismo.

Por eso necesita otra mujer. Una hembra para el sexo. Un hombre tiene sus necesidades.

Bobby, más que necesidades, tiene grandes urgencias. Y Carmen es la mujer ideal. Dispuesta siempre a todo. Cuando estoy en el *garage*, me obsesiono con ella. Me viene a la memoria lo que hemos hecho esta noche pasada, lo que ha engullido sin vacilar... Y me pongo tan cachondo que he de aliviarme en los aseos, frenético, pues soy una persona responsable y no quiero perder tiempo en el trabajo.

En el fondo, el hombre es una máquina con pulmones, testículos y estómago que se llenan y es preciso vaciar, en un eterno volver a empezar. Pura mecánica. No hay coche sin tubo de escape...

Ah, les femmes...! Todo hombre debería tener derecho a una que nunca dijera no, a una buena perra a quien guardar encerrada para satisfacer la libido, que le guste todo y cualquier cosa, que siempre esté ahí y se muestre siempre satisfecha.

Pero ellas nunca lo están. Cuando mi madre se fue, mi padre creyó que se había fugado con su amante. ¿Tenía uno? ¿Otro hombre que le diera una satisfacción imposible? En cualquier caso, se reunió con el mar, como si quisiera volver al continente de sus ancestros, donde, según parece, las mujeres son fáciles, ligeras y felices.

El mar tiene el sabor de sus lágrimas. ¿Acaso Timmy se baña con ella en el gran líquido amniótico? Yo he cortado el cordón, no iré, me aferró a la vida. De todas maneras, mi madre nunca me quiso de verdad, sus hijos la estorbaban, por eso se marchó; y no hay ninguna razón para seguirla, como hizo Timmy, el eterno bebé.

Vuelvo a ver su cara, sus grandes ojos grises, que brillaban cuando ella se inclinaba sobre mí. Todo su cuerpo de muchacha respiraba placer cuando abría los brazos para abrazarme. Era su preferido, sin ninguna duda, y Timmy, celoso, acudía corriendo, no quería ceder su parte del pastel. Los tres formábamos entonces un ovillo, nos apretábamos con fuerza, como para encastrarnos unos en otros, y las lágrimas corrían por sus mejillas. «Mamá, mamá, ¿por qué lloras?». «No es nada, hijos míos, ahora id a jugar, venga, ya está bien, soltadme, dejadme tranquila. ¡Subid a vuestro cuarto, fuera, ya no quiero veros!». Su voz se volvía terrible y nosotros nos íbamos antes de que su mano interviniera, y nos reíamos, nos reíamos tan alto como podíamos para burlarnos de ella, la mala.

Durante meses y años he dado vueltas y vueltas en esta cama, al lado de Babe. Ella duerme siempre como un bebé foca sacrificado sobre un banco de hielo: si yo hubiera tenido ánimo para ello, la habría penetrado, y ella no se hubiera dado cuenta.

Al principio, yo esperaba estoicamente que todo eso pasara y los fantasmas dejaran de tocarme los cojones, para poder conciliar el sueño. Pero me volvía loco, y encima tenía poluciones nocturnas. Sin duda, las arpías volvían al asalto durante el sueño, y a la mañana siguiente, ante la mancha en las sábanas, Babe palidecía sin atreverse a decir nada. Lamentable.

Terminé por resolverlo con desahogos solitarios. Por regla general, me levantaba y lo hacía en el lavabo. Acababa en un santiamén. Pero a veces con eso no bastaba, y un cuarto de hora después necesitaba repetirlo.

Enseguida me enganché. Podía prolongarlo mucho tiempo, manipularme con ambas manos con el arte de una

geisha, llegar casi hasta la eyaculación y luego retrasar el momento... Al final, resultaba mejor que con Babe, con la ventaja de que así me ahorraba mendigar su cuerpo para que me lo prestara diez minutos, durante los cuales intentaba satisfacer a la señora, sin, por otro lado, agotarla... Misión Imposible.

Habría necesitado calmantes en lugar de estimulantes, pero no podía reprimir los deseos de buscar en cualquier sitio algo para excitarme más aún. Joder, era un auténtico obseso. En mi época de celibato tuve tiempo para investigar todo lo que se puede encontrar en Internet, en vídeo e incluso por teléfono, para tenerla empinada veinticuatro horas al día durante varias vidas.

Comencé a coleccionar cintas de vídeo desde mi primer matrimonio. Las veía por la noche, mientras mi mujer dormía. Ella sospechaba algo, o lo sabía todo y no se atrevía a abordar el tema (excepto con alusiones oscuras y cargadas de rencor). En cualquier caso, se volvía loca de rabia y se le desencajaba la cara. Un círculo vicioso, nunca mejor dicho, pues cuanto más enloquecía ella, más cachondo me ponía yo. Vivíamos cada uno en su refugio. Quizá debería haber tenido citas con otras mujeres, pero estaba casado y tenía mis principios. Y sigo teniéndolos. Por desgracia, ella no fue tan honesta como yo, y terminó por pedirme el divorcio. *Ah, les femmes...!*

Con Babe, decidí limitarme a la imaginación. Al menos, no corría el riesgo de que Babe me pillara. Tenía dos o tres escenarios, muy sencillos pero muy eficaces. (¡Pero qué realizador de vídeos porno habría sido!). Elegía uno, lo visualizaba y repetía toda la escena correspondiente mientras activaba la manivela, hasta la explosión del motor. ¡Joder, qué mecánica! Todo perfectamente lubricado, sin averías ni sorpresas desagradables. Sólo con pensarlo ya disfruto.

Si las mujeres funcionaran de una forma tan simple... Con ellas tengo la impresión de que el Gran Mecánico puso demasiado celo, refinamiento y sofisticación. Resultado: no sólo su mantenimiento es extremadamente complicado, sino que se producen fallos continuos en el sistema. Además,

como no poseen ningún conocimiento técnico, ni siquiera saben volver a la carretera y ponerse en marcha por sí mismas. Nosotros, los chicos, tenemos nuestro pequeño registro de imágenes, y a veces con una es suficiente para arrancar a la primera.

Ya lo sé, al parecer los hombres tienen cada vez más problemas con las mujeres. Aumenta el número de impotentes y maricones. Pero no se trata de un defecto de fabricación. No habría ninguna dificultad si ellas fueran como nosotros. (Quiero decir su psicología. No soy gay, ¿vale?).

Acceso fácil, funcionamiento simple. Es el principio del varón. Moderno, rápido, eficaz, minimizando al máximo los posibles fallos. Luego viene la mujer, con sus infinitas complicaciones, y lo fastidia todo.

Un sábado, Babe se había ido al centro comercial y yo hacía bricolaje en la bodega. Por azar me encontré con un viejo montón de revistas pornográficas escondido años atrás en el fondo de una caja. Antes de ponerlas en una gran bolsa opaca y tirarlas al contenedor del final de la calle, les di un repaso. Desplegué las páginas con aplicación. Órganos abiertos o erectos, chicas con caras de éxtasis, posiciones, orgías, mamadas, escenas lésbicas, penetraciones de todas clases, charcos de esperma que parecían leche condensada (o al revés)...

«¡Chúpamela, zorra! ¡Métemela toda por el culo! Te gusta, ¿verdad?», etc.

¿Puede uno mantenerse limpio cuando se tiene tanta suciedad en casa? ¡Joder! El mundo es asqueroso, el hombre es inmundo. No hay escapatoria. Sólo el amor podría purificarlo todo, pero ¿cómo satisfacer la propia impureza con la mujer que uno ama?

A veces me invade una gran tristeza. O más bien una amargura densa y sólida como una piedra. Y para evitar que esa losa me arrastre al abismo, lo mejor que puedo hacer es masturbarme.

De todas maneras, basta con mirar cualquier programa de televisión o abrir una revista para encontrar mujeres excitantes de senos desnudos, muslos provocadores, culos

arrogantes... Por todas partes, las llamadas al sexo son incesantes. ¿Cómo pensar en otra cosa?

Retrasar el momento, eso es lo que hacía. Porque era fácil presumir que no iba a contentarme eternamente con mi mano.

Sonaron tres breves timbrazos, seguidos de un jovial y agudo:

—¡Baaabe!

Shirley Gordon. Babe suspiró y fue a abrir la puerta.

—*Hi, Shirley!* —contestó con educación.

La vecina se presentó embutida en una bata con encajes de color rosa. «¿Dónde encontrará estas cosas?», se preguntó Babe. No había tenido tiempo de vestirse, pero ya estaba maquillada como un coche robado.

En el extremo de su pequeña mano rolliza agitaba un impreso amarillo.

—¡He cogido uno para ti! ¡Necesito salvarme, salvarme! —gorjeó.

Babe recogió el papel. Era una llamada de la Iglesia a la generosidad de los fieles. A cambio, la publicidad prometía en grandes letras rojas: «DIOS EN TU CASA».

—*Hey, Babe!* —gritó Shirley contenta, volviéndose hacia el sol, que la rodeó con un halo resplandeciente.

Deslumbrada, Babe guiñó los ojos y se quedó quieta, para demostrar que prestaba atención.

—¿Sabes lo que hace una rubia cuando el agua del baño del bebé está demasiado caliente? —Babe hizo un gesto con la mano, como si cazara una mosca, y se dio media vuelta. No había cerrado aún la puerta cuando Shirley soltó la respuesta—: ¡Se pone guantes!

Los acontecimientos de la noche pasada tardaron un tiempo en abrirse paso en mi memoria.

El tiempo necesario para recuperar mi YO.

Yo vuelve con mis recuerdos y luego se ausenta. No

consigo conservarlo, me da demasiado miedo.

Mamá me había explicado que los muertos estaban en el cielo, y por eso yo creía que papá me veía cuando me desnudaba o me aseaba. Mamá entraba en el cuarto de baño, encendía la luz y me preguntaba en un tono receloso: «Pero ¿qué haces a oscuras?». No me atrevía a confesarle que era por papá. Por nada del mundo se lo habría dicho. Intuía que se habría puesto furiosa conmigo. Contemplaba mi cuerpo, mis senos, mi vientre de muchacha, «¡Yo te hice, puedo mirarte!», como si fuera de su propiedad. ¡Qué asco! Me daban ganas de vomitar. De matarla.

Pero lo importante era no decir nada, no expresar nada, no pensar en nada. Lo contrario habría sido peor que la muerte. Una masa de vergüenza ocupaba la habitación, la llenaba hasta reventar, las paredes se agrietaban, la casa crujía y se tambaleaba. De pies a cabeza, mi cuerpo estaba relleno de carbón frío; tenía sabor a ceniza en la garganta; para sentirme limpia, habría tenido que vaciarme y quemarlo todo.

En una ciudad hay montones de sitios donde una mujer puede comprobar la corrección de su peinado y maquillaje, la caída de la falda, el contorno de su silueta, la presencia de ojeras, en resumen, el estado más o menos satisfactorio de su feminidad ambulante. Ojos de hombres y mujeres, escaparates de tiendas, espejos de aseos y probadores, retrovisor, polvera... Son muchos los jueces —unos benévolo, otros hostiles— de este ser humano condenado sin remisión a considerarse una imagen. ¡Dios mío, protége-la, su alma está inquieta y su narcisismo es contagioso, pues ahora afecta a los varones! ¡El mundo parece un laberinto de espejos ideado para volverte loco!

Babe aprendió desde la infancia a no admirarse a sí misma. Eso estaba mal y daba ideas malvadas a los demás. Muchas de sus amigas se esforzaban sin éxito por parecerse a las modelos que salían en las revistas. Sólo lograban cierto aspecto de fulanas. Era ridículo.

De todas maneras, Babe cuidaba su apariencia. Se teñía el cabello porque el rubio le daba un aire más dulce. Se ponía vestidos sedosos, en colores pastel, expresión de su inocencia. Aunque era muy golosa, cuidaba la línea, pues los michelines resultan vulgares. Como era coqueta, se miraba en todas partes, siempre sin verse. Se «percibía», lo suficiente para comprobar si la blusa estaba correctamente abotonada por abajo y desabrochada por arriba, si el pantalón no le hacía demasiado trasero y si la melena seguía bien sujeta.

Pero ese día, tras el rápido repaso en el espejo de la entrada, se sintió atrapada por el reflejo que vislumbró. Su propia imagen la contemplaba a ella, a Babe Smith, de casada Wesson. Su propia imagen clavaba los ojos negros en ella, como si fuera a recriminarle algo.

De nuevo, su reflejo la observaba...

¿Cuándo había vivido esta escena?

Algo comenzaba a abrirse paso en su pensamiento, algo nocturno, sensible y reciente. Todavía no era capaz de nombrarlo ni de definirlo, pero lo sentía cavar su galería como un topo en el interior de su cerebro. En ese momento, notó que un gran desorden entraba en su vida, y su primer efecto fue renunciar a salir, así, sobre la marcha, sin más razón que un repentino deseo de bajar al sótano.

Por teléfono explicó que tenía fiebre y que le era imposible acudir a la universidad. Ni siquiera cuando trabajó de camarera faltó un solo día. La voz le temblaba de miedo al pensar en el juicio negativo que suscitaría su acción, mientras intentaba con torpeza justificar su inusual ausencia.

Kate, la secretaria del departamento de French and Italian Literature, le respondió en un tono frío que dejaba entrever su desaprobación, e incluso su enfado. Babe farfulló algunas excusas más y colgó. Se quedó inmóvil, sentada en el salón, al borde del sofá cubierto con una tela de motivos vagamente étnicos, amerindios sin duda, mientras se preguntaba qué haría si sonaba el teléfono. Pero el aparato permaneció silencioso, y al final Babe se relajó. Volvió su rostro hacia la ventana, necesitaba que la luz penetrara en ella.

En la actualidad, no era una persona religiosa, pero de

pequeña iba a la iglesia los domingos, como todo el mundo. Calcetines blancos, lazo entre sus rizos negros, sermones, cánticos, plegarias. Dios lo veía todo y ella se mantenía vigilante porque sabía que sólo amaba a las niñas buenas. Y si Él no está contento contigo, ¿cómo pretendes que te quieran papá y mamá?

Por eso intentaba apagar la luz de sus ojos, mirar con desdén a los chicos que se le acercaban y no distraerse cuando la mandaban a rezar a su cuarto, antes de dormir. De todo aquello le quedó una aprensión instintiva hacia el Todopoderoso, que nos observa, nos juzga y nos promete continuamente el Infierno.

Sin embargo, al bajar la escalera, Babe se sentía inundada por un renovado sentimiento místico, como si Dios mismo guiara sus pasos. Él en persona habitaba en el sótano de su casa y la llamaba a su Luz, semejante a un Sol negro. Dios ya no era Su Crueldad Compasiva, sino Su Insensibilidad Absoluta, Su Revelación Intemporal e Indiferente. Allí estaba Dios, y se dirigía hacia Él sin amor ni temor, serena e imparable, con perfecto conocimiento de causa.

Los recuerdos de la noche anterior volvieron a su memoria, pero sin suscitar en ella pensamientos negativos, más bien al contrario. Lo que Bobby había hecho en el sótano se le representaba ahora en toda su dimensión magnífica y trágica. Bobby se levantaba de madrugada para sodomizar a la Muerte personificada. Lo hacía para protegerlos a ambos, a Babe y a él; abatía a la Muerte con los disparos de su pistola. Era un sacrificio espléndido y sabía que eso cambiaría su Vida. Ahora comprendía Por Qué había vivido hasta entonces: para Aquello que iba a sucederle a partir de ese Presente, un presente que no se acabaría nunca.

Babe baja a la bodega en una barca centelleante. Navega contra la corriente del río, pero esa contracorriente la lleva hacia delante y, cuando alcance las cataratas, en lugar de naufragar, éstas se convertirán para ella en duchas y chorros blancos.

El vello «al natural» le da un aire salvaje, más auténtico que el pubis depilado de las mujeres de hoy en día. Sólo con pensar en su hermosa mata de vello negro se me pone tiesa.

Si quisiera, tendría a todas las mujeres que se me antojaran. En el Road Forks Garage no me faltan oportunidades. Se diría que la idea de adquirir un coche les excita. Tal vez les pase eso cuando van de compras, incluso aunque no comprenden nada. En la actualidad, las mujeres están más salidas que los hombres. Es un misterio que no bajemos todos a los centros comerciales, las calles y las plazas para follar unos con otros y revolcarnos en una megaorgía permanente.

Quizá la gente nunca haya gozado tanto como ahora. Se hartan de películas pornográficas, de artilugios eróticos. Cuando las mujeres se desnudan, parecen putas, y chupan pollas de un modo mecánico, como si se pintaran los labios. Pero parece que nos enfurece no practicarlo aún más. Sexo, sexo, sexo. Nos vuelve locos.

¿Hay quien piense en otra cosa?

Las mujeres piensan en los hijos, los hombres también. Queremos tener niños como los críos quieren juguetes. Todo el mundo desea tener pequeños en casa, por el calor humano, por el miedo a la muerte y todo eso, pero ¿qué pasa con ellos? Cuando llegan a adultos, ¿quiénes están a gusto con sus viejos, con su familia? Cuando hablan de sus padres, el horror se refleja en sus ojos. Cada vez que la madre les llama por teléfono, se les transforma la cara de la angustia, como si les entregaran atados de pies y manos a una banda de torturadores. Los chicos las pasan canutas. *Home sweet home* es incluso una perversión sexual, la necesidad de gozar... La promiscuidad... Una vez vi un reportaje en la tele sobre los

nudos de ratas. Se revuelven en un rincón, unas sobre otras, hasta que se les enredan las colas y no pueden desatarse. Cada una tira por su lado, pero en medio está ese nudo asqueroso y no hay nada que hacer. Al final estalla. Joder, es vomitivo.

La Familia es, en definitiva, la frustración número uno para los adultos y escuela de tortura para los chavales. Es mi opinión.

Si hubiera tenido otros padres...

A Babe y a mí nos hubiera gustado mucho tener hijos, como a todo el mundo, pero en diez años ha tenido tres abortos, y punto. Y a nos hemos hecho a la idea.

Por mi parte, mi coche era todo lo que necesitaba y no hacía daño a nadie.

Quiero a mi mujer aunque hagamos poco el amor. Quiero a mi hijo aunque no le vea a menudo. Me gusta mi casa, mi coche y mis discos de Elvis Presley. En una ocasión, Babe me soltó que yo era un imbécil, pero eso es ficción, cine romántico para mujeres. Ellas sueñan con un aventurero, a pesar de que no podrían soportarlo. En realidad, desean un tipo como yo, que esté ahí, pase lo que pase.

Dick, mi compañero, sólo piensa en echarse encima de todo lo que tenga un agujero entre las piernas. Pero las mujeres le rehuyen por su cara de rata. Ellas se quedan colgadas conmigo, sobre todo las maduritas, que son las más ansiosas y frustradas. Estoy obligado a darles esperanzas para que se conviertan en clientas o para conservarlas. Las pongo en jaque, les hablo a los ojos, las veo perder la compostura y, cuando percibo que se dejarían ensartar allí mismo, como perras, tomo mis distancias, muy profesional. Es como darles una bofetada, ya no saben qué hacer. Es preciso mostrarse frío un instante y luego volver a empezar. Les encantan los tormentos, el melodrama, forjarse ilusiones, que las hagan sufrir... Ni siquiera pueden contenerse delante de su marido. Algo las corroe, quieren disfrutar antes de no ser ya deseables, tienen pánico. En su estado, cualquier tipo un poco seductor podría hacer lo que quisiera. Al final, Cara de Rata consigue tirarse a la mitad porque yo me contento con

venderles el coche e ir a masturbarme al váter después de dejarlas derretidas.

¡Las muy zorras!

Además, de nada sirve comerse el coco con las mujeres. Nunca funciona ni funcionará. En realidad, no nos quieren. Nos amarían si nos pareciésemos a ellas, así es la cosa. Les interesa solamente nuestro pene y no estarán contentas hasta que nos lo corten. Para no dejarnos dominar, deberíamos quedarnos solos, lo más solos posible. Los padres, jefes, esposas, hijos, vecinos, políticos..., la pasta, el curro, la tele, la ley... ¡Joder! Todo se nos echa encima para desplumarnos vivos.

Carmen es la única que me lo da todo sin pedirme nada. Es la herramienta perfecta. Y, además, amable. *Is your cock hard now?*, parece decirme con su boquita rosa. Es la más guapa, y me la tiro siempre que quiero. Cuando me viene en gana, como viene en gana, basta con abrir el maletero.

Pedí un día libre en el trabajo para traerla. Al comentarle que tenía que rodear la casa para entrar directamente por el garaje, tuve una sensación curiosa. No había otra manera, a causa de la vecina, pero introducirla así, por detrás... Era como sodomizar mi propia casa, *my sweet home*.

Bajé la persiana metálica y me encerré con ella. Yo tenía ya los calzoncillos mojados, y Carmen estaba dispuesta a ofrecerse.

En ropa interior roja, era una maravilla. Se le transparentaban los pezones y el vello del pubis a través del tejido, tan fino como una tela de araña. Cabellos largos y negros, boca carnosa, ojos grandes y quietos. Empecé a acariciarla. Su piel era fresca y dulce, su carne suave, firme, prieta.

La tumbé sobre el capó del Cadillac. Mis dos tesoros. Desabroché el sostén, deslicé las bragas entre sus piernas, le separé los muslos. Su coño, su vello tupido... Me bajé el pantalón, los tenía tan llenos que me dolían. Joder, ¡qué buena estaba!

Lo hicimos una vez más y luego me puse a ordenar el garaje. Instalé a Carmen en su escondite, que le pareció muy

divertido. Era demasiado buena, demasiado fácil. Aún hoy, después de veinte días, sigue siendo lo mejor que he conocido. A veces pienso que, si Babe no la hubiera descubierto, Carmen habría tenido el placer asegurado de por vida y con toda tranquilidad.

Destrocé la caja con el hacha, metí los pedazos de madera y poliestireno en una bolsa y los eché al contenedor del final de la calle.

Antes de que regresara Babe, tuve tiempo de tirarme a Carmen otra vez. Basta con meter la polla en cualquiera de sus agujeros. Al aspirar como una ventosa, te la pone dura en unos segundos. Para ser sinceros, no es comparable a ninguna de las mujeres con las que me he acostado. Cuando se ha probado a Carmen, créanme, las demás parecen mucho menos apetitosas.

Yo le hablo, le susurro al oído, pronuncio para ella verbos, frases absurdas, sensatas, secretas, palabras como ladrillos, frases como muros, todo para impedir que el Lobo entre en casa.

(De pequeña, Babe solía ver la película de *Los tres cerditos*, de Walt Disney. El lobo tenía los rasgos característicos de un judío. Por supuesto, ella no era consciente y por eso no tenía ninguna importancia. Sin duda, nada tiene importancia cuando la gente no es consciente de lo que representan las imágenes).

Todo estaba en orden en el sótano. Ni una mancha en la pintura rosa del Cadillac. Si la chica hubiera salido de la casa, viva o muerta, Babe lo habría oído. Mientras esperaba a Bobby, escuchó con atención, y también tras su vuelta a la cama. No se le habría escapado el más mínimo ruido de la puerta de entrada. Y la persiana metálica era tan escandalosa que quedaba descartada.

No había más salidas, pero la muchacha tampoco se hallaba allí. A no ser que estuviera escondida en la casa... Babe lo deseó con intensidad y sintió un pellizco en el estómago, como cuando, al ir a algún lugar, esperamos encontrarnos a alguien de quien estamos secretamente enamorados.

Babe se tumbó sobre el capó del coche, con las piernas y los brazos separados, y la boca abierta en forma de o. Fijó su mirada en la bombilla del techo y, cuando se metió por completo en su papel, dirigió los ojos hacia la claraboya. Lo que primero se veía era la suciedad del cristal. Detrás se percibía el verde claro del césped y el oscuro del matorral.

El verde oscuro del matorral.

Oscuro y tupido como el coño de esa mujer.

En circunstancias normales, me habría visto, no cabe duda, pensó Babe.

Se puso boca abajo, con los miembros extendidos. Se incorporó, se bajó el pantalón y las bragas e intentó imitar la postura, pero ahora, con la ropa en los tobillos, no podía abrir bien las piernas. No obstante necesitaba a toda costa saber lo que había sentido esa chica.

Entonces se quitó los zapatos, los calcetines, el pantalón y las bragas. Se levantó la blusa y miró su triángulo negro, depilado por la «línea del biquini» para evitar un desbordamiento salvaje. Se pasó los dedos entre los pelos aplastados para devolverles su volumen natural. El dedo corazón rozó el clítoris, pero resistió la tentación. No quería desviarse de su objetivo: comprender.

Examinó una vez más el chasis del Cadillac. La carrocería estaba lisa, reluciente. Recordó la pistola. «Siempre estoy pensando en Bobby», se dijo. Pero en ese momento, sobre el capó, sólo veía ese paquete de carne que a Bobby le colgaba de la ingle. Y lo veía allí, como si no estuviera conectado a Bobby, sino colocado sobre el coche, al igual que una enorme joya en una vitrina.

Sí, de eso se trataba, no era una pistola sino una joya. Una alhaja que cobraba vida sobre, dentro y alrededor de los orificios de la Otra. Una gema extraña, un animal salvaje y primitivo que reptaba hacia lo cálido y húmedo, hacia la oscuridad y los agujeros. Una bestia que salía del pantalón sin ruido, sin prisa, con toda la violencia de su idea fija, su olor almizclado, su cabeza exploradora y su pupila húmeda.

Estaba ante Algo auténtico, una verdad proclamada, mientras que Bobby sólo era mentira, invención y apariencia. Bobby, con sus fantasmas (reales para él) y sus fantasías congénitas, Bobby, que siempre le ocultaba cosas. Sí, ese cabrón de mierda que siempre le ocultaba cosas.

Su engaño, su falsedad, provocaban oscuridad y muerte en su interior, la convertían en un bloque sin vida.

Se desnudó del todo y de nuevo aplastó su vientre, senos y

mejilla derecha contra la carrocería. Su sexo pesaba como un yunque donde un herrero martilleara una gran pieza de acero al rojo vivo.

Se levantó al fin. La ropa estaba amontonada en el suelo. No tenía ganas de ponérsela. Después de todo, estaba sola. Y si había otra mujer en la casa, no se ofendería por su aspecto.

Subió la escalera con la indumentaria más simple del mundo y comenzó a examinar cada estancia. La casa no era grande, no tardó mucho en recorrerla. Allí no había nadie. Incluso ella, al trasladarse de una habitación a otra tal como vino al mundo, parecía un espíritu. Al final su cuerpo ocupó todo el espacio y el edificio tomó la consistencia de un castillo de naipes que podía desplomarse en cualquier momento. Empezó a sentir deseos de estar con alguien.

Babe, la sonámbula gigante. La inmensidad de su cuerpo gravitaba en su vientre, se concentraba en su sexo... Así le resultaba difícil caminar. Hilos invisibles la atraían despacio pero con firmeza hacia la puerta de cristales del salón, que daba directamente al porche y a la calle. Desde la calle, tras las cortinas, cualquiera podría entrever su silueta. Si las descorría, cualquiera que pasara asistiría al espectáculo de su desnudez.

Se acercó más aún, hasta frotar su pubis contra el marco de madera. Antes de separar los visillos, se le ocurrió acariciarse los pezones para ponerlos turgentes, pero se dio cuenta de que era innecesario: ya estaban tan tensos como perros de caza en alerta. Audaz, los pegó a los cristales y no se movió.

La calle estaba desierta. A Bobby y a ella les había costado mucho dinero conseguir esa casa en un tranquilo barrio residencial; no lo lamentaba.

Un chico obeso pedaleaba con dificultad sobre una bicicleta flamante. Era Jimmy, el hijo de los vecinos. Babe se escondió enseguida detrás de las cortinas, en una inútil maniobra de retroceso: el chaval, inclinado sobre el manillar, los rollizos mofletes enrojecidos por el esfuerzo, miraba hacia

delante. No se molestaba en mover la cabeza a derecha e izquierda, pues sabía que no había nada interesante a lo largo de esas monótonas avenidas. La semana anterior, Shirley Gordon le contó que el médico había aconsejado que Jimmy fuera al colegio en bicicleta para adelgazar un poco.

«Deberías ceparle menos», pensó Babe con asco. «¡Esta Shirley! Siempre detrás de las ventanas o en el porche para espiarnos, asaltarnos y obligarnos a charlar. Eso sin contar sus bromas insoportables. ¡Es una tarada! ¡Menuda imbécil! Y tan mimosa con Bobby... Parece haberse olvidado de mirarse al espejo y verse tal cual es: horrorosa con esos pelos teñidos de negro que la envejecen, esos escotes abiertos para mostrar sus grandes tetas flácidas, ese culo celulítico y el maquillaje ridículo».

Babe se estaba imaginando cómo mataba y machacaba a Shirley Gordon a bofetadas, puñetazos, rodillazos y patadas en su sucia cara de gilipollas, cuando oyó aproximarse un coche. Con un gesto rápido y seco, descorrió las cortinas para mostrar su cuerpo, desnudo y doliente a causa de un deseo y una decepción desmedidos. Casi con seguridad esta vez tampoco se volverían a mirarla. Sin embargo esperó.

La punta de sus senos rozaba el cristal. Esta diminuta sensación provocaba en su pecho ondas con céntricas que comunicaban directamente con su bajo vientre, donde se transformaban en una bola de acero candente.

El coche llegó y pasó, sin prisa. Babe distinguió con claridad a una pareja de unos cuarenta años en los asientos delanteros. Un hombre y una mujer corpulentos, desconocidos. Miraban hacia delante, como Jimmy en su bicicleta.

No se hablaban ni se movían. El coche avanzaba al ralentí, pero los ocupantes permanecían inmóviles. El Ford parecía tener más vida que ellos. Eran como dos objetos encastrados en los asientos que el vehículo debía entregar en alguna parte. Babe los perdió de vista sin que en sus anchos rostros apareciera la menor expresión de interés por el entorno.

Esta visión deprimente al menos sirvió para iluminarla: ¡la

chica seguía en la casa! Bobby la había escondido sin más en el maletero del Cadillac. ¿Cómo no lo comprendió cuando se dio cuenta de que el coche estaba cerrado con llave?

Le llevó un tiempo encontrar el llavero de Bobby. Por supuesto, no estaba en la entrada, con las demás llaves. Sin duda lo tendría con él, pero, aun así, Babe se puso a rebuscar entre sus cosas.

No halló nada en el armario de su habitación, bajo las pilas de calcetines, calzoncillos, camisetas o jerséis, ni en los bolsillos externos o internos de los pantalones, camisas, chaquetas, cazadoras y abrigos colgados en las perchas. Nada tampoco en el cajón de la mesilla de noche, excepto la vieja Biblia de bolsillo, unas gafas de sol y un paquete de pañuelos de papel.

Ni rastro en los cajones del buró ni en el resto del despacho, entre los CD del ordenador y los libros de cubiertas chillonas alineados en la librería. Búsqueda infructuosa también en el salón, entre los discos y casetes, y debajo de los cojines del sofá y de los sillones.

¿Tal vez en la habitación de invitados, donde nunca dormía nadie, ni siquiera Tommy, el hijo de Bobby, para quien estaba reservada? Nada de nada. Como estaba en el primer piso, examinó el cuarto de baño. En vano.

De la planta baja le faltaba la cocina. Ninguna alacena guardaba nada parecido a una llave. Tampoco el gran frigorífico, que Babe examinó con minucia sin experimentar, por una vez, repentina sensación de hambre.

Debería haber pensado antes en el sótano. Bajó para subir tres horas después. Ya era media tarde, y aún no lo había encontrado. Bobby no tardaría en llegar. ¿Qué pensaría al ver que no había ido a trabajar? Se acordó de sus pasos lentos y pesados en la escalera, cuando volvió al dormitorio la noche anterior. Tenía que vestirse sin demora. Sus pasos lentos y pesados... como el ogro calzado con botas de gigante.

Cuando Bobby regresó a casa, dos horas y media después, encontró a Babe y a Carmen acostadas sobre el suelo del

sótano, envueltas en la tela india que cubría de ordinario el sofá del salón. Su mujer se despertó, lo vio, petrificado, y sonrió. Estaba desnuda como Carmen, a quien abrazaba. Comenzó a hacerle carantoñas mientras miraba a su marido. Le brillaban los ojos.

El maletero del Cadillac estaba abierto. ¡Y Bobby que pensaba que sus botas de goma eran un buen escondite para las llaves!...

El día en que Bobby Wesson encontró a su mujer, Babe, y a su amante, Carmen, enroscadas sobre una tela en el suelo del garaje, por fin había dejado de llover. Durante casi un mes había llovido sin cesar. Las pantallas de televisión se habían convertido en un torrente de imágenes de ríos desbordados, crecidas y poblaciones siniestradas. Por ello, en esta primera jornada de claro sol primaveral, una nueva inquietud asaltaba el ánimo de la audiencia: ¿qué sustituiría en los informativos a este sensacional maná para poder seguir combatiendo el Aburrimiento, enemigo número uno del mundo moderno?

Para Bobby, aquél había sido un buen día: la venta del viejo Plymouth estaba cerrada. Dicha operación suscitó en él sensaciones antagónicas; por un lado, la impresión de perder a su madre de nuevo; por otro, la satisfacción de cobrar una comisión que le ayudaría a pagar sus dos últimos juguetes, el Cadillac y Carmen, con los que cada noche haría realidad sus más hermosos sueños.

En el Road Forks Garage sólo se vendían coches de ocasión. Algunos eran lo bastante antiguos como para ser considerados objetos de coleccionista y poseían un gran valor añadido. Joey, el dueño, se encargaba de comprarlos. Convencía al particular interesado en deshacerse del vehículo de que se trataba de una antigualla peligrosa, casi inservible, y le pagaba una miseria. Luego, tras pasar por las manos de Dick, lo revendía con pingües beneficios.

Bobby también tenía dotes de mecánico y, cuando disponía de un hueco entre dos clientes, le encantaba ponerlas en práctica; le daba su opinión a Dick e incluso le echaba una mano. La verdad es que Joey era experto en explotar al máximo las posibilidades de cada empleado. Su

talento tenía un nombre: rentabilidad.

En cualquier caso, Bobby había encontrado una especie de paz interior en ese empleo. De vez en cuando le gustaba meter la nariz en un motor y, sobre todo, limpiar, bruñir, sacar brillo a la chapa y a los cromados ultrajados por el paso de los años y, por eso mismo, conmovedores. En su casa, durante el fin de semana, podía entregarse a su pasión: tumbarse bajo el coche, arrancarle sus secretos, manipular las piezas grasientas con la pericia y habilidad adecuadas, poner el motor en marcha y escuchar su ronroneo, ver relucir la carrocería bajo el ir y venir de la gamuza. Mediante estos actos, se sentía muy cercano a su querido objeto y experimentaba el goce de un erotismo idílico.

En realidad, no era más que un ejercicio del deseo, practicado los días de trabajo bajo otra apariencia: el contacto con los clientes. Esta forma constituía la apoteosis y la exasperación de ese erotismo, pues se trataba de desplegar su poder de seducción, de venderse junto con el vehículo.

Cuando cerraba una venta, le quedaba un intenso sentimiento ambivalente de satisfacción e insatisfacción, como el de una prostituta tras un servicio. Era una mezcla de alivio y frustración que le obligaba a encerrarse unos minutos en el aseo para celebrar y rematar la faena. Allí, se desabrochaba el pantalón, siempre bien planchado, y se tranquilizaba tras una buena eyaculación.

Aquella tarde, al volver del trabajo, Bobby tenía todo el derecho a sentirse feliz. Había ganado dinero, había gozado y ahora encontraba su casa aureolada por el sol de poniente. Y, en su preciosa casa, le esperaban su dulce esposa y su explosiva amante escondida en el sótano. Aparcó el Chrysler detrás del Ford de Babe. Al cerrar la puerta del coche, sintió una leve erección.

«Esta noche», se dijo, «llevo a Babe a cenar al Kentucky Fried Chicken del centro comercial. Luego nos acostaremos a ver la tele y, si hacemos el amor, tal vez pase de Carmen por hoy. O mejor, me las tiraré a las dos», rectificó mientras sopesaba su entrepierna y advertía cómo su sexo reaccionaba al pensar en Carmen. «Una tras otra».

Supuso que después de la cena, Babe estaría de buen humor. Miró hacia la ventana del salón y le decepcionó un poco no divisar el rostro de Babe. (Por lo general, cuando oía el coche, corría la cortina para verle llegar y luego iba a abrir la puerta).

—*Hi, Bobby!* —exclamó la voz aguda y gangosa de Shirley.

Volvió la cabeza hacia la casa de la vecina, se detuvo, sonrió y respondió:

—*Hi, Shirley!*

La vecina estaba en el extremo de su porche, en equilibrio inestable sobre sus chinelas de tacón, cuajadas de lentejuelas multicolores que parecían lanzar llamadas desesperadas a todos los rincones del horizonte, como si la mujer tuviera conciencia de que su carne estaba en peligro y lo comunicara con estas señales luminosas e intermitentes desde la base de su ser. Shirley abrazaba y acariciaba el poste de madera con su mano lasciva, y, como una mariposa monstruosa, iba ceñida con un conjunto de camiseta y pantalón corto de algodón ocelado. Sus formas y protuberancias se desbordaban por todas partes. Su media melena negra y levitante rodeaba su cara de cerda.

«Sin duda las morenas son las mejores», se dijo Bobby pensando en Carmen, y reanudó la marcha hacia su casa. «El viejo Stan no debe de aburrirse con Shirley; pero parece que a ella no le basta».

Se imaginó a la vecina en cueros, en posturas obscenas. Estaba seguro de que llevaba medias y ligero. Bobby tenía ojo para eso. Lo reconocía por las arrugas que se formaban en los tobillos. Con pantis o medias con elástico eso no pasaba. Seguro que también se ponía braguitas apetitosas en su culo rollizo..., o tal vez iría sin ellas...

Gorda y guarra, Bobby no se habría resistido... si no se hubiera tratado de la vecina. Con ella ni siquiera tendría la sensación de engañar a Babe. Más que una mujer, era una cosa, un concepto, la esencia misma del agujero disimulado en un montón de carne rayana en la obesidad. Además, la vida de Shirley era tan aburrida como la de un vegetal.

Bobby se preguntó si se la tiraban otros vecinos. Al permanecer el día entero sola, a la espera de su hijo y de su marido, debía de pasar horas tumbada en el sofá, hinchándose a series estúpidas o viendo vídeos porno mientras se metía todo tipo de cosas por todas las bocas.

«Después del restaurante, Babe no podrá rechazarme», pensó, pues, en un arrebato de sentimentalismo — proporcional a la resistencia que había opuesto una vez más a la tentadora Shirley—, se sintió muy enamorado de su mujer. «Es preciso que la tenga dura cuando me desvista. Al verme avanzar hacia la cama con el calzoncillo deformado, lo comprenderá. Quizás hasta le entren ganas. ¡Esta noche, *my Babe*, la vamos a armar!».

Joder, la vida era bella. La hierba crecía, los árboles tenían brotes nuevos, las flores salían por doquier, el aire olía bien, la naturaleza entera despedía olor a sexo, a vagina grande, abierta, cálida, reluciente. Y mañana sábado se quedaría en casa tranquilamente y cortaría el césped.

Babe posó sus labios en los de Carmen. Bobby vio cómo éstos se abrían y cómo la lengua de Babe penetraba en la boca de Carmen. Después, Babe exhaló un gemido de ave rapaz, un sonido que Bobby jamás había escuchado de un ser humano. Su mujer besaba a Carmen con una languidez desconocida para él. Con los ojos cerrados, le lamía los labios y emitía esos suspiros extraños. Luego sostuvo la cabeza de Carmen con las manos y se hundió en ella con una avidez inaudita, mientras movía lascivamente las caderas bajo el cobertor.

Al principio Bobby quiso huir, cual culpable descubierto, pero ahora vivía instantes de una perversidad y autenticidad demasiado excepcionales para renunciar a ellos. Las consecuencias, el futuro, no existían, el pudor y la incomodidad tampoco. Sólo contaba el momento presente, estirado al máximo como una goma elástica entre dos galaxias. Minuto precioso, insostenible, inconfesable: ese cuerpo fantasmal, sacado de repente del lugar secreto donde estaba oculto, procuraba el goce de lo vergonzoso y lo prohibido.

Bobby se acercó a la pareja. Envueltas en el tejido de motivos étnicos, parecían un tótem de dos cabezas. Levantó con delicadeza el paño que cubría los cuerpos y vio a Babe y Carmen desnudas, las piernas entrelazadas, pubis contra pubis, senos contra senos.

—¿Nos vas a dejar así? —preguntó Babe con una voccecita suplicante—. ¡Toca! Nuestra amiga tiene frío. Tenemos que meterla en nuestra cama.

—*Her name is Doll* —dijo Bobby—, *Carmen Doll*. Estoy encantado de que te guste.

Deshizo el nudo de su corbata turquesa, hundió la cabeza

entre los hombros, se cubrió la frente con las manos y se echó a llorar.

Lágrimas..., corrían lágrimas por las mejillas de Bobby. ¡Era tan hermoso! A Babe le entraron ganas de lamerlas, y luego de hacerle daño, para que llorara aún más, y, después, de hacerle disfrutar. Nunca antes había sentido algo así. Ese deseo de causar a la vez sufrimiento y goce se propagaba por sus miembros como un veneno delicioso y espeso.

Antes, el placer de su marido le parecía un fenómeno mecánico, un poco asqueroso pero ajeno, sin relación con ella ni con sus propias sensaciones. Ahora ese llanto surgía de las profundidades de una antigua herida para limpiarla y cicatrizarla. No sabía cómo, pero ese llanto estaba hecho de la misma sustancia que su semen y debía dejarlos correr a ambos, esperma y lágrimas. En eso consistía el *súmmum* de su placer de mujer, en eso la raíz de su debilidad de hombre, en esas efusiones, derramamientos, abandonos. Aquí se manifestaba su omnipotencia (la de ella) y su rendición (la de él). Así lo quería, lo querían las dos, Carmen y Babe: querían un Bobby a punto de perderse.

Les llevó mucho tiempo y esfuerzo trasladar a Carmen desde el sótano al primer piso. Babe la sostenía por los tobillos mientras Bobby subía las escaleras de espaldas, con los brazos en las axilas de la bella durmiente y las manos bajo su pecho. La inercia y la fragilidad del cuerpo lo hacían muy pesado. Tenían la impresión de que el menor rasguño podía extenderse, correr por su piel, provocar en un momento una grieta generalizada... y entonces Carmen se desmoronaría como la casa Usher de Edgar Allan Poe.

Por este motivo tuvieron mucho cuidado de que su tesoro no rozara con las aristas de los peldaños. Babe, entre las piernas de Carmen, parecía empujar una carretilla. Su marido, con paso lento y tambaleante, con el peso ante su cuerpo, el rostro cansado y grave y las manos cruzadas bajo los senos de Carmen, que caían pesadamente sobre sus muñecas, parecía una mujer embarazada hasta el cuello.

En la planta baja se permitieron un descanso y depositaron a la chica en el suelo con suma delicadeza. Durante unos segundos mantuvieron los ojos fijos en ella. En realidad, era una forma de cerrarlos, de evitar mirarse el uno al otro y también al interior de sí mismos.

Carmen reinaba en medio del lecho conyugal, desnuda, cómodamente recostada en las almohadas de color rosa. A cada lado, arrodillados, Babe y Bobby, con una borla en la mano y mucha ternura, impregnaban su cuerpo de talco. Carmen, con los labios entreabiertos, esbozaba una sonrisa. Babe la había peinado y las puntas de sus trenzas negras acariciaban sus pezones. Parecía una niña pequeña o una india.

Babe se había puesto una bata de satén color ciruela. Bobby se había quitado la chaqueta de su traje azul marino. A pesar del desodorante con que éste se embadurnaba las axilas cada mañana, grandes manchas aureolaban las sisas de su camisa azul cielo.

—Yo me ocupo de ella, cariño —le dijo Babe—, tú ve a ducharte, ¿vale?

Eficaz durante cuarenta y ocho horas, rezaba la publicidad, y en el anuncio del desodorante se veía a un aventurero realizar todo tipo de proezas antes de abrazar, tan fresco como un chicle de menta, a una muñeca enamorada, cuyas fosas nasales se agitaban justo a la altura de sus glándulas sudoríparas.

Bobby vio a Babe concentrada por completo en Carmen. Ésta carecía de olores corporales. Sintió una especie de vértigo, como cuando soñamos que caemos de repente en el vacío y nos despierta la sensación de la caída. Babe manipulaba a su amante con una devoción desconocida. Le ponía talco en todos los pliegues de la piel como si fuera un bebé.

Bobby salió de la habitación sin decir una palabra. Su mujer ni siquiera pareció darse cuenta.

Levantó la tapa del inodoro, se bajó la bragueta y orinó. El sonido borboteó en la casa con la intensidad de una catarata.

Al pasar por delante de la puerta del dormitorio, advirtió que su mujer la había cerrado. Dudó un momento, pero al final decidió abrirla como si no pasara nada, con la excusa de haberse olvidado de coger ropa limpia. Sin hacer ruido, dio un paso atrás para darse un impulso más natural, fue derecho a la puerta y puso la mano en el tirador.

Se había encerrado con llave.

—¡Babe! ¿Puedes abrirme, *darling*? Tengo que coger los calcetines.

—Oh, espera un momento, por favor. Estamos descansando un poco.

Tenía una voz tan extraña que Bobby estuvo a punto de creer que quien contestaba era Carmen.

—¿Va todo bien, Babe?

—Sí, sí, pero déjanos, te lo ruego. Sólo cinco minutos.

Bobby entró en el cuarto de baño, arrojó con fuerza la ropa sucia en el cesto de plástico y tiró el pantalón de su traje al suelo en lugar de colocarlo en el respaldo de la silla, como de costumbre. Luego corrió tras él la mampara de la ducha.

Cualquiera que se encontrara allí en ese momento habría constatado, a través del vapor y del cristal esmerilado de la cabina, que Bobby Wesson dedicaba un tiempo a todas luces exagerado a lavarse, enjuagarse y volverse a lavar, todo ello sin consideración alguna hacia el agujero de la capa de ozono y los demás problemas ecológicos derivados de un consumo excesivo de agua, en particular de agua caliente. Pero lo que Bobby quería era precisamente limpiarse hasta el tuétano de los huesos, o mejor dicho, desincrustar toda la mugre de su cerebro y, por qué no, perder la memoria.

Una... Dos... Tres... Cuatro... Cinco... Seis... Siete... Ocho... Cada oleada era intensa, profunda, lenta. Y a cada oleada notaba que la carne de su vagina se contraía y apretaba igual que un torno sus dos dedos, y, tras los espasmos como de condenado en su silla eléctrica, se sentía triunfante, maravillada por su hazaña. Hasta ahora nunca había experimentado placeres con ese resultado, ni sola ni acompañada.

Al otro lado de la pared corría el agua de la ducha, interminable. Ese ruido la acunaba, para ella era el mejor del mundo. «*O God, O God*, haz que esto no se acabe nunca», rogaba confusamente Babe, inmersa en sus éxtasis, mientras miraba con una sonrisa embobada el cuerpo desnudo de la mujer acostada a su lado.

Luego el agua dejó de caer y Babe se incorporó. Se inclinó sobre Carmen, le susurró unas palabras mientras le acariciaba la frente y el pelo, depositó un beso en sus labios y se dirigió hacia el armario.

—Dios nos la ha enviado —dijo cuando Bobby apareció en el marco de la puerta, envuelto en su albornoz blanco.

La noche era oscura; corrientes suspendidas y venas subterráneas la recorrían. Recostada de lado, en posición fetal, con el pulgar en la boca y los cabellos sueltos, Carmen dormía. Babe la había colocado así, en medio de la cama, tras ponerle un camisón de manga larga de algodón con florecitas. El brazo derecho, por encima del edredón, formaba un ángulo agudo natural y sobrecogedor entre el hombro y la boca, en la que tenía metido el pulgar.

—A *ti* me ha enviado Dios —replicó Bobby.

—No, no. Quiero decir que Dios *nos* la ha enviado. ¿Entiendes?

—Sólo entiendo que te quiero. Y te deseo...

Babe lo vio venir hacia ella con los ojos brillantes y aspecto decidido. Su sexo en erección (cuya cabeza, circuncidada, como la de todo buen estadounidense, no tardaría en aparecer) se abría camino entre el albornoz.

—Espera —dijo ella mientras lo esquivaba—, déjala descansar un poco. ¡Pobrecilla, mira cómo duerme! Tengo hambre, ¿vienes a tomar algo? —añadió cuando estuvo a un paso de la escalera.

—Así es perfecto. Yo tampoco tengo ganas de cocinar —dijo Bobby cuando se tomaron sus rituales cápsulas de ajo en beneficio de su salud—. ¿Un poco de mermelada sobre la mantequilla de cacahuete?

Babe contempló con aire pensativo su gran rebanada de pan de molde, como si se imaginara el resultado, y exclamó:

—¡Qué buena idea, Bobby! Nunca se me hubiera ocurrido.

—También puedes ponerle pasas...

—¡Sí, sí, y chocolate! —exclamó ella mientras se le hacía la boca agua. Y empujó febrilmente la silla de la cocina para saquear el frigorífico y los armarios.

—¿De verdad lo vas a hacer? —preguntó Bobby alarmado al verla regresar con los brazos cargados de diversos y peligrosos cócteles de glúcidos y ácidos grasos saturados—. Sólo era una broma. Salió el otro día en un episodio de Colombo, ¿no te acuerdas? El toque de mermelada sobre la mantequilla de cacahuete... ¿Ya estabas dormida?

—Sea lo que sea, cariño, me gusta mucho la idea.

Con una gran sonrisa y los ojos desencajados de excitación, Babe colocaba gruesas onzas de chocolate con leche sobre el montón de pasas doradas gigantes que nadaban en la confitura de arándanos generosamente extendida encima de la capa de mantequilla de cacahuete con la que al principio había untado su rebanada hecha de harina, materias grasas y conservantes, una rebanada blanca, blanda y cuadrada como una gran compresa de gasa esterilizada.

—Lo que quiero decir es... ¿Te lo vas a comer?

—Hummm... —apenas articuló, con la boca repleta por dentro y embadurnada por fuera.

—¿Ya no te preocupas por la línea? ¡Buena noticia! —dijo Bobby, aunque parecía pensar todo lo contrario.

—Siempre has fantaseado con las gordas, ¿no? Con Shirley, por ejemplo... —Según hablaba, perdigones multicolores saltaban alegremente entre sus labios—. Además, ahora no necesitas dos mujeres delgadas en casa... Pásame otra cerveza, *please*.

—¿Qué Shirley? —musitó Bobby, como para sí mismo.

Pasó su mano por debajo de la mesa, la puso en el muslo de su mujer y subió por su cara interior...

Con los dedos pringados de chocolate, Babe se recreaba en su sándwich monstruoso sin reaccionar, como si estuviera cortada en dos por el estómago y sólo sobreviviera la parte superior de su cuerpo. La mano de Bobby seguía avanzando. Los muslos ya estaban separados. Desde que había empezado a comer, la actitud de ella era de total descuido: la espalda encorvada, la cara y las manos pringosas, la bata color ciruela cada vez más manchada y abierta de manera desvergonzada a la altura de sus senos desnudos...

—¿No tienes hambre? —terminó por mascullar cuando los dedos de su marido exploraban una selva virgen en plena estación de las lluvias.

Y sin dejar de masticar, comenzó a proferir «jah!, jah!», sofocados, con los ojos en blanco, como una loca.

Cuando llegaron a la habitación, con el estómago lleno, Bobby se asustó al ver a Carmen en medio de la cama, acostada en la misma posición, acurrucada, pero *del otro lado*. Se volvió hacia Babe que, parada en el umbral de la puerta, la admiraba con aire enternecido.

De nuevo miró a Carmen. La habían dejado tapada con el edredón; sin embargo ahora el camisón estaba desabrochado y enseñaba uno de sus pechos.

Babe no se había movido de la cocina. Bobby guardó silencio. Sin duda estaba un poco nervioso, y lo cierto era que

aún no se había acostado con su mujer. Creía haberle dado placer con sus dedos, pero, como Babe no había dejado de comer, sin al parecer darse cuenta de lo que él le hacía, Bobby ya no estaba seguro de nada. Y cuando pretendió ir más lejos, ella se había cerrado en banda. Ahora no sabía cómo comportarse.

Comenzó a llover de nuevo. «Nunca parará», pensó Babe. Y esta idea la inundaba de paz. La lluvia resonaba en la noche que envolvía la casa. Era como si la naturaleza entera acunara a Babe y Bobby, acostados con el placer personificado, con esa Carmen depositada por Dios en el centro de su cama *queen size*.

Babe había cerrado todo tan bien que la oscuridad de la habitación era absoluta, un bloque de tinieblas. Permanecían en silencio, inmóviles, tendidos de cara al techo a ambos lados de Carmen, paralizados en una espera indefinida, con la boca abierta, como si su propia respiración les diera miedo. E igual que una crisálida se convierte en mariposa, el lecho conyugal se transformaba lentamente en un barco fantasma que desplegaba sus velas rozando imperceptiblemente el aire, dispuesto a abandonar las sombras y la gravedad de su antigua vida para navegar por los azules constelados de *flashes*, al otro lado del mundo, al otro lado de la noche y de los párpados caídos, a través de la eterna luz interior, esa que absorben los espejos cuando abrimos los ojos.

La noche misma les servía de párpados, la negra noche y la lluvia, cuyo perpetuo murmullo borraba al mundo. Y sus pupilas dilatadas, fijas, constituían la parte y el todo de la universal y fractal tiniebla.

Permanecieron mucho tiempo sin moverse. Dejaron que el navío fuera a la deriva por un lugar inexistente y catártico. Cada átomo de su organismo flotaba en el magma. Sus cuerpos se distendían, extendían y disolvían en la expansión general del tiempo y el espacio. Tras diseminarse en todas direcciones, sus cuerpos comenzaron a reunirse, a concentrarse y tensarse por obra implacable del deseo. Entonces, como quien abre una puerta para escapar de un

asesino, Babe hizo un gesto. Entre el edredón y el cuerpo de Carmen, su mano partió en búsqueda de la pistola de Bobby.

La lluvia persistía. Apenas escampaba cuando volvía a llover de nuevo. Al día siguiente, miles de personas se mojarían los zapatos otra vez y el césped de la casa estaría empapado.

Bobby sintió los dedos de Babe rozar su pene, palparlo, agarrarlo con ansiedad como si se sujetaran a la barandilla de un puente sobre un río desbordado que todo lo arrastrara a su paso y amenazara con llevarse también el puente con sus embestidas potentes y cenagosas. Babe suspiró. La pistola de Bobby se hinchaba bajo su palma.

Si los caminos de Dios fueran menos insondables, habría creado con toda seguridad una pistola separable. Así, una vez desprendida, podríamos llevárnosla para saborearla con tranquilidad, como cualquier golosina. Pero, en lugar de esto, ha colgado sádicamente esa serpiente entre las piernas del hombre para obligar a la mujer a agacharse y humillarse ante éste.

Cambiaría sin duda la faz de la Tierra si los hombres tuvieran su sexo en medio de la cara, a la altura de la nariz, por ejemplo. De entrada, mentirían menos. Y además, estarían obligados a ponerse de rodillas para penetrar a las mujeres; eso o aceptar que ellas se les sentaran en la cara. ¿Y si las mujeres ostentaran también su sexo en el lugar de la nariz? ¡Qué incómodos resultarían los cruces de miradas! ¡Imposible pensar en otra cosa! Presenciaríamos nuestros propios coitos, en primer plano, con los órganos genitales siempre visibles... Podríamos lamernos a la vez, los hombres se la chuparían ellos mismos, e incluso las mujeres gozarían cada vez que se pintaran los labios, en sentido vertical, con una gran barra de carmín.

Bobby murmuraba «hummm, hummm» cuando la mano de Babe iba y venía, firme aunque abstraída, o también «uf, uf» y a veces «juuuh, uuuh!». Por su parte, Babe se decía para sus adentros que, algunas veces, debería existir la posibilidad de cambiar de sitio el sexo de los hombres, ponerlo en el hueco de la espalda o en una mano, así sería menos

monótono, menos solemne.

—Oooh... —dijo Bobby en un tono un poco quejumbroso.

Su pistola estaba ahora voluminosa y dura como un cañón. Babe empezó a sentir el brazo dolorido y aflojó el ritmo. Él aprovechó para volverse hacia Babe, sortear a Carmen y reunirse con su mujer.

—No —dijo—, conmigo no, con ella.

Llovía aún. La lluvia sempiterna susurraba: «Mezclaos, hijos míos, derramaos, amaos; vamos, mis niños, vamos, yo os protejo». No existía nada salvo la lluvia, la noche y los cuerpos encallados, el mundo entero por hacer... Los tres cuerpos se enredaron en la oscuridad.

Babe retiró el camisón de Carmen, separó sus piernas y deslizó el sexo de Bobby en su vagina elástica y sedosa. En el centro de la habitación a oscuras, con sus formas ligeras y carnosas, el cuerpo de Carmen estaba vivo y disponible, dócil, excitante. Babe también se desnudó y, pegada a la espalda de Bobby, con su pubis aplicado como una ventosa contra las nalgas de él, lo abrazaba con fuerza mientras impulsaba los vaivenes de Bobby entre los muslos de Carmen, como si la penetrara ella misma.

—Ve despacio, cariño —le susurraba Babe—, haz que dure... Lo adora. Vamos, métesela toda... Ahora. ¡Oh! Le encanta. ¡Qué hermoso eres, corazón! Me gusta sentir cómo la penetras... Me fascina que te folies a esta mujer, mi amante... Si supieras lo que antes hemos hecho las dos... Me he sentado en su cara... ¿Eso es pecado?

Bobby se preguntó si debía responder, pero como no sentía segura la erección, prefirió concentrarse en su tarea.

—¿He pecado por hacer eso en su cara? Si el Señor me ha concedido el placer, será porque no he hecho nada malo, ¿no?

Si Bobby hubiera adivinado que Carmen la pondría así... «En el fondo, mi padre tenía razón», pensó Bobby. De pronto sintió que remitía la erección y cerró los ojos para imaginarse escenas de culos como un loco, mientras redoblaba la cadencia de sus embestidas.

—Te enseñaré —dijo Babe excitada por su propio ardor—.

He hecho lo que ahora hago contra ti..., me acaricio el clítoris..., lo froto... ¡Es tan sensible! Ella me ha hecho reaccionar, el Señor me la ha mandado para despertarme. He estado dormida durante tanto tiempo que había perdido la memoria. ¡Es tan sensible! No lo sabía..., ya no lo sabía... Es bueno recordarlo. Ella es una mujer como yo, ¿lo comprendes?

«Ante todo, no pensar: “Nunca entenderé a las mujeres”...».

—Ella sabe lo que me gusta..., claro, entre mujeres... Yo también sé lo que necesita. Su rostro, su boca..., Carmen es tan dulce... Me encanta hacer eso sobre su cara... Quisiera tenerla siempre entre mis muslos, que me lo hiciera todo el tiempo... Entre mujeres no es pecado, ¿verdad? Hasta al Señor le gusta que las mujeres lo hagan entre ellas...

«¡La muy zorra!».

—Porque es el paraíso... ¡Qué placer! No podía parar... ¿Cómo detenerse cuando se sabe lo bueno que es?

«¡Putas, putas!».

—Cuando lo pienso, me enfurezco... No podemos parar, ¿verdad, Bobby? Por eso has traído a Carmen... Ahora que estamos los tres, quisiera que no acabara nunca, nunca... ¿Y por qué eso me hace enfadar? Porque me siento rabiosa, quiero gozar... Jódela hasta el fondo, véngame... Quiero darte todo el placer... No sé lo que me pasa.

«Yo tampoco...».

—Soy una perra en celo. Me vuelvo loca cuando te acuestas con ella, cuando nos acostamos con ella... Y te hago el amor... Hazle el amor por mí, Bobby... Yo te follo, te follo...

Y mientras Bobby se afanaba al máximo, a ciegas Babe acercó la boca a su oreja y, en un susurro, le habló con el angustioso esfuerzo del moribundo que pronuncia sus últimas palabras:

—Voy a decirte... la verdad. Soy una perra. Tú eres un perro. Somos perros. Queremos fornicar. ¡Guau! ¡Guau! Fornicar. También soy un perro. Y tú, Bobby, eres el perro y la perra... ¡Guau! ¡Guau!

«No debo escucharla. Nunca lo conseguiré si la escucho».

En la completa oscuridad, notaba las palabras tan materiales como si lo hubieran penetrado con objetos, con cosas sombrías y pesadas bombardeadas a través de la densa cortina de agua. Bajo las feroces embestidas de Babe, se recostó un poco más contra Carmen, cuyos senos blandos se aplastaban contra su torso sudoroso. Sintió venir el esperma y se quedó inmóvil para retenerlo. Mientras su mujer se ensañaba con sus nalgas, oyó el sonoro jadeo de Babe transformarse en agudos ladridos. Se abandonó por completo y, como en un sueño, se dejó conducir hasta el placer por la estrecha y tersa vagina de Carmen.

Notó el brazo derecho duro, pesado y frío como una piedra. Fue su primera sensación, incluso antes de abrir los ojos. No levantó ni una pestaña. Sabía que el menor movimiento liberaría la sangre, y que, al volver ésta a circular por sus arterias heladas, pasaría un mal rato.

En ese duermevela vegetativo, concentró sus pensamientos en el brazo entumecido, ese brazo que bien podía pertenecer a Carmen. Babe tenía el brazo de Carmen, y Carmen el de Babe, un brazo de carne y hueso con el cual, en ese mismo instante, cuando todo el cuerpo de Babe se inmovilizaba en un bienestar mineral, Carmen se apoderaba del sexo de Bobby para llenar su mano con su erección matutina.

De la misma forma, Babe derramó toda su alma en el cuerpo de Carmen para recibir a cambio el espíritu sufrido y apacible de ella. Ahora sus organismos eran dos vasos comunicantes, dos guaridas recíprocas donde sus almas de ladronas siempre podrían refugiarse y mantener su botín a salvo.

Bobby oyó el timbre de la puerta y enseguida se inventó un sueño para sacarlo de la realidad: iba a coger un tren, pero éste, en vez de parar en la estación, pasaba a gran velocidad, mientras la locomotora lanzaba silbidos estridentes. Echaba a correr para subirse en marcha, aunque sabía con certeza que ese intento, además de ser inútil, entrañaba un peligro mortal.

El timbre volvió a sonar. Bobby se incorporó sobre un codo y se sorprendió al ver a Carmen desnuda y pegada a él. Al otro lado, Babe, sentada en la cama, se frotaba suavemente el brazo mientras contemplaba a su marido con una mirada viciosa, casi aterradora. Nunca la había visto así. Estaba

irreconocible. Toda ella se había transformado, parecía una posesa.

—¡Dios mío! —exclamó Bobby—, debe de ser Tommy. ¡Ya es mediodía! Voy a abrir.

Apenas terminó de hablar cuando Babe, con un gesto rápido, se adueñó de su falo y se puso a acariciarlo con morosidad. Bobby era incapaz de recordar la última vez que su mujer le había hecho eso con tal convicción, la última vez que habían pasado toda la noche desnudos, o dormido un domingo hasta tan tarde. Y, sin embargo, era como si lo supiera desde siempre, como si toda su vida estuviera llena sólo de eso, como si el sonido del timbre perteneciera al universo del sueño, a un mundo remoto, lejos de todo lo que se agitaba fuera de la casa, más allá de su miembro. Nada había existido hasta ahora sino para distraerle mientras esperaba ese momento de verdad, ese instante donde todo era sexual, esos minutos repletos de sexo, y eternos, dado que él mismo, día y noche, no conocería ya pasado ni futuro, sólo un presente henchido de deseo y colmado de placeres.

—Voy yo —dijo Babe—. Pero sé bueno, ocúpate de Carmen, tiene hambre.

Y besó a Carmen en los labios, le abrió la boca en forma de «o» y dirigió el pene de su marido hacia esa boca. «Tiene hambre»... Al metérsela toda de golpe, Bobby irguió el tronco con un gemido de satisfacción. Babe fue a vestirse sin dejar de mirar a Carmen, con la cara transformada, extasiada.

Tras tocar el timbre por segunda vez, Tommy y su chica, Carroll, se sentaron en los escalones del porche y encendieron un cigarrillo. La madera estaba aún mojada, pero ya no había nubes en el cielo. El sol deslumbraba. Un fuerte olor a hierba y a tierra empapadas brotaba como una flor monstruosa de toda la urbanización. Shirley Gordon apareció en el umbral de su puerta, gorda y apetitosa en su salto de cama negro con sugerentes transparencias.

—Hi, Tommy! —saludó, zalamera—. ¿No están tus padres?

—Deben de dormir aún. Los coches sí están.

—¿Dormidos? ¿No tienes llave?

—Se me ha perdido.

—Hijos, no hace falta que esperéis ahí fuera, os vais a calar los pantalones. Venid a tomar un café.

—No, gracias —cortó Carroll—. Estoy segura de que llegarán enseguida.

En el instante en que Carroll se levantaba para volver a llamar, Babe abrió la puerta. Estaba desgredada y sonriente, con la bata color ciruela puesta de cualquier manera.

Desde que se había independizado, dos años antes, Tommy iba a comer todos los domingos, solo o con la chica de turno. Babe solía preparar un *Southern fried chicken* o, si hacía buen tiempo, *barbecued pork chops*, y se pasaba la mañana horneando uno de sus célebres postres, especialidades de las que se sentía tan orgullosa, como el *banana cream pie* o el *spiced chocolate zucchini cake*, ese pastel de calabacín y chocolate que horneaba siempre en dos moldes para que Tommy pudiera llevarse uno a casa.

Pero ese día ningún aroma culinario impregnaba el hogar. Babe hizo pasar a los chicos al salón y se fue a poner la cafetera, mientras se disculpaba con una desenvoltura cuando menos sorprendente. Bobby todavía no había aparecido. Babe encendió la tele y les soltó:

—Poneos cómodos, vuelvo dentro de cinco minutos. Me ducho y enseguida estoy con vosotros.

Bobby bajó al cuarto de hora con el pelo mojado, sandalias, vaqueros y camiseta blanca. También se excusó sin mucha convicción y pasó a la cocina para servirse una gran taza de café. Tenía ojeras, pero parecía más relajado que nunca. Tommy se sintió como un niño de diez años frente a su padre. Le entraron unos celos instintivos, amargos. Para él era una alegría y un orgullo presentarle a Carroll. Era tan guapa que habría deslumbrado a un ciego. Pero no sólo se habían olvidado de ellos, sino que Bobby apenas la había mirado, como si tuviera la mente en otra cosa. A veces los hombres fingían ignorar a Carroll de manera deliberada, para contrariarla y obligarla a enzarzarse en una lucha con ellos.

No era el caso: Bobby parecía sencillamente distraído. Ni siquiera indiferente. Se mostraba tan atento como le permitía su estado..., y éste era de una ausencia evidente.

Babe los encontró sentados a la mesa de la cocina, ante una taza de café. Bobby le sirvió una y ella se puso a buscar algo para improvisar la comida.

—Hay tomates —dijo, con la cabeza dentro de la nevera —, manzanas, jamón, salchichas...

—Perfecto —respondió Bobby—, tráelo todo. Tengo un hambre canina. ¿Vosotros no?

Colocó encima de la mesa, amontonado, lo que iba sacando de la nevera y se sentó. Tommy, molesto, se levantó, puso platos, vasos y cubiertos, sacó unos zumos y se dispuso a cocer huevos.

Babe y Bobby devoraban sin pronunciar palabra y con aspecto satisfecho. Carroll apenas comía, con la silla muy retirada de la mesa y una actitud indiferente que disimulaba mal su irritación.

—A propósito —dijo de pronto Tommy a su padre—, ¿sabes cuál es tu nombre de actor porno?

—¿A propósito? ¿A propósito de qué? —Inclinado sobre el plato, mordía un tomate, y el jugo le chorreaba por el mentón.

—A propósito de nada. Creo que Carroll y yo nos vamos.

—No, no. Quiero saberlo. ¿Mi nombre de actor porno?

—Sí. ¿Cómo se llamaba el hámster que tenías de pequeño?

—*Mickey*.

—¿Y tu madre?

—Karen.

—Su nombre no, su apellido.

—Short.

—Pues es Mickey Short. Ése es tu nombre artístico porno. El de tu mascota más el apellido de tu madre.

Carroll se dio la vuelta, con la mano en la boca para no echarse a reír, pero nadie pareció darse cuenta.

—¿Su nombre artístico porno? —repitió Babe.

—Sí, el nombre que escogería si hiciera películas

pornográficas.

—¡Entonces yo sería Dolly Balto! —exclamó triunfal.

—¿Tú tenías una mascota? —dijo Bobby mientras la atravesaba con la mirada hasta el fondo de las órbitas, como si estuvieran los dos solos en la estancia.

—Cuando era pequeña. La perra de los vecinos —dijo, y su voz sonó ronca de pronto.

Ambos bajaron la mirada y dejaron de comer. Su buen humor se había transformado en una impaciencia sorda, casi palpable. Cuando Tommy y Carroll se despidieron no los retuvieron, apenas encontraron las palabras de cortesía más elementales para agradecerles su visita y animarles a volver. En cuanto cerraron la puerta se dirigieron a la habitación. Subían las escaleras muy despacio, peldaño a peldaño, como si transportaran una carga muy pesada.

—*Hi, Bobby!* Hermoso día, ¿verdad?

Apoyada en la barandilla del porche, Shirley, con su salto de cama negro, que dejaba entrever grandes cachos de carne blanda y blanca como una masa a punto de esponjarse, parecía una viuda gorda e indecente.

Bobby apenas la miró. Cruzó el sendero del jardín con paso apresurado.

—¿Se os ha olvidado levantaros esta mañana? —añadió Shirley, molesta—. ¿No estará Babe enferma?

—No, no —contestó él sin volver la cabeza.

Se metió en el Chrysler y arrancó sin mirar hacia su casa.

A causa de las lluvias nocturnas, hasta mitad de la jornada el universo entero brilló como carne genital sorprendida en palpitante humectación segundos después de que unas manos invisibles hubieran abierto el vientre de la intemperie. La naturaleza, las casas, las calles, todo lo vivo y lo inerte relucía y respiraba despacio, como si fuera un órgano prodigioso que disfruta del descanso tras horas de secreto trabajo, de convulsiones, derrames y desbordamientos varios. Ahora más que nunca era preciso preguntarse cuál podía ser la función de este mundo-órgano, a qué cuerpo pertenecía y por qué seres conscientes, ignorantes y atormentados tenían que deambular sin cesar en esta maraña de macrocosmos y microcosmos claramente absorta en sus actividades obscenas.

Toda esa agua y esa luz volvían a Shirley Gordon aún más lánguida, lasciva y excitada que de costumbre. No tenía ningunas ganas de moverse, habituada a reinar y contentarse en la sombra y en la apatía, pero sus apetitos alcanzaban a veces tales paroxismos que se sentía capaz de remover cielo y tierra para satisfacerlos. Se pasó la mañana en una espera confusa y punzante. Vagaba del salón al suelo húmedo de su

porche, sin lavar ni vestir, húmeda ella misma y abrumada por sus instintos, embotada por una necesidad casi dolorosa, más allá de toda conciencia: la necesidad de exhibir sus encantos. Al final se decidió a cruzar el césped encharcado y llamar a la puerta de su vecina.

Babe había decidido posponer su vuelta a la facultad. La noche había sido larga y se sentía cansada, pero, sobre todo, era incapaz de abandonar a Carmen. «Mañana», pensaba. «Mañana», le había dicho a Bobby. En realidad, esa palabra era un subterfugio. Para ella sólo contaba la pulsión presente, la pulsión de amor que la conducía hacia ese objeto ciego llamado Carmen, escondido como una minúscula y desgarradora aguja en el interior de su vientre, al igual que ella, cruel y microscópica, se refugiaba en la materia de su adorada.

Esa mañana de lunes, Bobby y Babe se habían levantado mucho más tarde de lo habitual. Habían olvidado programar el televisor. Les despertó el teléfono. Saltó el contestador, pero no dejaron ningún mensaje. Sería sin duda el jefe de uno de los dos.

Bobby se había quedado sin desayunar, pues tuvo que ayudar a Babe a bajar a Carmen al salón antes de salir. Acababa de cruzar el umbral cuando el teléfono volvió a sonar. Su mujer no descolgó. Esta vez dejaron un mensaje. Era de la facultad. Mientras Kate hablaba, Babe se sentó al lado de Carmen, en el sofá, y le cogió la mano para realizar el trasvase de almas que le permitiría permanecer insensible ante las amenazas cernidas sobre esa trabajadora, Babe Wesson, una persona que no se encontraba en esa casa.

—*A doll, a doll, my baby doll...*

La voz de la mujer era cálida y dulce. Una joven agachada ante un cochecito-sillita de niño, al final de un callejón. Babe no podía ver su rostro, pero lo imaginaba surcado por una enorme sonrisa y con ojos negros, brillantes, resplandecientes. Babe tenía seis años y nunca había observado algo así en la cara de su mamá. *A doll, a doll, te*

compraré una muñeca, cantaba la joven de espaldas. La niña, demasiado grande para el cochecito, era mongólica. Babe se enteró de esto más tarde. De momento sólo repara en sus extrañas facciones, en los ojos rasgados, en el óvalo redondo, en la boca entreabierta, y también en la ternura de la mujer al hablarle. *A doll, a doll, my baby doll*, decía, y sonaba como una flauta. Nadie le ha dicho nunca palabras así a Babe, envueltas en tanto amor. La niña rara está inclinada por completo hacia la mujer, como si disfrutaran, se deleitaran la una en la otra. Babe, llena de vergüenza, se oculta en un rincón. No sabe el motivo, pero no debería estar allí; mamá le ha prohibido irse sola tan lejos de casa. No hay nadie más en el callejón, excepto la joven y la pequeña, ambas rodeadas de una especie de halo luminoso, y Babe, inadvertida, escondida en la sombra, en un recodo. Babe la culpable sabe, comprende de pronto, entiende, conoce la verdad como si fuera Dios mismo: la niña va a morir, debe matarla para vivir en su lugar, apoderarse de su alegría, pues, si no, nadie, nadie se la dará.

Babe querría irse para evitar eso, pero no se atreve. *A doll, a doll*, sigue canturreando la joven. Es como una cantinela. *A doll, a doll*. «Si me muevo, me verán». La calle está inundada de sol, hace calor, la cabeza empieza a darle vueltas. Por eso cree estar en un sueño o en una película: saltan dos malos, uno corre tras otro, pistola en mano, *a gun, a gun*, y cuando el primero llega al final del callejón le dispara al otro; la mujer mira al asesino y entonces éste descarga un tiro sobre ella y sobre la niña, a continuación echa una ojeada alrededor y se marcha corriendo. Todo ha pasado muy rápido. Babe ha permanecido invisible, como si estuviera delante del televisor. Las personas que salen en la tele nunca nos ven. De todas maneras, aunque nos contemplaran, no podrían tocarnos. Por eso Babe estaba a salvo entre las sombras de su rincón.

Había sucedido, la pequeña estaba muerta y la joven también, antes de poder comprarle a la pequeña la muñeca prometida. Después de todos esos años, la muñeca ha crecido, se ha hecho mayor para vengarse.

Ha llegado mi hora, mi momento oscuro como un agujero, negro, sin fondo. ¿Qué mal he hecho? La muñeca no te quiere, Babe. La has esperado todo este tiempo, la has aguardado en secreto y, cuando te atreves a amarla, debes admitir que ella no te ama.

¿Estoy enferma? ¿Es más demencial enamorarse de una muñeca que de un ser humano? ¿Acaso la muñeca me ama menos que un desconocido de quien pudiera enamorarme?

¿Voy a volverme loca? ¿Ya lo estoy? ¿Siempre lo he estado?

Es la grieta. Hay una grieta en mitad de mi vientre, imponente como una falla tras un gran temblor de tierra. El amor me lleva al borde del abismo, lo siento a mi espalda, quiere empujarme, el muy cabrón quiere que me caiga. El ser de quien estoy locamente enamorada no me da amor. Me convenció de que me amaba y de que me respondía con signos secretos. ¡Pobre enferma! Ese ser no puede verte, pobre demente, no es un ser, sólo te ve su indiferencia, te hipnotiza con sus ojos fijos. Y tú corres hacia la grieta con el corazón lleno de alegría, lleno de mentira, corres sin advertir la fosa, sin darte cuenta de que vas a caer en el precipicio abierto en medio de ti.

Al principio de nuestro matrimonio temía que la locura me venciera y ganara la partida. «Prométeme que no me darán electrochoques», le repetía a Bobby. Luego se me pasó. Lo enterré en algún lugar profundo de mi cerebro. Bobby también tiene grutas en la cabeza, donde él pone flores.

Ahora estoy triste, muy triste. He visto el abismo, pero no caeré en él. Todavía no. Aunque me siento tan desdichada como si mi sangre de pronto se hubiera vuelto gris.

Cuando la voz del contestador enmudeció, Babe se levantó, fue a la cocina y volvió con un copioso desayuno en una bandeja que colocó en la mesa del salón. Tendió una taza de café a Carmen y ambas comieron alegremente hasta que volvió a sonar el timbre de la puerta. Se oyó la voz horripilante de Shirley Gordon, empeñada en entrar a toda

costa.

—¡Babe, Babe, soy yo, Shirley! —gritaba, como si no se la reconociera—. ¿Puedo entrar?

El timbre sonó otra vez y, casi al mismo tiempo, Shirley golpeó la puerta, tres toques melifluos, mientras berreaba con su voz aguda:

—¡Iuju, iuju, Babe!

Sentada en el sofá cubierto por la tela étnica, la espalda erguida, el brazo izquierdo apoyado en el brazo del sofá, con una tostada en la mano derecha, colocada a su vez sobre el muslo, Carmen, visiblemente fascinada, veía los anuncios de la tele. Babe le había puesto uno de sus camisones de tirantes que permitía adivinar sus formas deliciosas.

Las dos se mantuvieron inmóviles el mayor tiempo posible, concentradas en su lucha. Ésta consistía en esperar que Shirley se marchara. Mientras Carmen seguía la publicidad, Babe la contemplaba, como dos enamorados que no se atreven a mirarse, y la encontraba más bella, perfecta y deseable que cualquier otra mujer (además, a ella no le gustaban las mujeres).

—¡Baaabe! ¿Estás enferma? ¿Quieres que llame al médico?

«Dios mío», pensó Babe, «no se cansará». Se pasó la mano por el pelo aún sin peinar, se ciñó el cinturón de la bata color ciruela (y se dio cuenta de que estaba constelada de manchas de grasa). Al principio intentó hablarle a través de la puerta:

—Todo va bien, Shirley. Acabo de tomar un baño, estoy constipada y voy a descansar un rato.

—¿Perdón? No te oigo bien. ¿Por qué no abres?

—¡Digo que iba a acostarme! —gritó Babe.

—¡Suicidarte! ¡Cielo santo! ¡No lo hagas! ¡Enseguida llamo a la policía!

—No, no...

—Tranquila, yo me ocupo de todo.

—Shirley, todo va bien —suspiró Babe mientras recorría el cerrojo y se colocaba en la abertura de la puerta.

—¡Madre mía! Menudo susto me has dado... ¿Estás segura de que todo va bien?

—Perfectamente.

—¿De verdad? ¿No tienes ganas de hablar?

—No. No, no...

—En fin, sólo quiero decirte que... puedes confiar en mí. Los vecinos estamos para ayudarnos, ¿vale?

—Mira, sólo tengo un poco de gripe.

—Un poco de gripe... Por eso no saliste en todo el sábado...

—Últimamente, Bobby y yo estamos reventados... No deberíamos trabajar en sábado, ni siquiera de forma excepcional.

—Sí, sí, siempre se dice eso, pero hay que ganar dinero, ¿verdad? —dijo Shirley mientras soltaba sus risitas atroces—. Y mi pobre marido con sus dos empleos... Si supieras en qué estado se encuentra a veces... ¿Puedo pasar un minuto?

—Bueno..., no. Hay mucho desorden y además no estoy vestida...

—Podría echarte una mano...

—No, gracias, Shirley. Creo que volveré a la cama.

—Necesito pedirte un pequeño favor. ¿Podrías prestarme el hacha?

—¿El hacha?

—Sí, tengo que hacer unas chapucillas. Ya sabes, una mujer sola en casa...

—Unas chapucillas... ¿Vas a talar un árbol quizá?

—Ji, ji, ¡qué graciosa eres! No, sólo voy a despedazar un cadáver.

—Ah. Bueno, las herramientas están en el garaje. Si das la vuelta, te la paso por allí.

Babe cerró la puerta. Shirley bajó del porche y, correteando sobre sus chinelas de tacón, rodeó la casa hasta la entrada del garaje. Al cabo de un momento, la persiana

metálica se levantó unos centímetros y la mano de Babe empujó el hacha por la abertura. Luego la persiana cayó con gran estrépito.

—No tengas miedo, se acabó, ya se ha ido —canturreaba Babe mientras paseaba sus manos y sus labios por el rostro, el cuello, los brazos y el pecho de Carmen—. ¿Qué piensas de esa loca? Ya no nos molestará... ¡Qué guapa eres! *My doll, my baby doll*. Déjame desnudarte. Eres tan hermosa... De pequeña me habría gustado mucho tener una muñeca como tú. Nunca me abandonarás, ¿verdad? ¡Ah, qué bien estamos las dos!

La piel de Carmen era suave, muy suave. Ningún Mal acechaba desde el fondo de su ser dispuesto a surgir y torturarla en el mejor momento, ningún Mal extendería su necrosis por su cabeza y sus miembros. Era pura carne, presta para el placer; sí, pura, y al amarla uno se encontraba, de manera milagrosa, limpio de toda mancha, porque Carmen todo lo aceptaba con el mismo humor, como un buda o un vertedero. Carmen, con su pubis y sus cabellos negros, sus agujeros y su pasividad, era a la vez de fuego y de hielo. El Señor no podría reencarnarse en nada mejor que en ese cuerpo inocente y caritativo que sólo quería aliviar a los hombres y consolar a las mujeres.

Babe se quitó la bata, tumbó a su adorada en el sofá y se puso a besarla con pasión en la boca, luego en el resto del cuerpo, mientras soltaba gemidos de gata. Se excitaba ella sola; buscaba descargar la tensión de su lucha con Shirley. Al final se recostó sobre el cuerpo abandonado y se dedicó a frotar su pubis contra el de Carmen. Cuando terminó, estalló en carcajadas febriles.

—¡Querida, eres estupenda! Te quiero, te quiero, te quiero... Sí, sí, ya sé lo que deseas. No te preocupes, mamá Babe se ocupará de todo. Una chica tan guapa como tú... Te traeré lo que necesitas. Quédate acostada, confía en mí. Yo me encargo de todo...

Y, por primera vez en su vida, Babe salió de casa sin

asearse. Su cuerpo olía a amor, y lo consideró adecuado para lo que iba a hacer. Dejó a Carmen tumbada en el sofá, envuelta en la tela de motivos totémicos para que no pasara frío, y se puso con rapidez su vestido más corto y ajustado, sin bragas ni sujetador. No perdió tiempo en lavarse la cara ni cepillarse los dientes. Deprisa y corriendo, se aplicó un maquillaje llamativo: sombra azul en los párpados, dos redondeles de colorete rosa en las mejillas, y carmín casi negro en los labios y por fuera del contorno de la boca. Luego agarró el bolso y salió apresurada, como si tuviera una cita urgente.

Los senos de Babe se bamboleaban con toda libertad. La brisa primaveral depositaba miles de besos en su cuello, brazos y piernas desnudas, y se le colaba traviesa bajo el vestido mientras ella corría por el sendero para llegar a su coche antes de que Shirley Gordon tuviera tiempo de salir e increparla.

Se sentó al volante, suspiró y arrancó. Nunca se había enfrentado a un reto tan excitante, audaz y subversivo. Por una vez se sentía dueña de su vida, trasladada a otra dimensión. Segregando adrenalina, conducía hacia el centro comercial de una manera a la vez nerviosa, elegante y deportiva, como no se habría creído capaz. Pensó en Bobby y en su pasión por los automóviles. ¡Claro, ahora lo entendía! ¡Ese invento se transformaba entre las manos con inaudita facilidad en un formidable instrumento de poder y placer! Arrellanada en el asiento, se notaba en alerta permanente y dispuesta a comerse el mundo.

A esa hora, el centro comercial estaba atestado de gente. Babe prefería ir por la mañana, cuando abrían. Una vez a la semana, ella iba allí a hacer *jogging*. Apenas había nadie, salvo algunos corredores que hacían el recorrido de los cuatro pisos sin parar, como si se persiguieran unos a otros de una escalera mecánica a la siguiente. Formaban casi una hermandad, sentían pertenecer a la misma categoría de personas: los-que-hacen-algo-por-su-cuerpo y también los-que-se-superan-a-sí-mismos. Recorrer el centro comercial de arriba abajo y de abajo arriba es la clase de cosas que en este mundo moderno nos devuelve la dignidad y ennoblece nuestra vida. Babe era plenamente consciente de ello, pero ese terco de Bobby, enredado en su materialismo cotidiano, se negaba a comprenderlo.

Sin embargo, cuando llegó, una masa de gente de todas las edades, macilenta bajo las luces de neón, se apiñaba en los restaurantes de comida rápida, atestaba los pasillos y deambulaba de una tienda a otra para matar el tiempo a golpe de tarjeta de crédito. Babe entró en Pearl's

, en la segunda planta, fue derecha al fondo del establecimiento y se detuvo ante una sección a la que nunca prestaba atención alguna: la de lencería de fulana.

—Mrs. Wesson! Hey, Mrs. Wesson!

Se volvió y vio a Carroll acodada en la caja para pagar un conjunto de braguitas y sostén de algodón blanco. Sonreía y proclamaba toda la frescura y la crueldad de sus veinte años.

—Precioso —ironizó Carroll al ver el ligero de encaje malva que Babe sostenía contra el pecho como para protegerse y, a la altura del corazón, el minúsculo tanga a juego, con un pompón de piel de color rojo en la parte delantera—. Además, parece muy suave —añadió—. Adiós, Mrs. Wesson, le daré un beso a Tommy de su parte.

Babe volvió a sumergir la nariz entre los corsés, con la cabeza baja para ocultar el rubor que había sentido subir hasta la raíz del cabello.

Era el momento de pasar a cosas más serias. Si quería que todo estuviera dispuesto antes del regreso de Bobby, no tenía un instante que perder. Con su bolsa de Pearl's

en la mano, subió a la cuarta planta y se dirigió a los aseos de caballeros.

En la tienda había tenido tiempo para reflexionar: ¿dónde encontrar un hombre rápidamente? Desde siempre, cada vez que salía de casa, Babe tenía la impresión de que decenas de chicos deseaban poseerla; más aún, creía que podría ocurrirle en cualquier esquina de la calle, si ella no ostentara a guisa de escudo una máscara de mujer digna y reservada. Pero ese día nada sucedía como en sus fantasías. La gente no parecía pensar en el sexo; más bien tenía aspecto de no pensar en absoluto, parecían autómatas colocados allí por un decorador. Todo discurría como si Babe también fuera un

autómata, alguien invisible, inexistente como persona, cuerpo, mirada.

Lo había advertido desde su llegada al aparcamiento subterráneo. Los coches se alineaban, ojos abiertos, ojos apagados, y las personas que salían, entraban o estaban en su interior parecían muertas; o falsas, tan falsas como la pareja del Ford, la otra mañana, cuando Babe, desnuda tras el cristal, esperaba que alguien la viera. Por un lado, era una pesadilla, sólo quedaba ella con vida en un mundo aniquilado; por el otro, era un sueño maravilloso, porque entonces ya no tendría miedo de nada. Sólo ella tenía vida, ella y los coches, los amables vehículos. Pero había que llevarle un hombre a Carmen.

No se atrevió a entrar. Se plantó en la puerta y esperó. El primero en salir fue un joven afroamericano con gorra, alto, guapo y pulposo como un animal carnoso. Babe se derretía como un helado al sol. ¡Debía de tenerla enorme! Ella nunca se había acostado con un negro, pero a Carmen le iba a encantar.

Sin embargo, en tres zancadas de sus inmensas piernas, el muchacho se desplazó al otro extremo de la cuarta planta. Babe dudó en seguirle. Pronto renunció, mientras se preguntaba lo que debería haber hecho para que se fijara en ella.

Se echó a un lado para dejar pasar a un tipo grueso, con sombrero tejano y camisa de cuadros, que la miraba con sonrisa maliciosa.

—¿Espera a alguien, señorita? —le espetó con voz de falsete.

«Espero a mi marido», quiso responder Babe.

Pero su boca no articuló ningún sonido. Se sentía furiosa, y sucia, pringosa. Pero ¿qué se habría creído? Abandonó el lugar con las piernas temblorosas.

«Por supuesto, caballero, espero a mi marido. Está meando, ¿no lo oye? Mire, mi marido es el hombre con el chorro más largo que conozco. Y cuando digo largo no me refiero sólo a la longitud. Es cierto que puede alcanzar récords de distancia, pero eso no es todo. También es el más

resistente. Puede vaciarse durante minutos, incluso horas enteras. Es un auténtico grifo, ¿qué digo?, una manguera de riego, ¿qué manguera?, ¡un lanzallamas! ¿Para qué iba a estar en la puerta de los aseos masculinos sino para esperar a mi marido? Por eso, caballero, me ve aquí, a la vez paciente y ardiente, como debe ser la esposa de un hombre así. Pero, gracias a usted, he caído en la cuenta de que mi marido ha empezado hace sólo cinco o diez minutos. Voy a hacer unas compras y vendré a esperarle cuando haga mucho tiempo que usted se haya ido»...

«Volveré mañana», pensó Babe, «y entonces sabré arreglármelas. De todas formas, se ha hecho demasiado tarde».

Llegó a su casa y corrió hacia la puerta para escapar de Shirley Gordon, quien ya descorría las cortinas, al acecho. Agotada, se dejó caer en el sofá, puso la cabeza en los muslos de Carmen y encendió la tele con el mando a distancia.

Una suite de un hotel de lujo. Las paredes llenas de fotos artísticas de una actriz de aproximadamente cuarenta años. Se trata ni más ni menos que de: ¡Shirley Gordon!, en salto de cama negro transparente.

Shirley, inquieta, comprueba su aspecto, peinado y maquillaje en un gran espejo.

Lllaman a la puerta. Se pone una última gota de perfume.

SHIRLEY: ¡Adelante!

Entra un hombre de la misma edad, delgado y encantador, en vaqueros, con el pelo recogido en una coleta. Ambos se miran emocionados.

Él se acerca y la besa en las mejillas.

SHIRLEY: Gracias por venir.

PAUL: Supongo que en eso consiste el talento de una gran actriz: ser capaz de resucitar fantasmas con una simple llamada de teléfono.

Shirley se aproxima a una mesita baja donde reposan dos botellas de champaña en una cubitera.

SHIRLEY: ¡Tu champaña preferido!

Sirve dos copas.

PAUL (*levantado su copa*): ¡Por ti, Shirley!

SHIRLEY: No, Paul, por ti. Este champaña quiero beberlo a tu salud. Por tu éxito.

PAUL: Es verdad. Tú no necesitas que nadie te desee la gloria, Shirley. No es mi caso, claro...

SHIRLEY: Por favor...

PAUL: Después de quince años, sólo sé de ti por lo que leo en los periódicos.

Se sientan en el sofá.

PAUL: Me has dicho que tenías que hablar conmigo. ¿Qué sucede?

SHIRLEY (*nerviosa*): Nada. Sólo... Es verdad, tengo que decirte cosas muy importantes pero... me resulta difícil.

Se sirve otra copa.

PAUL: Tenemos todo el tiempo...

SHIRLEY: ¿Sabes? No pensé que te localizaría con tanta facilidad. Habría ido a verte a tu casa, en fin, algo menos impersonal que recibirte en este hotel. Pero pensé que quizás estabas casado y...

PAUL: Este hotel es perfecto. Aunque aquí, en Nueva York, debes de añorar el sol de Los ángeles, ¿no?...

SHIRLEY: A menudo sueño con mi habitación, aquel cuarto sencillo y acogedor en el rancho de mis padres. ¡Oh, Paul! ¿Recuerdas cuando montábamos a caballo de niños? Y cuando nos escondíamos en el granero, entre los haces de heno... ¡Qué calor hacía! Creo que nunca me ha sucedido nada tan cálido en un palacio... Pero tal vez has rehecho tu vida...

PAUL: En quince años la he rehecho en tres ocasiones. Ya ves que no ha sido fácil. Pero ésta es la definitiva. Estoy casado, tengo un bebé adorable; Carroll y yo deseamos tener al menos dos más.

Shirley se levanta, da la espalda a Paul y se bebe otra copa de champaña de un trago.

SHIRLEY (*tras un silencio*): Enhorabuena. Es gracioso, cuando estábamos juntos te oponías al matrimonio con todas tus fuerzas.

PAUL: ¿Que me oponía al matrimonio? ¡En absoluto!

SHIRLEY: Quiero decir que, si no te casaste conmigo, fue porque no me querías lo suficiente.

PAUL: ¿Pretendes hacerme daño..., hacernos daño a los dos?

SHIRLEY: Intento ser lúcida, nada más. Ahora tienes a tu mujercita, un bebé, una vida tranquila; eres feliz, eso está muy bien. Me limito a señalar que no hiciste eso conmigo. Sin duda, yo no era lo bastante sencilla para ti.

PAUL: ¡Esto es alucinante! ¡Me convocas quince años después para organizarme una escena de celos, aumentada con una crisis de orgullo! Que no eras lo bastante sencilla para mí... Por favor, Shirley, vuelve a la Tierra.

SHIRLEY: No soy una mujer normal. Lo sabes muy bien y por eso nunca te casaste conmigo.

PAUL: Si te lo hubiera pedido, ¿habrías aceptado?

SHIRLEY: Nunca me lo pediste.

PAUL: No juegues. Sabes muy bien que la respuesta era «no». No tenías ganas de casarte conmigo. La verdad es que los dos éramos jóvenes, queríamos hacer carrera en el cine y estábamos dispuestos a sacrificarlo todo, incluso nuestro amor.

SHIRLEY: Y precisamente, eso hicimos.

PAUL: ¿Y quién tiene la culpa?

SHIRLEY: Pero tú te fuiste...

PAUL: Sí, pero ¿por qué me fui? Escucha, ya fue bastante doloroso en su momento, no vale la pena remover el pasado.

SHIRLEY: Tienes razón, no hablemos de ello. No has podido soportar que yo triunfara antes que tú; al fin y al cabo es humano. Sobre todo en un hombre. Una mujer está acostumbrada a ser modesta, sabe permanecer en la sombra.

PAUL (*riéndose*): ¡Ah! Sigues siendo increíble. Estás de paso en Nueva York para promocionar la última superproducción de Hollywood, en la que eres la protagonista, sales en todas las revistas y cadenas de televisión, te encierras en una *suite* con fotos tuyas por toda la pared... ¿y tú vienes a hablarme de la modestia de la mujer?

SHIRLEY: Quiero decir... OK, no hablemos más. No se puede volver atrás, no sirve de nada. De todas maneras, nunca me has comprendido. Lo siento. No quería llegar a esto.

PAUL: Mira, el único problema es que tú lo entiendes todo siempre. Me hablas de mi vida tranquila, pero ¿qué sabes de eso? ¿Me has preguntado por mi trabajo desde que he llegado? Sólo te interesaba saber si había encontrado otra mujer.

SHIRLEY: ¿Y tú me has preguntado por mi vida privada, si soy feliz?

Shirley se sirve una nueva copa y camina nerviosa por la habitación. Parece un poco ebria y sin duda muy alterada.

Se echa a llorar.

Paul se acerca y la abraza para consolarla.

Le quita la copa, la deja en el mueble y le toma la cabeza entre sus manos.

PAUL (*tierno*): Baby Shirley no debería abusar del champaña, porque luego sale como una fuente por sus hermosos ojos.

Comienza a besarle las lágrimas.

PAUL: ... Y yo lo bebo de sus mejillas.

Con los ojos aún empañados, Shirley posa su mano en la nuca de Paul, se miran y se dan un largo beso, con la boca bien abierta.

SHIRLEY: Paul...

PAUL: Shirley...

SHIRLEY: Oh, Paul...

PAUL: ¿Sí, Shirley?

SHIRLEY: Te amo.

PAUL (*con dulzura*): No digas eso.

SHIRLEY: ¿Por qué?

PAUL: Porque no puede ser.

SHIRLEY (*como una queja*): ¡Pero yo te quiero! ¡No he dejado de quererte en todo este tiempo! Por eso nunca me he ido con otros. (*Con una voccecita desesperada*): ¡Pensaba en ti, Paul! Durante estos años sólo he pensado en ti...

PAUL: Shirley, mírame. ¿No ves que no soy el mismo? Ya no somos los mismos, ninguno de los dos.

SHIRLEY: No te pido que volvamos atrás.

PAUL: ¿Qué quieres entonces? ¿Para qué me has llamado?

SHIRLEY: Yo... Tengo algo que decirte, algo muy importante.

Saca la segunda botella de champaña de la cubitera, llena dos copas, tiende una a Paul.

PAUL: ¿Crees que así será más fácil?

SHIRLEY: Sé lo que estás pensando. La estrella está a punto de hundirse en el alcohol y la depresión. Pronto estará hinchada, será excéntrica e insoportable, los hombres la rehuirán, incluso los amigos más íntimos se alejarán de ella. Y se dejará arrastrar por la tristeza y la locura en medio de la soledad de su enorme casa... Una historia banal, ¿verdad?

PAUL: No digas tonterías. Nunca te pasará nada de eso. Si has

triunfado es porque siempre has sido fuerte, mucho más fuerte que yo. No creo que eso vaya a cambiar.

SHIRLEY: ¿Pero no ves que no estoy bien, que me encuentro muy mal? En mi vida hay demasiadas cosas, demasiados amores, hombres, éxito, dinero, viajes... Estoy harta de ser una niña caprichosa, quiero ser una mujer de verdad.

PAUL: Comprendo. Yo, en cambio, busqué la felicidad en cualquier parte y de cualquier manera. Al final me di cuenta de que Dios nunca me había abandonado, que El me ayudaría a devolver el amor que recibía y a distinguir las cosas esenciales de las futilidades de la existencia. Si puedo hacer algo por ti, lo haré.

SHIRLEY: Quiero tener un hijo.

PAUL: Entonces, vas en serio con ese italiano. ¿Cómo se llama? ¿Angelo?

SHIRLEY (*taciturna*): Renato.

PAUL: Es un joven actor...

SHIRLEY: Estás bien informado.

PAUL: Ya ves, no te he olvidado. Leo lo que se publica sobre ti. Soy consciente de que a la prensa le gusta el escándalo y que con frecuencia escriben cualquier cosa, pero al menos me alegro de que tu carrera vaya tan bien.

SHIRLEY: Anoche me llamó mi mejor amiga. Me dijo que, en mi ausencia, Renato está exhibiéndose por todos los clubes de Los Ángeles con una rubia de veinte años, la hija de mi productor.

PAUL: Vaya, lo siento... ¿Le amabas de verdad?

SHIRLEY: Digamos que era un remedio contra el paso del tiempo... En realidad, creo que estaba más obsesionada con mi juventud perdida que con él... Por supuesto, él me ama. Se hace el interesante cuando yo no estoy, pero en cuanto regrese me suplicará que volvamos.

PAUL (*escéptico, pero sin desanimarla*): Si estás segura de ello, entonces todo se arreglará.

SHIRLEY: No.

PAUL (*un poco cansado y desconcertado*): Escucha, en definitiva es cosa tuya. Podemos hablar, si eso te ayuda, pero tú eres la única que puede valorar lo que es bueno para ti.

Has decidido romper con Renato para volver con otro sobre bases más serias, ¿es eso?

SHIRLEY: Sí.

PAUL: Bien. Si de verdad estás decidida a crear un hogar, estoy seguro de que encontrarás al hombre adecuado, un hombre que sabrá ayudarte y hacerte feliz.

SHIRLEY: Y yo estoy segura de que no lo encontraré.

PAUL: ¿Por qué no?

SHIRLEY: Porque ya lo conozco, y está casado.

PAUL: ¿Tienes claro que lo quieres? ¿Que es el hombre adecuado?

SHIRLEY (*apasionada*): Sí. Oh, sí, sin ninguna duda. Pero tal vez sea demasiado tarde.

PAUL: Si estás completamente segura, debes intentarlo. El amor verdadero no se encuentra todos los días. ¿Qué hacías con Renato si amabas a otro hombre? No deberías malgastar tus sentimientos. ¿Hace mucho tiempo que huyes de ese amor?

SHIRLEY (*en un suspiro*): Sí.

PAUL: ¿Y crees que ese hombre te ama?

SHIRLEY: No lo sé. (*Con los ojos bajos*): ¿Todavía me quieres?

Paul la mira y añade con dulzura, tras un silencio:

PAUL: Shirley, ¿hablabas de mí?

SHIRLEY (*muy emocionada*): Es a ti a quien quiero.

Paul se acerca a una ventana y mira hacia el exterior, sin decir nada. Shirley se aproxima al espejo, se alisa la piel del rostro, se arregla el peinado. Llena una copa, llega hasta Paul, que le da la espalda, y le pone una mano en el hombro. Él se vuelve, ella le tiende la copa. Él bebe, vuelto de nuevo hacia la ventana.

SHIRLEY (*tranquila*): No te pido que vengas a vivir conmigo.

Ya sé que es imposible. Sólo quiero tener un hijo tuyo.

PAUL (*vuelto hacia ella*): ¡Estás loca! ¿Por qué yo?

SHIRLEY: Hazme un hijo y nunca te pediré nada más, nunca volverás a saber de mí.

PAUL: Shirley, intenta comprender. No se hace un hijo así, de cualquier manera. Un hijo tiene derecho a conocer a su padre.

SHIRLEY: Le diré que está muerto.

PAUL: Muy amable. Veo que has pensado en todo... ¿Te das cuenta de lo que dices? No puedo creer que hables en serio.

Shirley se aleja, se desploma en el sofá y se echa a llorar.

SHIRLEY (*llorando*): Estaba segura, estaba segura...

Paul se acerca a ella y le levanta la cabeza, enfadado.

PAUL: Ya basta. Eres una actriz excelente, lloras cuando quieres; pero no estamos en el cine, deja de representar ese papel, ¿vale?

SHIRLEY (*redoblando el llanto*): Déjame, te lo suplico, déjame.

Paul se derrumba en un sillón.

Shirley va junto a él y se pone a sus pies.

SHIRLEY: Perdóname.

Sigue arrodillada mientras apoya su cabeza en los muslos de Paul.

SHIRLEY (*dando un suspiro*): Hazme un hijo, Paul.

Se baja los hombros del salto de cama y deja el escote al descubierto.

SHIRLEY: ¿Todavía te gusto?

Paul la arrastra al sofá. Se besan, Paul le acaricia las piernas.

SHIRLEY (*triumfante*): ¡Ya verás! Te lanzaré en Hollywood.

Haré todo lo que pueda para que tú seas famoso y Renato se pudra en la sombra. Nadie se burla impunemente de Shirley. (*Ya más tranquila*): Ven..., seremos felices.

Paul se levanta de un salto.

PAUL: Entonces, ¡era eso!... ¡Querías llevarme entre tu equipaje para enrabietar a tu amante!

SHIRLEY: ¡No, no es verdad! ¡Es por ti, Paul, por nosotros! ¡Ven conmigo, no lo lamentarás!

PAUL: Sólo piensas en ti. En ti y en tu propia satisfacción. Como de costumbre. Las personas son como marionetas en tus manos. Pero antes usabas hilos más sutiles para manipular a los hombres. Y, ahora, excúsame, me esperan en casa.

Se dirige hacia la puerta.

SHIRLEY: ¡Eres injusto, demasiado injusto!

Vuelve a llorar.

SHIRLEY: Vete, no quiero verte más.

Paul Sale. Shirley corta el llanto en el acto y descuelga el teléfono.

SHIRLEY: ¿Me pasa con mi secretaria, por favor? Sí... Babe, ¿querrías buscarme el número de un tal Bobby Wesson?... Sí, eso es, el vendedor de coches. (*Con una sonrisa y un brillo diabólico en los ojos*). No habrá problema, se acordará de mí.

Si yo fuera Babe, pensaba Carmen mientras miraba la televisión sin verla, preferiría un hombre. Su Bobby no está mal, además se muestra muy colaborador. Pero bueno, ella se esfuerza en vano, nunca tendrá todo lo que quiere. Los hombres están mal concebidos, hay algo viciado desde un buen comienzo. Si al menos pudiéramos reeducarlos... En la actualidad, las mujeres están organizadas y bien aconsejadas, sin embargo, con todas esas posibilidades a su alcance, en el fondo están muy limitadas.

De entrada, ellos no comprenden la mitad de lo que se les dice. Y encima no escuchan. Parece que no hablamos el mismo idioma. Son seres realmente extraños. Aunque trato con ellos desde tiempo inmemorial, a veces tengo la impresión de no conocerlos en absoluto. A las mujeres les gusta creer que la constitución de los hombres es burda, que en realidad son muy simples y que, si tienen la sartén por el mango, pueden hacer con ellos cuanto quieran. También muchos hombres lo creen. La verdad es que no hay nada en el mundo tan complejo y doloroso como un hombre.

«La verdad es que / tengo barro en las manos / de tanto buscar mis raíces. / La verdad es que / aquí te las traigo. / La verdad es que / me esfuerzo por encontrarlas / y me quejo cuando cavo y saco la tierra. / La verdad es que / al regresar / y ver tu rostro / no me importa / todo ese trabajo».

Es un poema de los indios crees que he descubierto en Internet, donde yo nací. La naturaleza, por supuesto. Pero Silicon Valley también forma parte de la naturaleza.

«Barro en las manos»: habla de los hombres y de su dolor. Ellos, al nacer, ya están perdidos. Por eso se pelean, beben, vagabundean, se drogan, les obsesiona el sexo, el poder, el dinero, la gloria, cualquier cosa que les lleve a olvidar.

Flagelan y se flagelan, querrían morir, pero están demasiado llenos de vida. La potencia y la energía de un hombre son muy superiores a las de una mujer, y también su vanidad y su desesperación.

Yo lo pondría a cuatro patas en la mesa del salón, con las piernas un poco separadas, desnudo, las nalgas hacia la puerta, para poder contemplar, nada más llegar a casa, su culo en pompa, sus testículos y su pene colgando pesadamente entre los muslos. Lo tendría a mi entera disposición. Haría con él todo lo que quisiera, como yo quisiera. No me pediría nada que no me apeteciese, nunca me vería obligada a resistir o a sucumbir ante sus avances, y él no sería celoso, soberbio o vergonzoso, ni rechazaría ninguna de mis fantasías. No miraría a las demás mujeres, yo sería la reina indiscutible y él no lo lamentaría. Me pasaría horas vistiéndolo y desnudándolo, lavándolo y entregada a su aseo personal, su largo aseo personal. Él tendría toda una colección de uniformes: un día de bombero, otro de legionario, una vez de policía, otra de general. Le abriría la bragueta en cualquier momento y le metería la mano. También entre los botones de la camisa, bajo la camiseta, o en el pantalón, por detrás. Cubriría su sexo con yogur natural, o de fresa o de limón, nunca sería asqueroso, y yo decidiría el momento en que se derramaría en mi boca. O le introduciría agua tibia o gel suave y perfumado, para que me rociara donde yo quisiera. Él sería capaz de hacerme el amor el tiempo y las veces que lo necesitara, hasta agotar mi deseo. Para divertirme, podría masturbarle y chuparle en todas las posiciones posibles. Mientras yo durmiera, sería posible retenerlo en mi vagina, mi trasero, mi boca o mi mano sin que él se cansase jamás. Le ordenaría, como a un hombre de verdad, pero con menos probabilidades de fallar, que su pene estuviese erecto o relajado. Su cara y su lengua se transformarían, a mi voluntad, en vibradores supersofisticados, y como sería muy flexible (e incluso contorsionista), tendría la posibilidad de colocarlo en el suelo, por ejemplo, poner su cabeza sobre el asiento de un sillón o de una silla, accionarla y sentarme encima mientras

almuerzo o veo la tele. Cuando quisiera castigarle por ser un cerdo insaciable, le daría una buena azotaina en el culo, le obligaría a dormir en el suelo a los pies de mi cama o lo sacaría desnudo al porche, en pleno invierno, para que Shirley Gordon viera cómo trato a los hombres; o lo vestiría de mujer, con zapatos de tacón, maquillaje y joyas, y medias, sujetador y braguitas minúsculas, por donde saldrían sus enormes genitales; lo sodomizaría con los objetos más insólitos, en las posturas más humillantes; me mearía encima de él, le metería cosas en la boca, le embadurnaría el cuerpo con nata para lamerlo, lo untaría de miel de arriba abajo para abandonarlo a las abejas, organizaría fiestas en casa y, cuando todo el mundo estuviera borracho, lo entregaría como divertimento, lo encerraría en el armario, le diría barbaridades, le escupiría, le miraría con odio, le amenazaría, me burlaría de él, lo arrastraría por el suelo y lo pisaría como si no lo hubiese visto... Y cuando me cansara de maltratarle, cuando me diera lástima, lo consolaría, lo mimaría, le daría de mamar, lo acariciaría, lo besaría por todas partes mientras le pido perdón, le prometería hacer todo lo que él quisiera, le susurraría que es muy guapo y que me hace disfrutar como una loca, que quiero verle gozar y que deseo que me la meta por todas partes, se la chuparía sin cesar, le dejaría probar todos mis agujeros, salpicar toda la casa con su yogur, le diría que nunca he sentido tanto placer, y además eso sería verdad.

Por la noche dormiría entre sus brazos, él me tendría apretada contra él, mi cabeza sobre su torso poderoso y una mano mía agarrada a su sexo para no caer en el vértigo de las pesadillas. Siempre estaría ahí, mi osito de peluche, mi lobo, mi ángel, mi demonio, mi falo infalible, mi lazo, mi cuerda tendida en el vacío, en el pozo, desde mi garganta a mi pubis, mi columna vertebral, mi caballo, mi presa, mi coloso, mi dios, mi temor, mi dolor, mi muerte. Erigiría un altar en mi casa dedicado a su cuerpo. Mi casa soy yo, mi propia alma, que también le entregaría.

—¡La muy zorra! —exclamó Babe, profundamente indignada.

—Es absurdo —comentó Carmen—. ¿Por qué intenta recuperar a uno de sus ex en lugar de, sencillamente, buscarse otro nuevo?

—«Sencillamente»..., es fácil decirlo. Los hombres parecen dispuestos a todo, pero a la hora de la verdad...

—Ya veo. Si te entiendo bien, me temo que tendré que esperar mucho tiempo hasta que me consigas uno.

—No te enfades, mi amor. Mañana mismo lo tendrás, te lo prometo.

—Vale. Pero estoy harta de esta casa. Nadie me presta atención. Hoy me he pasado toda la tarde encerrada, completamente sola. Es muy simple: como si yo no existiera. Menos mal que Shirley Gordon me ha hecho una visita.

—¿Shirley Gordon ha entrado?

—Hemos pasado un ratito juntas. ¡¡Es tan sexy!! Y además, refinada. Me ha leído un poema.

—Y tú me has hecho salir, malvada...

—En absoluto. Escucha, es de los indios chippewas, sobre la tormenta: «Desde la mitad / del cielo / con ruido / llega / aquella que lo habita». Es mejor que ver la tele, ¿no? Mira, ahí viene otra vez.

Babe oyó abrirse la puerta de entrada y se asustó. Estaba tumbada en la tela con motivos étnicos del sofá, con la cabeza apoyada sobre los muslos blancos y frescos de Carmen, como si fueran un cojín.

—Cariño, ¿estás ahí? —dijo la voz de Bobby.

Un poco más tarde le oyó preguntar algo a gritos desde el garaje, pero no le entendió. Elvis cantaba como un disco rayado *Are you lonesome tonight?* Bobby subió y desde el

rellano de la escalera volvió a preguntar:

—¿Dónde está el hacha?

—Se la he prestado a Shirley Gordon —respondió Babe.

I wonder if, insistía Elvis, y parecía susurrar con su voz de ultratumba un *rap* demasiado lento y almibarado, *lonesome tonight*
you're

—¿Necesitabas el hacha? —le preguntó Babe mientras sacaba la *pizza* descongelada del microondas—. Le he añadido un poco más de queso y aceite —continuó, visiblemente satisfecha del resultado.

Hinchada como un neumático, brillante como un *flash*, entre sus manos enguantadas con gruesas manoplas acolchadas, la Pompa Dorada Indeterminada resplandecía con todo su esplendor y sagrada grandeza de alimento.

—¡Mmm! —se relamió Bobby antes incluso de probarla—, ¡parece *pretty* nutritiva!

—¿Verdad?... Me pregunto para qué querría el hacha.

—¿No te lo ha dicho?

—Bueno, con ella, vete a saber... ¿Te hacía falta?

—No. Nunca me habría imaginado que se podía fundir tanto queso en una *pizza*. ¡Espero que no se nos pegue al intestino!

—Oh, Bobby, es horrible. ¿Crees que he metido la pata al prestarle el hacha?

—No, ¿por qué?

—No sé... ¿No le encuentras cierto parecido con Jack Nicholson?

—¿A la *pizza*?

—A Shirley Gordon.

—¡Ah! ¡Oh, sí! Tal vez. No sé. Tendría que mirarla mejor. En cualquier caso, está muy buena.

—¿Shirley Gordon?

—La *pizza*.

—¡Ah! ¿Y tendrías que mirarla mejor? ¿Somos vecinos desde hace diez años y no te sabes su cara de memoria?

—Sí, bueno, pero de ahí a saber si se parece a Marilyn

Manson...

—No he dicho Marilyn Manson, sino Jack Nicholson. Jack Nicholson en *El resplandor*.

—Es verdad, tienes razón; quizá no deberías haberle prestado el hacha, cariño.

—Perdona, pero no le veo la gracia. Esa mujer está grillada. Lo sabes tan bien como yo. Por favor, escúchame. Sólo intento decirte que esto va a terminar mal.

—Pero ¿a qué te refieres exactamente?

—¿A qué me refiero? ¿Te atreves a preguntarme a qué me refiero? ¿Pero no ves en qué mundo vivimos?

—En fin, Marilyn Manson tampoco está tan mal...

—Estoy segura de que trama algo contra nosotros. Siempre espiándonos...

—No exageres. Sólo es una pobre chica que se aburre todo el día, nada más.

—¿Una chica? ¿Esa morcilla gorda y fofa? ¡Ah! ¡Me das asco!

—No es culpa mía.

—Vale, vale. Babeas como si fuera Miss Universo en persona, pero claro, no es culpa tuya. Y ella siempre está ahí, esperando... Si te contara, no me creerías.

—¿Pero qué te pasa esta noche? ¿Has tenido un mal día? ¿Te ha puesto nerviosa Shirley?

—¡Oh, por favor, deja de llamarla Shirley!

—¿Y cómo quieres que la llame? ¿Jack Nicholson?

—Shirley Gordon. No es amiga nuestra, me gustaría que lo recordaras.

—Me importa un carajo Shirley Gordon. ¿OK?

—OK.

—OK.

—Es una pena.

—¿El qué?

—Estamos tan bien Carmen, tú y yo...

—...

—¿Babe?

—¿Sí?

—¿Duermes?

—No.

—¿Hemos de tener siempre a Carmen entre nosotros?

—¿Por qué?

—Porque quiero estar contigo.

—Tómala a ella.

—¿Otra vez?

—Ella te desea.

—¿Y tú no?

—Es insaciable.

—Entonces los tres.

—No, ella. Yo te guío, sé lo que quiere.

—¿Y tú sabes lo que yo quiero?

—Ella, ella lo sabe. Ven, haz lo que yo te diga.

—¡Dios santo! —susurró Babe al ver extenderse la mancha de sangre por la camiseta blanca de Jimmy—. ¡Dios santo! —repitió—, ¿qué te ocurre?

Antes de abrir, había visto por la mirilla su cara apacible de chico gordo, tan tranquilo como siempre. Imposible imaginar que se encontraba en semejante estado. Y ahora lo tenía ahí de pie, ante la puerta abierta, con el hacha en la mano y el costado ensangrentado pero sereno, como si no pasara nada.

—No se preocupe, señora —terminó por responder—. Ha sido con el hacha. Pesa tanto... Mamá me pidió que se la devolviera... y me he caído.

—¿Te has caído? ¿Cómo? ¿Dónde?

—En la escalera —dijo al volverse para señalar con el dedo un peldaño blanco manchado de rojo en el porche de madera.

«Dios mío», pensó Babe, «tengo que curar a este chico».

Se quedaron plantados el uno enfrente del otro, a ambos lados del umbral. Jimmy con la cabeza baja, las mejillas coloradas, un brazo caído y el otro tenso por el peso del hacha, cuyo acero le rozaba el tobillo. Babe, un poco inclinada hacia delante y con los brazos abiertos, como si se dispusiera a recoger un gran bebé abandonado en su puerta por una adolescente. Los dos respiraban con dificultad por la boca abierta, como peces recién sacados del agua.

De pronto Babe recordó haber perdido por el camino el cinturón de su bata color ciruela (aún sin lavar), la cual se abría a lo largo de su cuerpo desnudo para mostrar un ancho corte rectilíneo desde su torso a su negro pubis de rubia teñida.

La casa estaba en silencio, como bajo una campana de

cristal, como si toda ella fuera a *giant napoléon*, un millojas gigante de vidrios a través de los cuales debían pasar Babe, delante, y Jimmy, detrás. El ruido de los cristales rotos a medida que avanzaban hacia el salón llenaba los oídos de Babe, su cabeza, donde sonaba como un auténtico batiburrillo de tintineos en el desierto.

Carmen estaba tumbada boca arriba en el sofá. Llevaba el tanga de piel de Pearl's

, el sostén y el ligero a juego, y finas medias negras, que le hacían arrugas en los tobillos.

La mujer comenzó a hablar, y las palabras salían de su boca como una bandada de pájaros que rozaban y picaban el cuerpo de Jimmy, quieto y de pie ante Carmen. Cuando Mrs. Wesson volvió del cuarto de baño con el frasco de antiséptico, se acercó a él y le pidió que se quitara la camiseta, el chico dejó caer el hacha, extendió el brazo hacia ella y le rozó el pecho con la punta de los dedos. Se desnudaron de manera lenta y desordenada, que también era una especie de rapidez alocada. Nada estaba duro en el cuerpo graso, blanco, caliente, sudoroso y joven de Jimmy, nada excepto su sexo erguido. Nada era duro en las formas suaves de Babe, nada excepto sus pupilas negras. Nada rojo en toda esa carne, salvo la sangre que brotaba de la herida del costado de Jimmy y del sexo de Babe. Ésta, muslos abiertos, piernas dobladas, separaba su sexo con ambas manos y se lo mostraba al chico sólo para instruirle. Cuando estuvieron completamente desnudos, apartaron la mesa del salón, pusieron a Carmen en el suelo y Jimmy tuvo que acostarse encima de Carmen para hacerle eso, mientras la mano de la señora le guiaba hacia el interior. «Era mi primera mujer», pensará Jimmy después, sin saber muy bien si se refería a Babe o a Carmen. Después hay sangre en la piel de Carmen, todos tienen sangre y espermatozoides en la piel. Mrs. Wesson le pide muchas cosas y Jimmy quiere hacerlo todo con tal de que le toquen la polla y se la introduzcan en lugares estrechos, cálidos y húmedos, pues ahí encuentra el paraíso de donde nunca querría ser expulsado.

—¡Jimmy! ¡Juju, Jimmy! ¡Contesta, cariño, soy mamá! — Las chinelas de Shirley sonaron en todos los peldaños de la escalera de madera. Luego se oyó su pequeño puño gordinflón repiquetear contra la puerta—. Babe, ¿estás ahí? ¿Qué hace mi Jimmy? ¡Jiimmy!, no estarás hinchándote a pasteles, ¿verdad? Vamos, vuelve. Vas a molestar a Mrs. Wesson. ¿Babe? ¿Estás ahí? He mandado a Jimmy para devolverte el hacha, y...

—¡Ya voy, ya voy! —gritó Jimmy mientras apartaba a Babe, que intentaba ayudarle a vestirse.

—¡Jesús, María! ¡Me has asustado! Creía que te había pasado algo con el hacha. Los escalones están llenos de sangre. ¿Mrs. Wesson está contigo?

—¡Estoy aquí, Shirley! Jimmy y yo sólo charlábamos un poco.

Babe apareció en el marco de la puerta. Todo su cuerpo ceñido por la bata manchada proclamaba su determinación de no permitir que nadie entrara en su casa.

—¡Vamos, Jimmy! —gritó Babe mientras clavaba una mirada feroz en Shirley para mantenerla a distancia—, ¡date prisa! ¡Tu mamá te espera!

El rostro mofletudo del chico surgió detrás de Babe. Ella se retiró para dejarle pasar. Al ver la camiseta de su hijo ensangrentada, Shirley comenzó a proferir sus habituales gritos agudos, con los que expresaba tanto el horror como la alegría (grotescas manifestaciones de su existencia que, para el vecindario, eran insondables).

Babe se apresuró a cerrar la puerta. Luego se dirigió a la cocina dando saltitos y cantando como una niña al volver del colegio. Abrió la puerta del frigorífico y se quedó allí, en éxtasis, arrodillada e iluminada por su luz.

Con los brazos cargados de golosinas, se fue al salón y encendió la tele.

Hay paja en el suelo, parece heno. Los muros del recinto no son muy altos. Eso es bueno, porque deja pasar la luz natural. Se está tranquilo. No hay nada que hacer salvo mantenerse suspendido en el tiempo como una polvareda en un paisaje de sabana. A la gente se le permite mirar por la gran reja de la puerta. Los barrotes de hierro son negros, gruesos, espaciados pero no lo bastante, para impedir que los niños puedan colarse. Al fondo, en un rincón, se adivina una especie de caseta del tamaño de una persona. Babe está en alguna parte. De vez en cuando se pasea un poco, por supuesto. De vez en cuando se la ve, sin duda; quien vaya sin prisas puede observarla todo el tiempo que quiera. En cualquier caso, no es el animal más visitado del zoo. Se la distingue bien, porque su recinto es muy modesto, pero podrían pasar por delante sin fijarse en ella. Además, se encuentra en un lugar apartado del parque y nunca hay mucho público ante la reja. La gente, al pasar, echa un vistazo, y si no ve nada, tampoco se lleva una gran decepción. En realidad, nadie espera nada interesante. Hubo un tiempo en que se arremolinaban multitudes ante la jaula de los seres humanos, pero en la actualidad...

—He tenido un sueño extraño —dijo Babe.

—¿La noche pasada? —preguntó Bobby.

—No, no. Ahora mismo.

—¿Sueñas despierta?

—Tal vez no fuera un sueño...

—El *whisky*, entonces.

—¿Tú crees?

—No sé. Pero, bueno, eso me da una idea...

—¿Ah, sí? Deberíamos beber más a menudo, ¿verdad?

—¡Eh!, más espacio, cariño. No me apetece hacerte el

amor si estás como una cuba.

—¿Ah, no?

—Si tienes ganas de mamar, mejor ven aquí...

Estaban sentados a la mesa de la cocina.

—¿Sabes lo que pienso? —repuso Babe—. Sólo las estrellas tienen derecho a mamar. No cesan de chuparnos la luz, incluso de día, cuando no las vemos, y después no nos queda nada.

Bobby miró la botella casi vacía.

—Me importa un carajo la luz —murmuró.

—Las aceitunas me han dado la idea. Al mirar en el frigorífico las he visto. Eso me ha hecho pensar en el *whisky* y me he dicho: ¡venga, voy a servirme un poquito mientras espero a Bobby!

—¿Y mi polla te hace pensar en algo?

—En Carmen.

—¡Olvídate de ella un rato!

—Pobrecita, la he dejado en el suelo del salón.

—¡Nos importa una mierda Carmen!

—¡Bobby!

—¿Qué? ¿No es verdad? ¿No estamos bien los dos solos?

—Sólo te digo que si sigues con esas erecciones, te la voy a cortar.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué te divertirás entonces?

—¿Crees que me hace falta para divertirme? ¡NO LA NECESITO!

—Por supuesto, no la necesitas porque prefieres a las mujeres.

—¡NO PREFIERO A LAS MUJERES! ¡Sólo prefiero a Carmen!

—Vale, está claro. ¿Por qué no te vas a tomar algo con ella en vez de dejarla tirada en el suelo del salón? ¡Vete a hablar con ella! Tiene una conversación apasionante.

—¿Por eso la has traído a nuestra casa, por su conversación?

—No, la traje porque no querías follar conmigo.

—Sí quería follar. Una vez por semana. ¿No es suficiente?

—Quizá para ti, pero no para mí. Un hombre tiene sus necesidades.

—Ya veo, para los hombres es como si hicieran sus necesidades.

—Sí, bueno, para las mujeres también. Lo hacen como si estuvieran estreñidas, con esfuerzo y cuando no pueden evitarlo.

—¿Lo dices por mí?

—No, no es por ti.

—¿Por quién, entonces?

—Por nadie.

—De todas maneras, ya no tengo cuerpo. Tú tampoco tienes cuerpo. No hay cuerpos en ningún sitio. Sólo ideas de cuerpos.

—Ya vale.

—Estamos a punto de desaparecer.

—Babe, deja la botella. Ven. Vamos a acostarnos tranquilamente y a dormir juntos.

—Demasiado tarde.

—*Come on, honey. I love you.*

—Ella nos matará y ni siquiera podremos descansar en paz.

—Venga, cariño, vamos a la cama. No hará falta hacer el amor para demostrar que somos dos viejos enamorados. ¿Por qué lloras?

—Por nosotros..., por Jimmy...

—¿Jimmy? ¿El hijo de Shirley?

—¡No la llames Shirley!

—Oh, no empieces con eso. La vecina, si lo prefieres.

—Shirley Gordon.

—Vale. Pero ¿le ha pasado algo al chico?

—Ha perdido su cuerpo.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha tenido un accidente?

—Ha sido un sacrificio. Shirley Gordon ha enviado a su propio hijo al sacrificio. ¡Tengo miedo, Bobby! Todos vamos a pasar por ello. ¡Ya sé quién es Shirley Gordon!

—¿Sí?

—Ella nos ha mandado a Carmen.

—¿Qué dices?

—Es Dios. Ha bajado y se ha encarnado en Shirley

Gordon. Tengo miedo...

Como un rascacielos derrumbado, la noche caía sobre todo ser vivo con la fuerza inhumana de la sombra. Carmen yacía en el suelo del salón, con el vientre manchado de sangre.

—No podemos quedárnosla —dijo Bobby.

—Lo sé —respondió Babe.

La levantaron entre los dos y la colocaron sobre la tela étnica del sofá. Babe la aseó y Bobby subió a buscar ropa a la habitación. Eligió el traje de chaqueta negro que su mujer se había comprado para el funeral de sus padres. Ambos murieron en un accidente aéreo, lejos de Estados Unidos; era la primera vez que viajaban fuera del país.

Carmen, de luto, parecía más viva que nunca. Babe lloraba en silencio —ojeras hundidas, rostro tenso y envejecido por la angustia— mientras preparaba a su querida Carmen con delicadeza y respeto. Sentado en un sillón, Bobby las observaba con su mirada extraña y perdida. Por una vez, parecía una mirada más temerosa que inquietante.

Babe le probó varios pares de zapatos. Al final decidió dejarla descalza. Entonces cayó en la cuenta de que esa elección le procuraba una satisfacción y un consuelo profundos. Como si, a pesar de todo, así salvaguardara la naturaleza de Carmen, *wild at heart*.

Una vez peinada y maquillada (Babe tuvo que intentarlo varias veces, pues le temblaban las manos), la llevaron al sótano, descansando varias veces. Se pararon en la escalera. Su cuerpo parecía estar cargado de plomo y su peso muerto se les transmitía a los miembros como una melaza fría, opaca, tan oscura como las pupilas fijas de Carmen.

La instalaron y sujetaron en el asiento de atrás del Cadillac con mil precauciones afectuosas, para ocultarle que

habían decidido abandonarla en algún lugar al borde de la carretera. Bobby se sentó al volante con solemnidad: era el automóvil de las grandes ocasiones. Babe se colocó al lado de Bobby, se estiró la bata hasta las rodillas, se ató el cinturón y miró hacia delante, digna y erguida.

El elegante coche partió al asalto de la rampa del garaje con una lentitud majestuosa, los faros apagados para no llamar la atención de los vecinos, pálido en la noche como un escarabajo rosa gigante que sale de su agujero cuando duermen las fieras omnipresentes y luminosas del día.

Al final de la avenida, al otro lado del cruce, un gran 4x4 los deslumbró al lanzarles ráfagas con las luces. Bobby optó por encender los faros. Al girar a la izquierda, pasaron junto al todoterreno. En su interior viajaba Shirley Gordon. Sus ojos tenían un brillo felino, sus dedos de largas uñas pintadas reposaban como patas de araña en el volante. Pareció sonreír, levantó la mano derecha y les hizo un gesto. Sus articulaciones se agitaron como movidas por hilos invisibles, como si la oscuridad donde flotaban las manchas claras de su rostro y de sus manos ocultara una cohorte de marionetas cuya danza dirigía. Bobby pisó el acelerador.

El único coche que llevaban detrás era el de Shirley. Les había seguido por la urbanización y la *highway*, entre el fluir de luces fugitivas. Bobby había intentado en vano dejarla atrás. Tomó el carril de salida a gran velocidad, la suficiente como para que las ruedas chirriaran al tomar la curva, pero ella mantenía la distancia, siempre la misma. Parecía haberse contentado desde el principio con ser remolcada por ellos y estrangularlos con su lazo negro en la noche oscura. Ninguna separación, coz o loca carrera la forzarían a soltar su presa.

Y ahora Bobby se adentraba en esa carretera secundaria, recta y desierta, bordeada por un bosque tenebroso. Shirley Gordon circulaba detrás de ellos con las luces largas. Lo deslumbraba. Su mujer, a su lado, le pedía que dejaran correr todo el asunto. La oía confusamente repetir que, en realidad, no quería abandonar a Carmen, o que lo harían en otra ocasión, que era mejor volver tranquilamente a casa. Bobby sintió que el miedo invadía sus cuerpos y ocupaba el espacio

cerrado del vehículo, y lo sintió de una manera muy concreta: como un bloque de hormigón que se solidificara en torno a ellos, que le impedía cambiar de rumbo o de idea y le obligaba a seguir huyendo hacia delante.

Toda noción del tiempo se había anulado cuando Bobby perdió el control del maravilloso Cadillac. El coche renunció a permanecer unido a la carretera y aprovechó una curva para elevarse hacia la masa oscura del bosque, donde se empotró, en medio de un estrépito de gritos y chatarra.

Hacía un día claro y seco. Tommy y Carroll, los primeros de una corta fila de vehículos, pararon ante la ventanilla de exequias sin-bajarse-del-coche para que el empleado les pasara las dos urnas. Cada uno sostuvo una urna sobre las rodillas mientras el pastor, provisto de un micrófono, se acercaba para recitar un responso estándar a los difuntos. Leyó sus nombres, *Babe and Bobby*, en una ficha que sacó de su vestidura. Concluyó la ceremonia con una plegaria teatral, copiando el ridículo estilo del telepredicador más adinerado del momento.

Carroll colocó las urnas debajo de sus piernas y arrancaron despacio, seguidos por cinco automóviles. Un gran 4x4 cerraba la marcha. La mirada del pastor se detuvo en la mujer que iba al volante, una morena coqueta y de carnes abundantes que le lanzaba miradas lascivas. A su lado iba sentada una hermosa muchacha con traje negro, el rostro y los ojos fijos, sentada bien erguida e inmóvil, pegada al chico rollizo con quien compartía el asiento. El todo terreno se alejó y desapareció en la curva. Pero antes de eso, al pasar junto a él, Shirley Gordon sacó por la ventanilla su cara de fulana extravagante y susurró:

—*Hi, reverend!*

«¡Zorra!». El predicador no pudo reprimir ese pensamiento al sentir una pulsión sexual insinuarse en su cuerpo como una serpiente y escupir un deseo de muerte.

Cuando los cuerpos de Babe Smith y Bobby Wesson penetraron en los hornos crematorios de World Village, el calor infernal que estalló de pronto en torno a los ataúdes los sacó del entumecimiento de la muerte para lanzarlos a sueños ardientes, últimas fantasías de su anodina existencia.

Bobby, que siempre había fantaseado con los cuerpos esculpidos en serie de las chicas que posaban abiertas de piernas en las revistas eróticas, o chicas que entregaban en vídeos repetitivos sus encantos de silicona a la masculinidad mirona de estos tiempos, Bobby, que sin duda había pescado algún atún pero sólo confesaba truchas dignas de su canon vigente (el cual, *quite vigorous*, se ajustaba a todos los cánones del cuerpo social al completo), sí, Bobby, en una fulgurante retractación-dilatación del tiempo, accedió por última vez a los placeres mundanos gracias a la gorda, vulgar y no muy fresca Shirley Gordon, su vecina.

El decorado de su alucinación de incinerado era idéntico a la urbanización donde Babe y él habían comprado unos años antes la casa de sus sueños. Constituía una réplica tan exacta que no parecía una ilusión producida por los ardores de su desdichada muerte. Después de todo, el fantasma que ese día escapó de su cadáver con un fuerte bramido tal vez sólo fuera una antigua elucubración forjada en la infinita sucesión de noches en las que se vio obligado a autoestimularse en secreto para paliar sus frustraciones conyugales y para después, con los puños doloridos, irse a dormir junto a su tierna y fría otra mitad.

El horno había visto a muchos otros. Por eso asistió con profesional indiferencia a este último espectáculo producido por la calcinación de un cuerpo que había gozado de vida, juventud y belleza, y experimentado los habituales deseos

repugnantes propios de la especie humana. En medio de las llamas salieron del hígado de Bobby dos ojos grandes y abiertos que brillaban en un halo de penumbra.

Desde ese plano fijo, se inició un hábil *zoom* en retroceso en cuyo recorrido aparecieron, sucesivamente, la cabeza de Bobby, inmóvil sobre una almohada rosa, luego el edredón, bajo el cual se adivinaban sus formas alargadas, después toda la cama y la habitación. Mientras el objetivo, dirigido hacia este decorado a través de la ventana, proseguía su huida hacia atrás, la oscuridad se intensificaba y las sombras se pegaban a los muros de la casa como placas de lepra. Cuando el chalet de los Wesson pudo contemplarse por completo en el encuadre, tenía una apariencia tan fantasmal, siniestra y ruinosa que el sueño parecía terminar ahí.

Sin embargo, la cámara misteriosa continuaba su tarea y nos descubría a Bobby en pijama, fuera de la casa, en el umbral de la puerta, con la mirada puesta en la siguiente imagen: una fila de hombres, todos en pijama de rayas, iluminada por la luz amarilla y variable del cuarto de luna, partía de la casa vecina y se prolongaba por toda la calle sin poder verse el final, sumergido en la noche.

La puerta de la casa de los Gordon estaba abierta. Era el único rectángulo de luz nítida del escenario. El viejo Stanley, marido de Shirley, en traje y corbata, plantado en el umbral, hacía pasar a los hombres uno a uno, dos por minuto. Bobby recorrió el césped con dificultad, pues cada paso suponía a todas luces un esfuerzo considerable para su cuerpo entumecido, y producía un efecto de cámara lenta y pesadez.

Cuando por fin alcanzó la propiedad de los vecinos, se alzó un murmullo que recorrió toda la fila y fue en aumento: «¡A la cola! ¡A la cola como todo el mundo!». Descollantes cual cabezas de espantapájaros sobre las telas de rayas, como sostenidos por perchas en lugar de cuerpos, los rostros de los hombres se alargaban y se cubrían de sombras cada vez más inquietantes, bajo el efecto de la desconfianza primero, luego la cólera, después el odio.

Como atornillados a un sitio que no se está dispuesto a perder, ninguno movió un solo dedo, pero la fila en conjunto

tembló como la cresta espumosa de una larga ola preparada para desplomarse sobre el miserable cuerpo humano aventurado en el mar. Bobby retrocedió un paso y volvió la cabeza para buscar la mirada de Stanley, el viejo delgaducho y taciturno Stanley, con quien nunca había cruzado más de diez palabras seguidas y que ahora constituía su único recurso para salir de esta pesadilla. Con un amplio y tranquilo gesto del brazo, Stanley le indicó que se acercara.

Bobby echó una mirada a la cola. Ante la actitud del portero, los que hacían cola murmuraron un poco, pero se callaron, sumisos. En unos pasos llegó hasta Stan, quien le colocó delante del primero de la fila sin decir una palabra y, segundos después, le hizo entrar en la casa.

Una vez dentro, se dio cuenta de que la cola continuaba allí y subía por la escalera a razón de un hombre por peldaño. Un fuerte olor animal impregnaba el descansillo y se concentraba en el hueco de la escalinata. En cuanto ponían un pie en el primer escalón, todos los hombres sacaban su sexo por la bragueta y comenzaban a masturbarse. Sin perder la disciplina, la cola se agitaba con leves gruñidos y gemidos y ligeros movimientos espasmódicos, producto de la excitación de sus miembros o de la reprobación de alguno al que el siguiente había rozado a causa de esa promiscuidad obligada.

Cada treinta segundos, toda la cola subía un peldaño. Bobby no tardó en llegar al primero y apenas dudó antes de someterse a la regla. De un lado, le era imposible dar marcha atrás en ese momento; de otro, aunque indignado por su situación, era incapaz de resistirse a la enorme tensión sexual reinante y estaba ya empalmado. Como los demás, tomó en la mano su sexo, que salió del pijama casi sin ayuda, y comenzó a acariciarse lentamente, preocupado por preservar su goce para el final desconocido e inexorable. Entre los rostros gesticulantes de excitación que veía de perfil al doblar la escalera, reconoció a algunos de sus vecinos, pero todos mantenían con ardor su erección y se comportaban con la misma naturalidad y paciencia que si formaran fila en la caja de un supermercado o en la ventanilla de una oficina pública.

El olor del celo colectivo aumentaba a medida que Bobby escalaba peldaños. En diez minutos llegó al final de la escalera. La cola, siempre al mismo ritmo, se adentraba ahora en la habitación.

Una vez en la puerta, descubrió por fin lo que le esperaba. Acostada boca arriba, en medio del lecho conyugal, las piernas separadas y levantadas por un aparato de ginecología, como para un parto, Shirley ofrecía cualquiera de sus orificios a los hombres que se sucedían cada treinta segundos sobre su cuerpo.

Su rostro estaba demasiado maquillado, mucho más de lo habitual. Llevaba un minúsculo camisón rosa totalmente transparente que dejaba ver al completo sus carnes grasas y blancas. Le ceñía el vientre un ligero que, a medio muslo, sujetaba unas medias negras de rejilla. El camisón había sido rasgado para dejar salir los senos. Tenía la cara manchada de carmín y de sombra de ojos azul y negra. Restos de semen constelaban todo el cuerpo, desde los muslos hasta el cabello. No se movía, tan sólo emitía una risita de satisfacción cada vez que un hombre la penetraba y eyaculaba en algún lugar, dentro o sobre ella.

Cuando le llegó el turno, tras dudar un poco, Bobby eligió la boca. Se arrodilló sobre la cara de Shirley y se la metió en tres sacudidas de riñones. Gozó en largas ráfagas convulsas. Medio ahogada, Shirley se rió por la nariz y le miró con unos ojos más viciosos que nunca.

No habría aguantado ni medio segundo más. Liberado, Bobby se echó a reír de forma nerviosa y se retiró para dejar paso al siguiente. Entonces se dio cuenta con espanto de que, de inmediato, tenía que convertirse en cenizas, como todos aquellos que le habían precedido, cuyo polvo cubría el suelo de una capa espesa y tibia.

En verdad, así se extinguieron el cuerpo y el alma de Bobby Wesson.

Por su parte, Babe Smith, su difunta esposa, experimentó en el horno una última sacudida vital. Su ensoñación fue mucho más simple, pero no menos aterradora y sabrosa, a partes iguales. Una carne abundante y caliente se introdujo

en su boca y la llenó con tal ímpetu que la sacó para siempre de su sueño eterno. Esa carne era a la vez un seno y un falo gigante, delicioso a la par que asfixiante. Ora aterrada, ora ávida, Babe mantuvo los ojos cerrados y, en medio del oscuro furor de la calcinación, succionaba sin cesar mientras su apetito crecía por momentos.